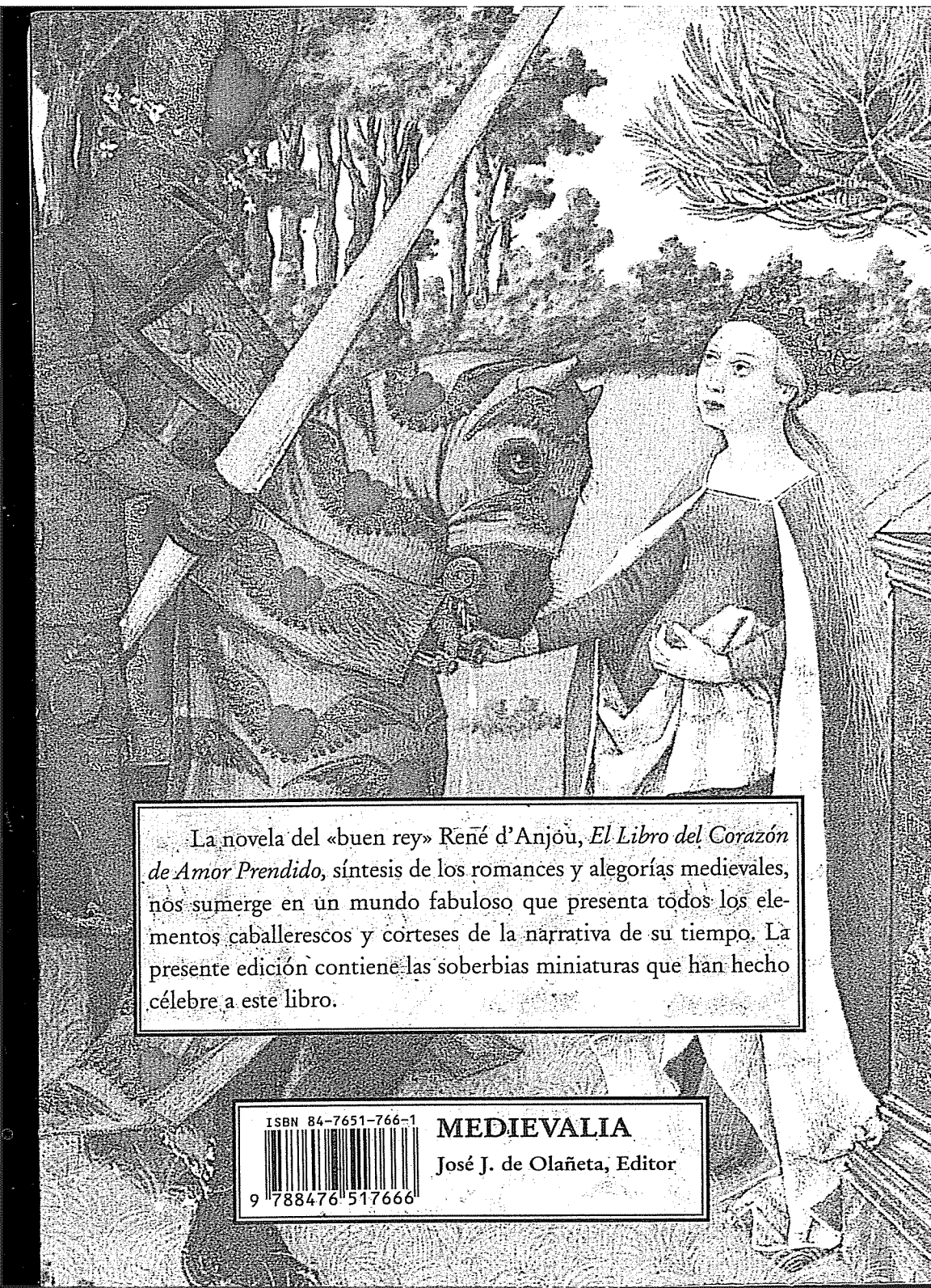




RENÉ D'ANJOU

La novela del «buen rey» René d'Anjou, *El Libro del Corazón de Amor Prendido*, síntesis de los romances y alegorías medievales, nos sumerge en un mundo fabuloso que presenta todos los elementos caballerescos y cortesés de la narrativa de su tiempo. La presente edición contiene las soberbias miniaturas que han hecho célebre a este libro.

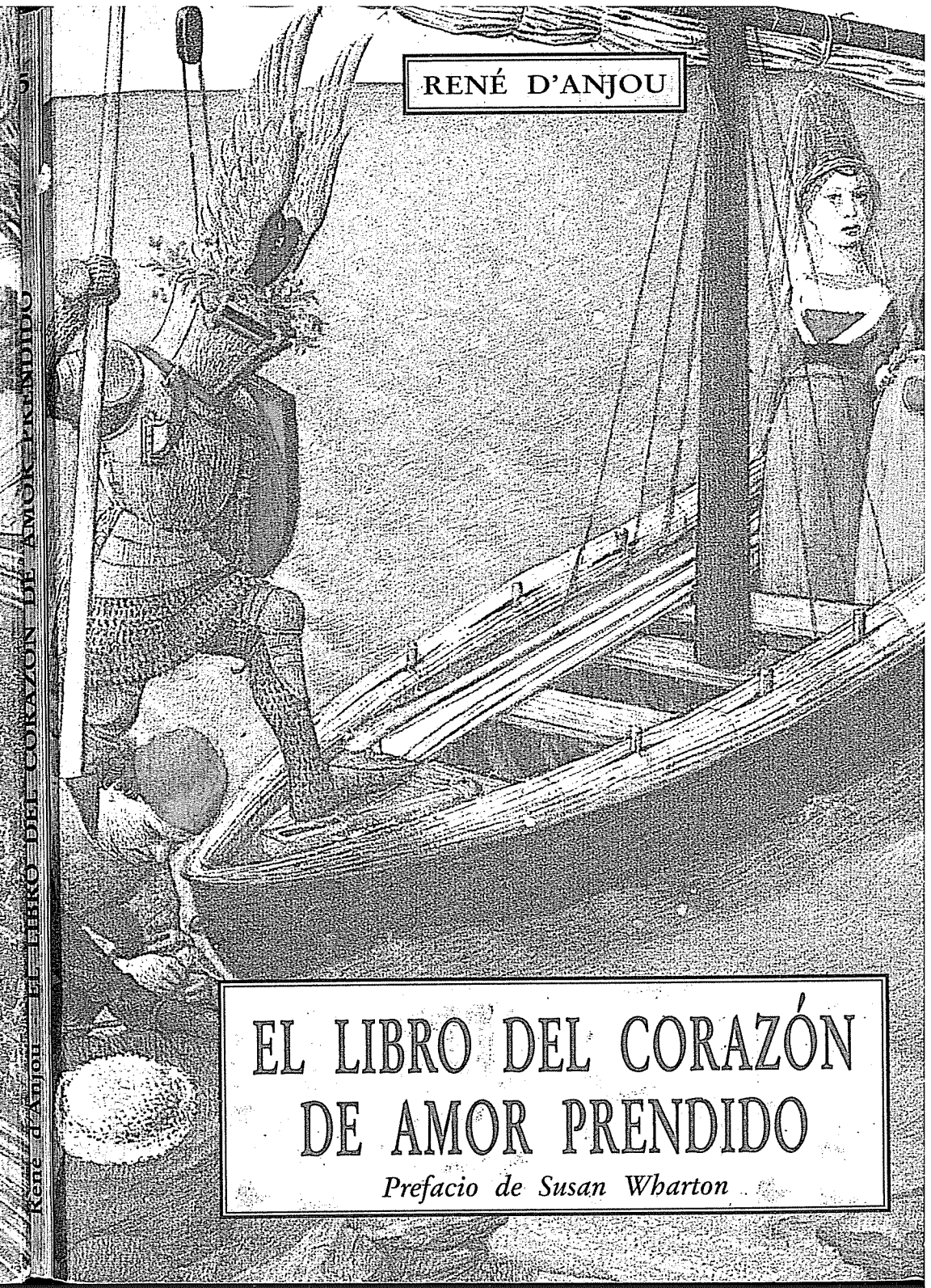
ISBN 84-7651-766-1



9 788476 517666

MEDIEVALIA

José J. de Olañeta, Editor



EL LIBRO DEL CORAZÓN DE AMOR PRENDIDO

Prefacio de Susan Wharton

RENÉ D'ANJOU

EL LIBRO DEL CORAZÓN DE AMOR PRENDIDO

Prefacio
de
Susan Wharton

Traducción
de
J. Ramón Martínez Castellote

MEDIEVALIA

1.ª edición: 1984

2.ª edición: 1987

3.ª edición: 1999

Título original: *Le livre du cuer d'amours espris*

© 1980 y 1987, de la presentación de Susan Wharton,
Union Générale d'Editions, Paris.

© 1987, 1999, para la presente edición:

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296 - 07001 Palma de Mallorca

ISBN: 84-7651-766-1

Depósito Legal: B-48.454-1998

Fotocomposición: Ferrer Palma, SL - Palma

Impreso en Liberduplex, S.L. - Barcelona

Printed in Spain

PREFACIO

Rey, guerrero, poeta, pintor y mecenas: la vida aventurera y agitada del «buen rey» René d'Anjou ha proporcionado la materia de una historia apasionante a más de un biógrafo. Conocemos las vicisitudes de su carrera política; conocemos también su gusto por el exotismo, por las fiestas suntuosas, por los torneos, por la pintura (arte en el que, según algunos, había sido instruido por Jan van Eyck), por las letras (amigo íntimo del poeta Charles d'Orleans, reunió en la corte de Angers —donde previamente había residido Alain Chartier— a diversos escritores, entre los cuales estaban Antoine de La Sale, Louis de Beauvau y Jean du Perier), por las artes decorativas y por la música. Príncipe cosmopolita, que hablaba al menos cinco lenguas, sostenía contacto con Italia y el Oriente. Esta diversidad de gustos, sin embargo, ha impedido a los historiadores de la literatura tomarlo en serio como escritor, mientras que la crítica se ha obstinado en tratarlo como un diletante cuyos escritos apenas gozan de algún mérito —reproche completamente injustificado. Su obra se compone de algunas piezas líricas, un tratado sobre los torneos y dos relatos alegóricos, de los cuales, el segundo, el Libro del Corazón de Amor Prendido, es sin duda el más interesante para el lector contemporáneo. En esta novela alegórica, René toma de las principales tradiciones literarias de finales de la Edad Media la materia para una obra sin precedentes en la literatura medieval.

* * *

René, nacido en Angers en enero del 1409, era el segundo hijo de Luis II, duque de Anjou, y de Yolanda de Aragón. No estaba

destinado a ocupar una posición de importancia en la vida política de Francia; este papel estaba previsto para su hermano primogénito, el futuro duque Luis III. Yolanda de Aragón, cuya ambición política era la de limitar el poder del duque de Borgoña sobre la parte oriental del reino, consiguió que René fuese adoptado como heredero por su tío-abuelo el Cardenal-Duque de Bar. En 1420, ella le hizo desposar a Isabel, heredera del Duque de Lorena, y los jóvenes esposos se instalaron en Pont-à-Mousson. René heredó los dos ducados casi simultáneamente, en 1430 y 1431, y se convirtió en duque de Bar y de Lorena. La sucesión de Lorena fue protestada por los partidarios del duque de Borgoña y, durante una querrela territorial en 1431, René fue hecho prisionero. Durante su cautividad, que duró cerca de cinco años, la muerte inesperada de su hermano le transformó en duque de Anjou y rey de Nápoles. La soberanía de Nápoles le fue también protestada, esta vez por un pariente de la madre de René, Alfonso de Aragón. Finalmente, en 1438, René se rindió y entregó su reino teniendo, no obstante, que afrontar a Alfonso, quien, después de una guerra de cuatro años, salió victorioso de la lucha. A pesar de su derrota, René conservó el título de rey de Sicilia.

A su regreso a Francia, René, como gran señor feudal y par del reino, ejerció una influencia considerable en la corte de su cuñado Carlos VII, del que fue un respetado consejero. En 1413, su hermana María había sido prometida al quinto hijo del rey Carlos VI de Francia, el conde de Ponthieu, quien, al igual que René, iba a verse inopinadamente precipitado sobre la escena política como consecuencia de la muerte de su hermano. El futuro rey Carlos VII, por entonces con diez años de edad, había venido a instalarse, según era la costumbre, en casa de su prometida, y durante cuatro años había sido educado junto a René. En la corte, éste último organizó fiestas suntuosas y torneos, en los que, en ocasiones, participaba el mismo rey. Uno de ellos, que tuvo lugar en Saumur en 1446, se ha dado a conocer con el nombre arturiano de «La Empresa de la Guardia Alegre»; otro, sostenido en 1449, ha sido denominado «El Paso de la Pastora». Poco después de este último, René compuso su tratado sobre los torneos.

Isabel de Lorena murió en 1453. Al año siguiente René volvió a contraer matrimonio con la hija de uno de sus vasallos, Juana de Laval, de veinte años de edad. Fue después de su segundo casamiento cuando escribió el *Mortiffiement de Vaine Plaisance*¹ (1455) y el

¹ La Mortificación de los Vanos Placeres (N. del T.).

*Libro del Corazón de Amor Prendido*² (1457), obras alegóricas compuestas en prosa y en verso. Una pastoral, *Regnault et Jehanneton*, que le ha sido atribuida, probablemente no es de él.

Con la ascensión de Luis XI en 1461, René perdió su influencia en la corte. Señor demasiado poderoso, se convirtió en obstáculo para la unificación del reino. Luis terminó por apoderarse de los ducados de Bar y de Anjou, y René se retiró a su condado de Provenza, que era todavía independiente. Murió en Aix en 1480; en 1481, a la muerte de su hermano Carlos, conde de Maine, Provenza fue anexionada a la corona de Francia.

* * *

El Libro del Corazón de Amor Prendido es una novela de caballería alegórica. El autor narra, en forma de sueño, las aventuras del caballero Cuer³ quien, acompañado de su fiel escudero Deseo, va en busca de su dama Gracia, la cual ha sido apresada por Orgullo en su mansión de Rebelión. Antes de llegar a ésta, el Corazón debe soportar varias pruebas rigurosas, tales como la tempestad en la fuente de Fortuna, los combates a campo cerrado con los caballeros Zozobra y Cólera, y su apresamiento en el Cerro privado de Alegría, de donde es liberado por Renombre. Durante estas pruebas, es apoyado por sus compañeros Deseo y, más tarde, Largueza (quien se une a ellos en el campamento de Honor antes de su llegada a la isla del dios de Amores), y por los estímulos de la dama Esperanza. Los tres compañeros pasan una apacible estancia en la isla donde reside el dios de Amores, visitando el hospital de los enamorados enfermos y el cementerio, adornado de blasones de los amantes fieles e infieles. El Corazón llega finalmente a obtener un beso de su dama, pero, en el momento en que se propone llevarla al castillo de Placer, es gravemente herido por Orgullo y los murmuradores que le tienden una emboscada. Gracia retorna a la cautividad y el Corazón debe pasar el resto de su vida «en plegarias y oraciones» en el hospital de Amores.

* * *

Así resumida, nada distingue a esta historia de las numerosas obras alegóricas que proliferaban tras la aparición del *Roman de la Rose*. Pero, juzgarla únicamente bajo esta luz sería descuidar las in-

² *Le Livre du Cœur d'Amours Espris*, presente obra (N. del T.).

³ Corazón (N. del T.).

tenciones del autor, que nos presenta no solamente una historia alegórica, sino una empresa análoga a la conquista del Grial: «esta obra mía, que trata de la manera de la conquista de la muy dulce Gracia por el Corazón de Amores Prendido» (§ 3). En efecto, René nos previene desde el principio de su narración que va a tomar por modelo la *Conquista del Santo Grial*: «para mejor daros a entender esta obra mía... seguiré los términos del habla del libro de la conquista del Santo Grial». (Por «términos del habla» entiende él, sin duda, la fórmula arcaizante «or dit ly contes»⁴, que sirve en la *Conquista* para distinguir las diversas narraciones entrelazadas y que René emplea de una manera análoga. El término de entrelazamiento no convendría bien, sin embargo, al *Libro del Corazón*, cuya composición es más bien lineal). Empero, la empresa de la que trata el Libro del Corazón es una empresa profana, que tiene por objeto, no el Santo Grial, sino la gracia de una dama.

Lo que vincula la obra a esta tradición de los romances en prosa es, sobre todo, la forma en que René hace vivir a sus personajes. Multiplicando los rasgos de carácter, consigue darles una personalidad individual, que en ocasiones tiende a disimular su nombre, lo cual no carece de humor. Así, la vieja Melancolía se torna «contenta, mas con poca alegría, ya que su naturaleza no se presta jamás a estar alegre» (§ 86). Es el corazón enamorado quien posee el carácter mejor individualizado. El se toma a sí mismo en serio, se imagina el más valeroso de los caballeros, y se enfada cuando su amigo Deseo se mofa de sus hazañas. Aquí es donde reside una gran parte de la originalidad de René. Ya, en Charles d'Orleans, el corazón se había convertido en el *alter ego* del enamorado, su doble, que vive aparte y al que el poeta debe rendir visita («El otro ayer fue a ver a mi corazón / Para saber cómo se portaba» - Balada 37), que va a la caza, convoca consejo, se hace incluso eremita. Pero, en la poesía de Charles d'Orleans, el corazón no aparece jamás sin el adjetivo posesivo y uno es en todo momento consciente de que se trata del mismo Charles. René llega todavía más lejos en la ficción. A partir del final del segundo párrafo del *Libro del Corazón* («Lors mon cuer part o luy en l'eure»), el Corazón pasa al primer plano de la narración, el adjetivo posesivo es reemplazado por el artículo definido, y el corazón del escritor es transformado en caballero errante.

⁴ Algo así como: «Y ahora cuenta el relato...», o «cuenta ahora la historia...» (N. del T.).

El Libro del Corazón constituye, pues, una síntesis de los romances arturianos en prosa y las alegorías en verso a la manera del *Roman de la Rose*. La obra es, de hecho, una amalgama de prosa y verso en pasajes alternos; este procedimiento, denominado *prosimetrum*, se encuentra ya en la literatura latina (por ejemplo, la *Consolatio* de Boecio y el *De Planctu Naturae* de Alain de Lille, dos obras que figuraban en todas las bibliotecas medievales), así como en lengua vulgar (citemos la *Mutacion de Fortune* de Christine de Pisan y el *Livre de l'Esperance* de Alain Chartier, que René ha podido conocer). Sin embargo, René se sirve del *prosimetrum* de un modo completamente original: en lugar de hacer de los versos un comentario de la prosa, los utiliza específicamente para el diálogo, reservando la prosa para la narración propiamente dicha.

Hasta la llegada de los tres compañeros a la isla de Amores (§ 150), la historia es bastante agitada: se van sucediendo, alternativamente, encuentros, combates, apresamientos, viajes, e incluso «mal de mar». Pero los pasajes de diálogo, con frecuencia espirituales, y también con frecuencia muy largos, contribuyen sin duda a ralentizar el relato, que progresa así con un ritmo desigual. Una vez atravesado el mar, la narración se ve de nuevo interrumpida por una serie, sin duda demasiado larga para el lector de hoy, de descripciones consagradas a los blasones de los enamorados que yacen en el cementerio de Amores y a las tapicerías de Amor y de Venus. Conocido es, por otra parte, el interés que para René tenían los escudos de armas (que figuran en su *Livre des Tournois*)⁵ y la pintura, que él mismo practicaba, y es evidente que se deleitaba haciendo tales descripciones, las cuales son lo suficientemente detalladas como para servir de guía a un iluminador: en nuestro manuscrito de base, casi todos los blasones y cada una de las tapicerías están en efecto representados por una miniatura. René compone la de la horrible enana Celos (§ 14), la cual es también el tema de una ilustración, y se complace en pintar con viveza de ojo diversos efectos de la naturaleza, como la salida del sol sobre la mar (§ 139), o edificios, tales como el castillo de Placer (§ 240). De este modo, sin dejar de ser en su conjunto un relato de una serie de aventuras, el *Libro del Corazón* contiene una abundancia de pasajes descriptivos que, si bien tal vez disminuyen el ritmo de la narración, subrayan por otra parte la importancia de su aspecto visual.

⁵ Libro de los Torneos (N. del T.).

Los manuscritos *

El texto de base de la presente edición es el del manuscrito 24399 de la heredad francesa de la Biblioteca Nacional de París, obra ejecutada en medio angevino por los alrededores de 1460 e iluminada con setenta y una miniaturas. Un segundo manuscrito, que data de la misma época y fue copiado a partir del mismo ejemplar que el precedente, figura en la colección de la Biblioteca Nacional de Viena (Cod. 2597); pero le falta alrededor de un cuarto de sus folios de origen, que han sido más tarde recopiados a partir de una versión alterada del texto; además de esto, no contiene más que dieciséis de las cuarenta y cuatro miniaturas que habían sido proyectadas. Presenta un episodio, copiado sobre dos hojas intercaladas, que no se encuentra en ninguno de los otros manuscritos: nosotros lo reproducimos en el apéndice. Existen otros cinco manuscritos del final del siglo XV y de principios del XVI, de los cuales tres están en la Biblioteca Nacional (fondo francés 1425, 1509; nuevas adquisiciones francesas 1679), uno en la Biblioteca del Arsenal (MS 2984) y otro en la Biblioteca del Vaticano (Regina lat. 1629), no conteniendo estos dos últimos más que un texto abreviado.

Susan WHARTON
1980

* Se han eliminado de este apartado las observaciones de tipo lingüístico relativas a la edición del texto original francés. También se ha suprimido un breve apartado de este prefacio que estudiaba la lengua de la presente obra. Dado que esta edición española no es bilingüe, se ha juzgado que su presencia aquí no tenía razón de ser (N. del Ed.).

SUMARIO BIBLIOGRAFICO

Las obras de René d'Anjou han atraído la atención de los eruditos, en primer lugar, a causa de las soberbias miniaturas que decoran los manuscritos. En efecto, las ediciones de lujo (por otra parte casi inencontrables) de las dos alegorías el *Mortiffiement de Vaine Plaisance* y el *Livre de Cueur* han sido exclusivamente preparadas para acompañar reproducciones en facsímil de las ilustraciones. La única edición completa, la del conde de Quatrebarbes, está tan sólo basada en unos pocos manuscritos, y no responde a las exigencias de la crítica moderna. La biografía de Lecoy de la Marche jamás ha sido sobrepasada, y el artículo de Daniel Poirion constituye el mejor estudio literario, que no solamente trata del Libro del Corazón sino que hace referencia también a las otras obras de René.

Ediciones de las obras de René d'Anjou

Rondeaux (Fondeles) (1444)
publicados en P. Champion, *Charles d'Orleans, Poésies*, París, C.F.M.A., 1923-27.

Livre des Tournois (env. 1450) (Libro de los Torneos (alrededor 1450))
A. Champollion-Figeac, L.-J.-J. Dubois, C. Motte, *Les Tournois du roi René...*, (Los Torneos del rey René), París, C. Motte, 1827.

Mortiffiement de Vaine Plaisance (Mortificación de los Vanos Placeres) (1455)

F. Lyna, *René d'Anjou: Le Mortiffiement de Vaine Plaisance*, París, M. Rousseau, 1926.

Livre de Cœur d'Amours Espris (Libro del Corazón de Amores Prendido)

D. Smital y E. Winkler, *Herzog René von Anjou: Buch vom liebentbrannten Herzen* (Duque René de Anjou: Libro del Corazón de Amor Prendido).

S. Wharton, *A Critical Edition and Study of René d'Anjou's «Livre du Cœur d'Amours esprits»* (Edición Crítica y Estudio de la obra de René d'Anjou «Livre du Cœur d'Amours esprits»), tesis inédita, Universidad de Cambridge, 1978.

Obras completas

Conde T. de Quatrebarbes, *Oeuvres complètes du roi René*, (Obras completas del rey René), Angers, imprenta de Cosnier y Lachèse, 1844-46.

Biografía

A. Lecoy de la Marche, *Le roi René: sa vie, son administration, ses travaux artistiques et littéraires* (El rey René: su vida, su administración, sus trabajos artísticos y literarios), París, Firmin-Didot, 1875.

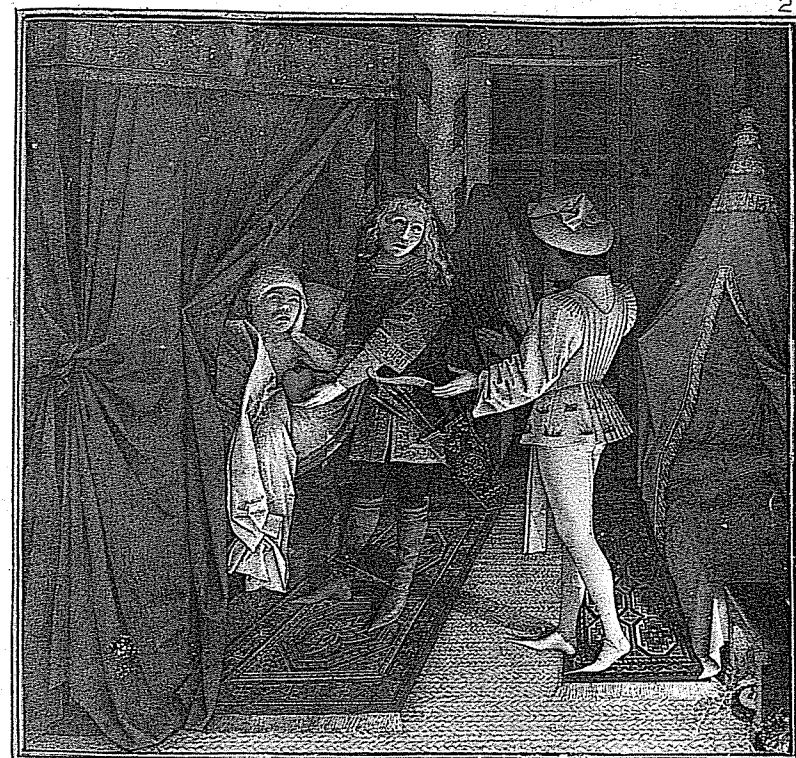
Estudio literario

D. Poirion, «L'allégorie dans le *Livre du Cœur d'Amours Espris* de René d'Anjou» («La alegoría en el Libro del Corazón de Amor Prendido de René d'Anjou»). *Travaux de Linguistique et de Littérature* IX (Trabajos de Lingüística y de Literatura IX) (1971), 51-64.

Estudio detallado del francés medio

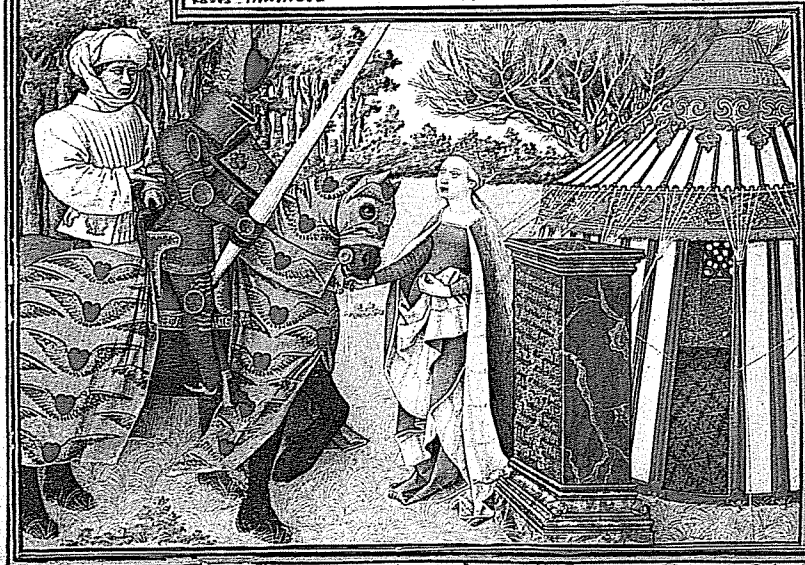
P. Rickard, *Chrestomathie de la langue française au quinzième siècle* (Crestomatía de la lengua francesa en el siglo quince), Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

EL LIBRO DEL CORAZÓN DE AMOR PRENDIDO



Celle nuit en ce mois passe
Cruelle tourmente lasse
Formement pensifz ou lit me mis
Comme homme las qui A si mis
Son cuer en la merz d'angoisses
Que ma vie en plame et en plours

Voulust ou non si durement seffoit ladicte dame de sa bride saisie
 Donques quant il vit cela si descendit apue et salua la da
 mie en lui demandant et priant quel liu, de lui dire qui
 elle estoit ne pourquoy lauoit ainsi arreste Et dit en
 telle manere



Dame pour dieu que o vous plaise
 Pour mon vouloir mettre a son aise
 Amour duc las de vostre estre
 Car sur toutes me samble estre

Muy alto y poderoso príncipe, mi muy caro y bienamado primo
 y sobrino Jehan, duque de Bourbon y de Auvergne, etc., yo René
 piadosamente dirijo a vos mi queja como a aquél por quien, por en-
 cima de todos los otros príncipes del reino de Francia, tengo mayor
 amistad, confianza y amor; y bien que debo tenerla, porque durante
 mucho tiempo y casi desde mi infancia, vuestro difunto padre y yo
 hemos estado siempre el uno con el otro y teniendo el uno al otro
 perfecto amor como entre hermanos carnales. Y por vuestra benigni-
 dad yo en vos siempre he encontrado, antes y después del falleci-
 miento de vuestro mencionado padre, un perfecto, benevolente y
 muy leal amigo, por lo que a vos yo me siento sobremanera ligado, y
 tanto que jamás sabría desfavoreceros. Razón por la cual a vos dirijo
 mi queja antes que a ningún otro viviente, esperando que bien y se-
 guramente me sabréis aconsejar. Hay en mí, empero, un dilema: es, a
 saber, que, de entre tres, no se contra quién dirigirme para acusarle
 del estrago y martirio que mi corazón en verdad sufre, a causa de la
 Fortuna, o de Amor o de mi destino, porque uno de los tres tan gra-
 vemente me ha puesto en zozobra y tormento que no sabría decir ni
 cuál en verdad tomar para atribuirle la carga ni a cuál echar la culpa.
 Pues el día que yo pasé primero delante de mi dama, Fortuna condú-
 jome allí antes que a ninguna otra parte, asaz sin falta, y, sin em-
 bargo, para qué ni adónde así iba no sabía, ni mal de ello pensaba. Y,
 por otra parte, cuando allí arrivé sin en ello mucho tiempo tardar,

Amor, quien emboscado estaba alrededor de la muy bella y gentil, por la aspillerada de su ojo dulce y despierto me lanzó una mirada que me golpeó en el corazón; y además, juzgó después que mi destino fuese, dondequiera que yo esté y a todas las horas, sin recreo ni reposo, pensar sin cesar, en mi recuerdo, en aquella de quien aquí arriba he hablado, muchísimo más que en ninguna otra cosa en la vida. Así pues, a cuál de los tres arriba nombrados echar la culpa de mi martirio, no sabría decir sino que, tal vez, a los tres y cada uno en su totalidad; pues, por mi lealtad, cada uno de ellos tanto ayudó y en ello su poder usó que todavía en un estado tal me encuentro en el que no sé hallar remedio para mi caso. Y así, languideciendo, permanezco sin sanar y sin poder tampoco morir, en tal manera y estado como por las parábolas de este escrito ciertamente podréis ver si os place leerlo.

Una noche en este mes pasado,
trabajado, atormentado, cansado,
Fuertemente pensativo en la cama yacía
Como hombre, ay *, que puesto había
Su corazón a merced de Amor,
Que mi vida en llanto y aflicción
La mayor parte pasé, persiguiendo con ardor
Un dulce otorgamiento en cuya persecución
Hube, si bastar no ha podido,
Mayores pena y martirio,
Que nunca cuerpo de amante sufriera;
Pues mi corazón doloroso tanto se estremeciera
Y en tan fuerte deseo ha ardido
Que empeorar ya no puede,
Ni estar de su mal más dolido.
¿Qué queréis que yo os diga?
Ser creíble no podría,
La amigable enemistad,
Dulce guerra, sabroso mal,
Plácido disgusto, bien deseoso
Y tan fatigante reposo

* En el orig., «las», que puede ser tanto, «ay», como «laso», «cansado». (N. del T.) (Y es que, cuando con seguridad significa «ay» viene, en algún caso más atrás, sin coma ni puntuación alguna).

El que sin cuerpo va combatiendo
Y, sin herida abierta, fuertemente hiriendo
Mi corazón, abiertamente bajo cubierto,
Que no se en qué voy a acabar,
Pues tanto tarda Piedad en alcanzar
El corazón de mi dama a paso tan lento,
Que en mi poder ya no está,
Tal creo yo en verdad,
El sostener, por más tiempo
La carga que ha mi pobre vida,
Que Orgullo solo mira,
Sin causa, de poderla terminar.
Y así, sin saber yo en qué acabar,
La noche que ya he dicho tan confuso me ví
Que bien cerca estuve de morir,
Pues, cuando mitad sumido en fantasía,
Mitad en ensoñación dormía,
Ya fuese visión o pesadilla,
Cuenta me dí y no fue ilusión
De que fuera de mi cuerpo Amor puesto había mi corazón,
Que a Deseo sometido había,
El cual así le decía,
«Si a la dulce Gracia alguna vez
Deseas poder tener,
Menester será que te desvivas
Por a fuerza de armas conseguirla,
Tanto que puedas derrotar
A Orgullo, que del fuerte es el guardián,
Para agravio de todos los amantes,
Donde la dulce Gracia está atada
Con dos pares de grillos apresada;
Que allí la tienen Vergüenza y Temor.
Ven conmigo, y así habrás honor».
Dijo Deseo, «y más ya no tardes».
Entonces mi corazón con él partió en aquel instante.

Igual que en otro tiempo de los altos hechos y proezas, de las grandes conquistas y hazañas guerreras, y de los maravillosos acontecidos y muy aventurosos peligros que fueron llevados a cabo, hechos y acometidos por los esforzados y bravos caballeros Lancelot,

Gawain, Galahand, Tristán y también Palamides y otros caballeros pares de la Tabla Redonda en el tiempo del rey Arturo y para el Santo Grial conquistar, tal como lo relatan las antiguas historias a lo largo, han sido hechos y dichos muchos romances para perpetua memoria, del mismo modo, para mejor daros a entender esta obra mía, que trata de la búsqueda de la muy dulce Gracia por el Corazón de Amores Prendido, seguiré los términos del habla del libro de la conquista del Santo Grial, explicando la manera cómo y con qué armas Deseo armó al Corazón. A saber, con una armadura de placer, extraordinariamente fuerte, para resistir los golpes y porrazos de Negativa y Rechazo, y para que, todavía más fuerte que ningún otro, Desesperación en amores no pudiese, en fiero combate alguno ni en ninguna batalla en este mundo, perjudicarle ni causarle perturbación; así fue en verdad, sin embargo, como Deseo dijo y lealmente prometió y afirmó al mencionado Corazón. Mas no sucedió así, pues muchas veces y a menudo fue después herido y lastimado por entre la armadura, y no solamente entre la armadura; mas no le valió tarja ni escudo que no fuese mal llevado, como bien podréis oír relatar a lo largo de mi narración. Mas el Corazón enamorado, que siempre usó en la susodicha conquista especialmente del consejo de Deseo, tanto en tuertas como en derechas, tan ciegamente le creyó que de la dicha armadura mucho se fió y su vida segura sintió; por lo que rápidamente de ella armóse sin hacer demora. Seguidamente Deseo le ciñó una tizona de hierro afilado y acerado, hecha y forjada toda a golpes de muy humildes peticiones y plegarias y tan fuertemente templada en lágrimas de piedad que ya no pudo ser más arma del duro Orgullo para destruir a los amantes. Después de la tizona acerada dióle un yelmo adornado todo de flores, de amorosos pensamientos, ordenándole que siempre lo llevase sobre ninguna otra cosa, pues de entre todas las demás armas era ésta la más propicia para todos los corazones enamorados y para todos los corazones aventureros que conquistar quieren la gracia de su dama. Además, el citado Deseo le entregó un escudo que era de esperanza pura, amplio, grande y abundante, con tres flores de no me olvides y ribeteado de dolorosos suspiros, el cual el Corazón muy cuidadosamente pendió de su cuello para cubrirse cuandoquiera que necesidad tuviese. Entonces, cuando Deseo vio al Corazón así armado y ordenado, parecióle muy bien y estuvo de ello maravillosamente contento y regocijado. Después le calzó los pies con sus propias manos con las muy punzantes espuelas del recuerdo amoroso y le hizo montar sobre un corcel extraordinaria-

mente grande, fuerte y alto, que por nombre tenía Franqueza, el cual era propiciamente perfecto en todos los torneos, hechos de armas y encuentros de lanzas. Cuando el Corazón vióse tan bien armado, montado y adornado, huelga decir que no hubo nadie más contento ni más regocijado que él; no digo yo de felicidad, pues ese dulce bien a él le estaba por venir. Entonces Deseo púsole en su puño una lanza de ciprés extraordinariamente gruesa y larga propicia para el caso con la moharra aguda de dones y afilada de promesas, para confundir a todos los enemigos de Amores. Entonces el Corazón espoleó el corcel con amorosos recuerdos y Franqueza le transportó como un corcel mal domado, mas Deseo, el ardiente, siguióle de cerca reconfortándole muy dulcemente, y exhortóle diciéndole así:

«Si alguna vez corazón cortés y amoroso
Debe jamás estar de amores más dichoso,
Si de ti depende, Corazón, tú lo serás,
Pues, según yo creo, elegido has
La más joven, gentil, rubia y bella
Y de todos los bienes del mundo la más perfecta,
A todo entender; y quién jamás será
Ahora se verá, pues, el que osará
Perseverar y lealmente amar
Sin en lo dulce ni en lo amargo, jamás dudar,
Para su muy dulce gracia conquistar,
Pues a corazón no vi elegir jamás
Muchacha tan bella de los pies a la cabeza.
¡Si otra tal encontrare, a morir me sometiera!
Nada en ella por hacer la naturaleza ha dejado,
Pues un patrón para amantes del mejor hacer ha dado,
Para valor adquirir y gran honor obtener.
Ya que haberla visto os digo, creedme pues».

Dice ahora el relato, antes que nada, que cuando el Corazón hubo oído hablar así a Deseo, sin más esperar, partió derecho delante de él a todo galope hacia la aventura, y juró por sus buenos dioses que no se detendría en tierra firme ninguna hasta que hubiese conquistado, mediante proezas, la muy dulce gracia de la muy gentil dama, o si no, sin duda, moriría de pena, pues las palabras que Deseo habíale dicho últimamente le habían encendido de tal manera que ya no encontraba reposo alguno. En este estado partió y Deseo, su

sargento, siguióle de muy cerca. Y cuenta el relato que pasó muchos días errando sin que aventura ninguna encontrase que valga la pena contar, hasta que un día entre otros, a la orilla de un gran bosque en país extranjero y región desconocida, en un prado abundante, debajo de un pino muy hermoso, alto, verde y derecho, encontró un pabellón tendido, extraordinariamente rico y agradable de ver, y, más que ninguna otra cosa, parecía haber sido hecho de magnífico tejido, pues la bordura que había adosada en torno a los canalones era toda de follaje de perlas hecho y alzado con bordadura. En frente de dicho pabellón había, más bien dentro que fuera, bajo la cobertura de dicho pabellón, una columna de piedra de jaspe, que bien podía ser de la altura de media lanza y del grosor, en cuadrado, de tres pies por cada uno de los lados; en la cual columna había letras antiguas artificialmente talladas que decían así:

Oh vosotros, todos los corazones gentiles y graciosos,
Que conquistar queréis, para ser más valerosos,
Del dios de Amores y de vuestra dama también
Dulce gracia y bienaventurada merced,
En vos no cambie el pensamiento
Para a vuestros primeros amores dar divertimiento.
Sed leales sin jamás variar,
Y piedad para vosotros siempre habrá.

Leyendo, como el Corazón hizo, las letras escritas en la citada columna, mientras descansaba sobre el arzón de su silla, y estando también fuertemente maravillado y pensativo, deseoso de saber quién otrora hiciera escribir y tallar estas letras, hete aquí que del pabellón salió una dama, que ya era un poco anciana por las apariencias, de alto porte y muy ricamente ataviada de hábitos reales; de color de púrpura tenía el jubón y el vestido, sobre sus hombros un manto de cebellina y sobre su cabeza una corona de oro; la cual dama tomó al citado Corazón tan rápidamente por la brida que éste no pudo ponerse en guardia. Entonces, comenzó a estremecerse y a mudar de color y, de la vergüenza que sentía de que en un instante una sola mujer le hubiese cogido así por la brida (pues tan valiente y tan esforzado él creía ser que ni siquiera dos caballeros juntos le habrían podido detener en aquel momento), trató de espolear a su caballo, mas todo fue en vano, pues forzado fue a permanecer, quisiera o no; tan fuertemente había agarrado la dicha dama su brida. Así pues, cuando

él vio aquello, descendió de su caballo y saludó a la dama, pidiéndole y rogándole que tuviera a bien decirle quién era y por qué le había detenido en aquella manera, diciéndole así:

«Señora, por Dios tened a bien ahora,
Para que mi ánimo pueda poner en concordia,
Decirme quién podéis ser,
Pues, sobre todas, vos me parecéis
De gran estado, dulce y sabio.
Y si yo he sido en el pasado
De tan pequeño y rudimentario saber
Que hacia vos no hice mi deber,
Cierto se ha hecho el pensamiento
En el cual me hallaba hace un momento
Tan fuertemente obstinado cuando veía
Las letras que aquí leía,
Que escritas en la columna están,
Pues bien creo que nadie jamás
Antes viese cosa semejante.
Por ello os suplico que en adelante,
Y sin que negaros a ello queráis,
En decirme vuestro nombre consintáis».

Ahora dice el relato que, cuando el Corazón tan dulcemente hubo hablado a la dama, ella le tomó de la mano y así le respondió, diciendo:

«Tú, Corazón, que tan grande es tu querer
De mi ser y mi nombre saber,
Escúchame sin desdecir
Y en seguida me oirás decir
De qué sirvo y qué se hacer
Y mi nombre y todo mi haber.
Mi nombre, te digo, es Esperanza,
Sin que se adelante hombre alguno
A hacer ni decir bien ninguno
Eso todos lo saben bien,
Pues de sobra saber puede cada uno
Si hay en él sentido y saber,
Que si Esperanza no lo lleva

De haber bien entrará en pena.
 Y estas letras que tu has visto
 En la columna, y también leído,
 Amores las hizo aquí tallar
 Para a aquéllos reconfortar
 Que han voluntad de adquirir
 Lo que tu piensas conseguir,
 Pues todos por aquí habrán de pasar.
 De mí no se pueden dispensar;
 Sin mí en vano laborarían,
 Y aquí estuvo también mi señor Gawain.
 Ahora yo te diré qué harás
 Y cómo te gobernarás,
 Mas un poco ten paciencia de esperar,
 Y pon buen cuidado en escuchar.
 Males habrás a montón
 Que parezcan sin razón,
 Pues Amor suele así partir
 Sus bienes y sus males repartir,
 Con recompensa sea o sin ella,
 Sin importarle quién en ello gane o pierda.
 En el bosque de Larga Espera
 Entrarás, según mi creencia;
 Beberás en la fuente de Fortuna
 Que no es para todos una,
 Y desde allí podrás bien pasar
 Por el valle de Profundo Pensar.
 El río de Lágrimas habrás de cruzar
 Antes de que llegues a tu meta final.
 Al cerro Privado de Alegría
 Bien sé que emprenderás tu vía,
 Y en el prado de Dura Respuesta
 Pastará tu caballo más de una onza
 De una hierba muy dura de tragar,
 Mas por tal trance habrás de pasar.
 Otro pasaje hay maravilloso
 Cuyo nombre es Paso Peligroso.
 Mas guárdate bien, yo te ruego
 Del camino de Frenesí Violento,
 Pues por él irás a la mansión

Donde mora Desesperación.
 Y si por ventura allí entrases,
 Yo te diré lo que hacer debes.
 Ténme siempre en tu memoria
 Y eso te dará victoria,
 Y pronto encaminarte podrás
 Por el sendero de Alegre Pensar
 Por donde encontrar a Gracia podrás.
 Mas, antes, el corazón ennegrecido habrás,
 Pues antes de la conquista lograr
 Tu cabeza más de un golpe alcanzará
 De Rechazo y el cruel Orgullo
 Que casi te tornarán confuso,
 Y si Desesperación a ti viniese, Alegría
 Ya contigo más no sería.
 Siempre de mí ten recuerdo
 Que por nombre Esperanza tengo,
 Porque tendrás a la dulce Gracia
 Y de todos bienes asaz sin falta.

En esta parte dice el relato que, cuando la dama Esperanza hubo de este modo hablado y exhortado al Corazón, tal como habéis oído, él quedóse triste y pensativo y un poco espantado por los grandes peligros y trabajos que la dama Esperanza le había contado y dicho, por los cuales le sería menester pasar antes de poder llevar a término su empresa. Sin embargo, la presencia y buenas palabras de la dama le reconfortaron grandemente. Mas en este punto el relato cesa de hablar del Corazón y de la dama Esperanza, y vuelve a hablar de Deseo, el cual aconsejó al Corazón la empresa y le armó y ordenó caballero tal como el relato os ha explicado ya más arriba.

Ahora dice el relato que este gentil jovenzuelo Deseo, después que tan bien y tan cuidadosamente hubo armado con todas las armas, vestido y montado a caballo al Corazón, no le dejó después en momento ni espacio alguno, sino que antes bien, por dondequiera que el mencionado Corazón fuese, Deseo, el joven doncel, siguióle de tan cerca que nunca de vista le perdió. El cual Deseo, a lo largo de sus jornadas le dirigió, condujo y guió al pabellón de la dama Esperanza como aquel que muy bien conocía el camino, pues a muchos otros por allí había ya conducido. Y por eso, después del razonamiento

que la dama Esperanza hiciera tal como arriba me habéis oído contar, el Corazón se volvió hacia Deseo, el cual junto al mencionado pabellón estaba, a saber, debajo del pino, el cual Deseo no había pronunciado palabra mientras que la dama Esperanza hablaba, y díjole el Corazón de esta manera:

«Deseo, mi maestro y gracioso amigo,
Hasta aquí vos me habéis, Dios es testigo,
Guardado, conducido y también traído
Y sabéis que nadie hay de hombre nacido
Más deseoso de seguir el consejo
De Esperanza, del que en verdad no hay parejo.
Tened ahora a bien, pues, conducirme bien derecho,
Y bien introducirme en todos mis hechos.
Consejo, aviso y aliento dadme
Y también, ¡ay!, por Dios, confortadme,
Y dirigidme por el camino de Esperanza,
Pues en vos, sobre ningún otro, tengo puesta confianza,
Como aquél que bien conoce todos los pasajes
Que han de andar enamorados locos y sagaces.
Poneos pues el primero, amigo dulce,
Que yo iré tras vos, si a Dios place».

Dice el relato que, después que el Corazón hubo así hablado, en seguida Deseo, sin más palabra decir, espoleó a su caballo el primero por entre un gran camino que él encontró cerca del pabellón hacia la mano izquierda; y el Corazón también, cuando vio partir a Deseo, encomendó a Dios a la dama Esperanza y ella respondióle que bien fuese él recomendado a Dios y a su dama, y también, que siempre pudiese hallar buena aventura. Entonces, el Corazón espoleó y partió detrás de Deseo, y a través de muchas jornadas cabalgaron sin encontrar cosa alguna que contar valga la pena ni que pueda servir a nuestra materia, y tanto erraron Deseo, el franco y noble jovenzuelo, y el gentil Corazón, que de Amores estaba prendido, por valles, montañas y llanuras, por bosques y selvas, que un día entre otros llegó, justamente a la hora de las vísperas, en que los citados caballeros habían cabalgado desde el despuntar del alba del mismo día sin encontrar albergue ni lugar donde repostar pudiesen ellos y sus caballos. Entonces, hete aquí que, mientras descendían un cerro, el Corazón

miró y vio, derecho delante de él, una ermita al lado de un bosque, el cual era, tal le parecía, el más grande y temible, tenebroso, espantoso y obscuro de que jamás oyese hablar. Maravillóse entonces fuertemente el susodicho Corazón, y no sólo por eso, sino tanto más porque veía siempre a Deseo marchar sin detenerse. Mas él no dejó de cabalgar tras él, siempre aproximándose cada vez más y más al susodicho obscuro y espantoso bosque, y, la cosa que más seguro le hizo estar de seguir adelante como hizo fue la esperanza de poder oír algunas nuevas en la susodicha ermita. Así, caminaron hacia la ermita y, entonces, detúvose Deseo delante de la susodicha ermita y el Corazón hizo lo mismo. Entonces Deseo comenzó a gritar y a llamar fuertemente por ver si había alma alguna allí dentro. Y, en aquel momento, apenas hubo llamado cuando fuera de la ermita salió, por la puerta de la capilla, que era estrecha, baja y de antigua hechura, una enana jibosa, toda contrahecha de faz y de cuerpo, la cual tenía los cabellos de cerca de un pie y medio de altos, derechos y bastos, gruesos y negros, como si se tratase de la cabeza cortada de un viejo jabalí. Sus ojos estaban inflamados y relucientes como carbones ardientes; la nariz tenía torcida y grande, las cejas pendientes sobre los ojos, la boca larga y ancha hasta las orejas, los dientes grandes, amarillos y mal encajados, las orejas le colgaban más de un palmo, la frente y el rostro negros, arrugados y horribles, las tetas grandes, flácidas y le colgaban hasta el vientre; y los hombros estaban más altos que las orejas; los brazos cortos, gruesos y velludos, las caderas altas, las piernas flacas, todas arañadas de espinas; los pies tenía largos y patudos como un cisne, y no llevaba sobre ella, por toda vestimenta, más que dos pieles de león con todo su pelo anudadas por encima del hombro. Y en verdad parecía una criatura poco cortés, desgraciada, huraña y poco amorosa. Adelantóse entonces Deseo, el joven hidalgo, como aquél que bien creía conocer la lengua y el país, y habló a la enana de esta manera:

«Ven aquí y Dios te salve, enana,
Puesto que el día nos abandona,
Pregunta al eremita de este lugar
Si en él nos podemos albergar;
Que gran cortesía nos hará
Y aún recompensado será,
Pues caballeros somos que errando
Aventura vamos buscando».

El autor

Dice el autor que, después que Deseo hubo así hablado a la enana lo más cortésmente que supo, buscando albergarse aquella noche en la ermita, la enana, presa de irritación y mal talante, frunció la nariz, se enrojeció y, con la cara palidecida de gran despecho, respondió así a Deseo:

Cómo la enana respondió a Deseo y dijo

«Si más no sé de tu persona,
Joven doncel, que por tan señor te tomas,
Ni por ti ni por ninguno que vea
Daré un solo paso de esta vereda.
Mas dime tu nombre y quién eres,
Y yo iré, si bien me parece.
De ti también saber quiero
Quién es este otro que veo,
Y para dónde andáis o tiráis,
Qué queréis y qué buscáis;
De otro modo andad los dos;
¡Y que en gran mal os ponga Dios!

Aquí habla el autor y dice que

Cuando los dos compañeros oyéronse insultar y maldecir de esta manera por tan fea criatura, una vieja enana jibosa y contrahecha, a poco estuvo el Corazón de perder la paciencia y habría herido a la enana si Deseo no se lo hubiese impedido. Y juntos convinieron que, puesto que era una mujer, por más que fea fuese, no le harían mal alguno, pues ningún honor adquirirían en ello; antes bien hablaron cortésmente, esperando siempre poderse albergar, pues el sol ya se había escondido y ellos tenían hambre y estaban cansados y trabajados, y determinaron decirle a la enana sus nombres y su asunto. Y si alguien me pregunta si en la ermita había alguna otra persona aparte de la vieja enana y también cuál era el nombre de la dicha enana, yo diré que ella tenía por nombre Celos, y que tenía apresado en la susodicha ermita al muy bello doncel Buena Acogida, que había venido allí para instruir y dirigir a los verdaderos amantes que quisieran entrar en el bosque de Larga Espera. Y la vieja falsa habíale taponado la

boca a fin de que él no pudiese gritar y habíase puesto delante de la puerta para hacer lo contrario a cuanto Buena Acogida debía de hacer. Entonces hablóle el Corazón a ella, procurando ser más grato y lograr mejor respuesta que su compañero, y dijo así:

Cómo el Corazón le habla a la enana y le dice de esta manera

«Enana, de nuestros hechos te diré
Cuanta verdad he en mi poder,
Pues hombre noble no debe mentir
Ni por miedo que haya de mal sufrir;
Miedo de ti ninguno tengo,
Mas tampoco mentirte quiero.
Mi compañero tiene por nombre Deseo,
Que a muchos amantes ha dado recreo,
Y mi nombre es Corazón de Amor Prendido,
Pues todo mi espíritu en ello he sometido*,
Y la búsqueda hemos emprendido
Por completo a nuestro albedrío
Para a dulce Gracia encontrar;
¡Dios nos la dé en su bondad!
Nuestro asunto ya te he dicho:
Entra, por Dios, en tu cobijo
Y pregunta al eremita
A quien no tengo por hipócrita,
Si darnos quiere refugio,
Sin hacernos más disturbio.»

Aquí habla el autor y dice así

En este punto dice el relato que, cuando la vieja enana Celos hubo oído al Corazón, bien parecióle por sus palabras y también por sus maneras que eran gente del dios de Amores, su enemigo mortal, y que andaban buscando a la muy dulce Gracia, lo cual hizo que la ira y la cólera se apoderasen de ella nuevamente y aun el doble que antes. Y la falsa vieja, llena de maldad y traición, entró en la ermita fingiendo ir a hablar con el ermitaño; mas no tardó mucho en volver

* Hay en el original un juego de palabras, pues la misma palabra, *espris*, termina estos dos versos, significando, en el primer caso: *atrapado, prendido*, y en el segundo: *espíritu* (N. del T.)

sin haber hablado con nadie, pues allí no había ningún ermitaño, y vino a hablar a los dos compañeros diciéndoles de esta manera:

Cómo la enana respondió al Corazón y a Deseo y les dijo así

«Venid aquí, compañeros alegres,
Que bien creéis valer dos reyes
Para mi lenguaje abreviar,
No os podréis aquí albergar,
Pues el eremita, que solo habita,
Para gente enamorada no tiene cura,
Pues contra su voluntad obraría
Con lo que grandemente erraría,
Y cuando quisiéraisle forzar
El fuego de aquí os habrá de arrojar
Tal como él ha dicho os lo transmito,
Y que cierre la puerta me ha dicho;
Mas yo os diré qué haréis
Y cómo os albergaréis
Mejor que si aquí dentro lo hicierais,
Pues si en Orleans * estuviérais
Mejor estar no habríais podido.
Tomaréis hacia la izquierda el camino,
Y en el bosque haréis entrada
Cabalgando pronto y sin parada.
A eso de legua y mitad,
No dejaréis de encontrar
Quien muy buen cobijo os dé
Y a vuestros caballos dé a pacer.
Se le llama, si decirlo oso,
La mansión de Buen Reposo;
Allí bien estaréis, si justo digo,
Pues de los amantes es amigo.
Equivocaros no podéis
Si nunca el sendero perdéis.
Ambos caballos duchos lleváis;
Ya por la noche no temáis».

* «Orleans» también significa «Ahora aquí dentro», así que podría ser también: —Pues si ahora aquí permaneciérais— (o algo así) (N. del T.).

Aquí habla el autor y dice así

Cuenta ahora el relato que, cuando los dos donceles oyeron así hablar a la enana, la creyeron y prestaron fe a cuanto les decía, por más que bien les parecía que estaba presa de ira y mal talante; mas ellos no pensaron que por ellos fuese y creyeron que ella hablaba de buena fe; así que la saludaron y encomendaron a Dios, y ella les devolvió el saludo. Entonces ellos picaron espuelas a sus caballos y, tanta prisa se dieron, que en muy poco rato llegaron al bosque de la Larga Espera, mas apenas hubieron allí llegado cuando la noche les sorprendió. Entonces entraron en el bosque y condujeron a sus caballos por todo el camino que la vieja enana Celos les había enseñado; y tanto erraron que el camino les llevó hasta unos espesos matorrales donde los campesinos de nuevo habían cortado madera y ramaje. Y, si pasaron trabajos, ellos y sus caballos, eso es algo que huelga preguntarse, pues tan espesos eran los matorrales que las ramas y las espinas les arañaron todos sus rostros y arrancaron sus cabellos, y pasaron más de dos horas hasta que pudieron salir del taller. Mas tanto se esforzaron y tanta fatiga pasaron que encontraron una pequeña senda y, tirando siempre a la izquierda como la vieja Celos les había enseñado, llegaron al bosque alto. Y tanto erraron aquella noche, ahora por acá, ahora por allá, allí donde la aventura les llevaba, que al final se encontraron en un pequeño páramo, grande y del ancho de un tiro de arco más o menos *, rodeado por todos lados de alto bosque. Entonces, Deseo, que iba el primero, echó una mirada y vio, en medio de dicho páramo, un tiemblo extraordinariamente alto, y tiró hacia aquella parte, pues mucho le pareció aquél un bello lugar para reposar, y demasiado cansados y trabajados estaban, ya que en todo el día y la noche (hasta la media noche) no habían cesado de errar y no habían bebido ni comido en todo aquel día; y el Corazón, que estaba pensativo y melancólico, le siguió de cerca. Así llegaron los dos bajo el tiemblo y juntos acordaron que descenderían y reposarían un poco y dejarían comer a sus caballos, que gran menester de ello tenían. Así que descendieron debajo del tiemblo y quitaron las riendas a sus caballos y les dejaron pastar la hierba que hermosa y tupida estaba todo alrededor de ellos. Y el Corazón, que iba fuertemente armado, se reposó un poco, liberando su cabeza y sus manos, y apoyó su espada

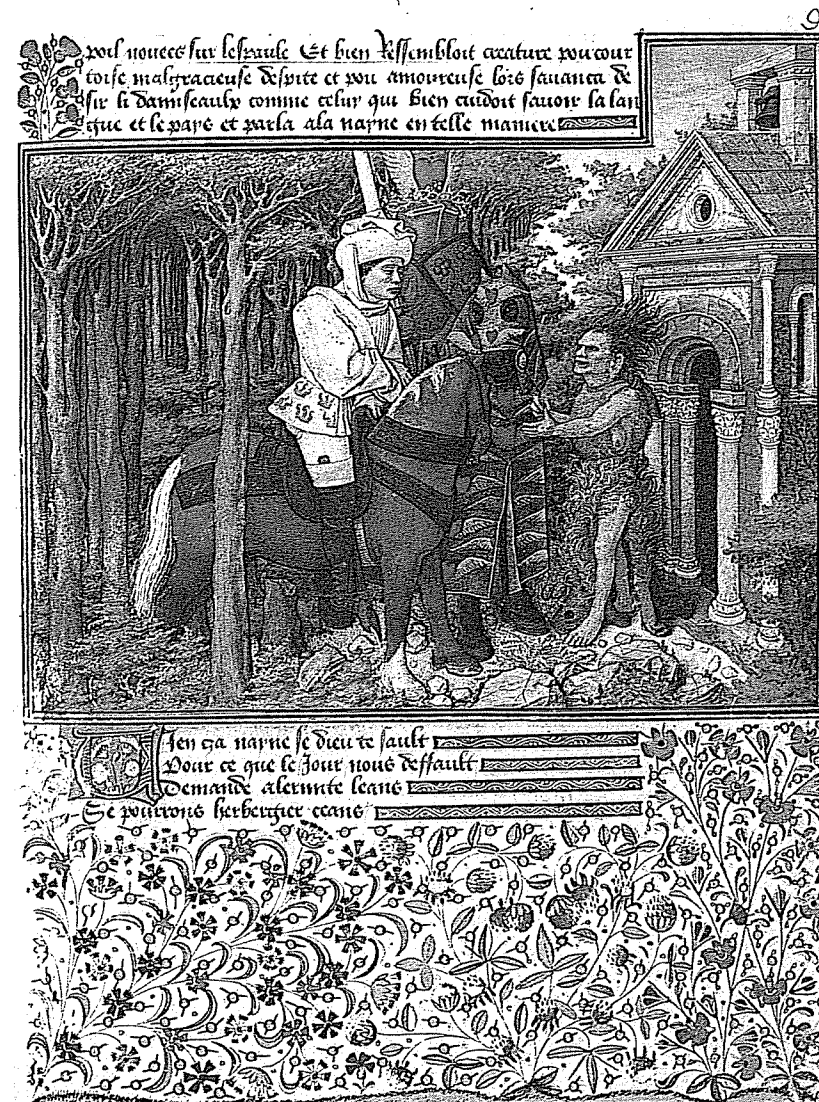
* La contradicción es evidente: «pequeño» y al mismo tiempo «grande», pero el orig. no deja lugar a dudas (N. del T.).

contra el tiemblo; y dieron una vuelta todo alrededor de él hasta encontrar un lugar para descansar que fuese mejor que ningún otro. Entonces vieron un gran escalón de mármol moreno que apenas si podían distinguir a causa de la obscuridad de la noche, que muy negra y tenebrosa era. Entonces se aproximaron a dicho escalón y, tanteando por encima, encontraron una escudilla de latón sujeta a una cadena de hierro, y se dieron cuenta en seguida de que encima del escalón surgía una fuente, mas no podían apreciar si el agua estaba turbia o clara. Y, no obstante, la muy ardiente sed que tenían a causa de las grandes penas y trabajos que habían sufrido aquel día obligóles a beber. Y Deseo, que era el más ardiente y de más caliente naturaleza y complexión que el Corazón, pues inflamado estaba como el fuego, puso el primero la mano en la escudilla y sacó el agua de la citada fuente y bebió muy ardientemente. Entrególe después la escudilla al Corazón, el cual bebió largamente hasta la saciedad y, después, volvió a arrojar la escudilla sobre la piedra tan rudamente como aquél que estuviese envidioso de que el resto del agua que había en la escudilla se derramase sobre la piedra. Y el cielo, que, a pesar de que la noche era oscura, estaba salpicado de estrellas *, cubrióse en seguida de nubes y comenzó a tronar y a relampaguear tan horriblemente que no hay corazón de hombre que no se estremeciese de miedo al verlo, y súbitamente se puso a llover y a granizar tan fuertemente que parecía que todo se iba a venir abajo, el cielo y las nubes. Y los dos compañeros, un poco espantados por lo horripilante del tiempo, retiráronse y pusieron a cubierto bajo el tiemblo lo mejor que supieron; mas todo esto no sirvió en nada para impedir que tan mojados y empapados quedasen por la lluvia que pareciesen haber sido extraídos del fondo de un río. Mucho temió Deseo entonces que el Corazón no renegase de su empresa, pues asaz desafortunado había sido su primer encuentro; y no se pudo tener entonces de hablarle y díjole de esta manera:

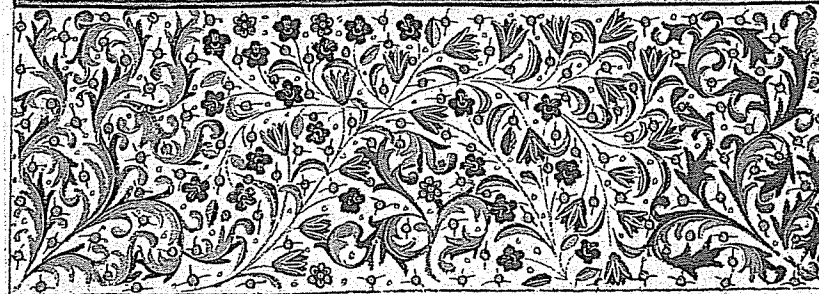
Cómo Deseo conforta al Corazón diciéndole

«Oh Corazón, que tan gran renombre tienes
De ser cortés, bueno y valiente,
Deja que te pida y te exhorte

* Literalmente, en el orig., «estrellado de estrellas» (N. del T.).



Vint aual et ael et nuces et les deux compaignons au
 ques espuenter de l'orriblete du temps se retrahirent
 Incontinent soubs le tramble et se misrent alabier le
 meulx quilz sceurent Mais tout ce ne leur valut rien
 quilz ne fussent tresbien baignez et froissiez de la pluie
 et de la gresle quilz sembloient estre retrair du fons d'une
 riviere Si doubta adonc desir que le cuer ne fust de
 bout de son enuise car assez enuaise effort sa pre
 miere Anconce si ne se peult plus tenir quil ne parlast
 a lui et lui dist en telle maniere



Que nada te descorazone,
 Porque si mala noche sufrirás,
 Aún gran diversión tendrás,
 Si piensas en el bien que obtendrás
 Cuando tu dulce Gracia habrás,
 Y te acuerdas de Esperanza
 Que tan bien ha notado tu danza *».

Aquí habla el autor y dice que

Cuando el Corazón, que esforzado y valiente era, oyó hablar así
 a Deseo, enrojció un poco de mal talante; no porque mal quisiera a
 Deseo su compañero, pues mucho le amaba, sino porque creía que
 Deseo había visto y percibido en él algún semblante de cobardía. En-
 tonces levantó la cabeza, pues estaba reposándose recostado sobre el
 tiemblo, y respondióle diciendo así:

Cómo el Corazón respondió a Deseo su compañero y le dijo así

«Mi leal compañero Deseo,
 Que tanto renombre dices que poseo,
 Tú me sabes muy bien halagar
 Sin que aún me hayas visto probar;
 Mas de una cosa te prevengo,
 Que cobardía no tengo,
 Así que presto estoy a cumplir
 Todo cuanto esté de venir,
 Que no abandonaré la expedición
 Ni por ruego ni por petición,
 Mas una cosa te voy a rogar,
 Dime y no me quieras ocultar:
 ¿Has visto en mí tal semblante
 Que me creas retractante?
 ¡Mejor quisiera la muerte!
 Cuando te plaza, caminemos fuerte.»

* «Notado», de «notar», en su acepción musical, aunque usado aquí figurativa-
 mente. También, quizás: «Que tan bien notada ha tu danza» (N. del T.).

Aquí habla el autor y dice que

Entonces, cuando Deseo oyó así hablar a su compañero, no se sintió nada contento, sino dolido por la respuesta que le dio. Contento estaba de sentirlo bien animado y en tan buen propósito de cumplir su empresa, y dolido de pensar que pudiera haber dicho cosa alguna que le disgustase y de que aquél creyera que él le había dicho sus palabras con desprecio, lo cual él de ninguna manera desearía; y replicó a la respuesta del Corazón diciéndole así:

Aquí Deseo responde al Corazón diciéndole que

«Ah, Corazón, mi compañero leal,
Por Dios, no tomes a mal
Todo cuanto aquí te he dicho,
Ni lo tengas en despecho,
Pues jamás en ti nada vi
Que ver no pudiese en mí,
Mas que a modo de platicar,
Para juntos podernos solazar.
Tiempo es ahora de dormir,
Y mañana podremos cumplir
Parte de nuestro asunto,
Y encontrar algún refugio
Donde algo podamos comer,
Pues de ello habemos gran menester.
Dios nos envíe buena noche,
Y que nada haya que nos estorbe».

Aquí habla el autor y dice que

Tras estas palabras, los dos compañeros se durmieron bajo el temblo, temblando y con los dientes castañeteando por el frescor de la noche y el frío de la lluvia de la que estaban tan mojados como habéis oído. Sin embargo, la pesadez del sueño y del trabajo que habían padecido hizoles dormirse. Entonces tuvo * el Corazón un sueño maravilloso, en el cual su caballo le transportaba a la fuerza y a su pesar por encima de un puente largo y estrecho, el cual estaba

* En el orig. dice «Soñó el Corazón un sueño...» (N. del T.).

viejo y podrido, frágil, débil, roto y agujereado, desvencijado y destartado y, por muchos sitios, de tal manera despedazado que por pura necesidad estaba sostenido con unas viejas cuerdas, atado y con sogas reanudado por muchos lugares, tantos que eran la mayor parte de aquel miserable puente por el cual, a juzgar por su apariencia, no se hubiese podido pasar seguramente, ya no con un caballo, sino ni a pie tan siquiera. Bajo dicho puente corría un río extraordinariamente profundo, impetuoso y clamoroso cuya agua era fea, negra y turbia. Entonces, tan pronto como su caballo le había transportado casi hasta la mitad de dicho puente, parecióle ver que contra él venía, con gran furia y velocidad y bramando como una tempestad, un gran toro, horrible y tan espantoso como rabioso, y todo negro como una mora, el cual, mugiendo y gritando fuertemente con su garganta, bajaba la cabeza y, con los ojos enrojecidos, ardientes e inflamados, e inflando el cuello con gran ira, venía con toda la potencia de sus cuernos a embestir contra él y su caballo tan impetuosamente que les hacía volcar y caer en el río. Y entonces, cuando en el agua se encontraba a punto de ahogarse y sin poder hacer nada por nadar hasta la orilla a causa de las pesadas armaduras de sus brazos, una mujer extraordinariamente bella y rubia aparecía, con el cuerpo fuera del agua desde las caderas, tendiendo sus brazos hacia él para rescatarle del fondo y guardarle del peligro en que estaba de ahogarse lamentablemente y sin remedio; y de tal forma abrazábale que lo llevaba sano y salvo hasta el borde, de tal manera que no sufría ni mal ni herida alguna. Y tanto estuvo en este sueño que era ya casi de día y el alba despuntó. Entonces se despertó de la pena y la fatiga que había padecido en el sueño, levantóse de donde yacía y miró a Deseo, su compañero, que estaba cerca de él y dormía como si no hubiese dormido en tres días, y, al verlo dormir tan profundamente, por piedad no se atrevió a despertarlo, e inclinó la cabeza hacia el suelo pensando con tesón en el sueño que había soñado. Pronto dejó sus pensamientos y vio que el día era hermoso y claro y el sol comenzaba a rayar, y entonces levantóse y púsose derecho y comenzó a rodear la fuente y el mármol y vio el agua de la fuente tan negra, sucia y repulsiva que por nada del mundo la habría bebido la noche anterior si hubiese visto cómo era. Y en la piedra había unas letras talladas y escritas, las cuales él leyó, y decían así:

Aquí mismo, bajo este escalón
De mármol negro como el carbón,

Surge la fuente de la Fortuna,
 Donde otra que ella no hay ninguna,
 Y la hizo hacer y construir
 Un gran gigante de falso cariz
 Que de este país fue gobernante.
 Jamás hubo que él hombre más grande
 De coraje ni de hechura,
 Y fue horrible criatura.
 Este gigante aquí nombrado,
 Desesperación, en todo lugar renombrado.
 Mujeres y hombres él comía,
 Ganado y todo cuanto tenía;
 Y aquél que de la fuente beba
 Después sufrirá gran pena,
 Pues hecha fue por artificio
 De Virgilio o algún cómplice suyo;
 Pues cuando gustase
 La dicha agua y derramase
 Sobre este escalón el resto,
 Pronto el aire tornará negro,
 Y por más que buen tiempo haga,
 Será preciso que de golpe se deshaga.

Aquí habla el autor y dice así

Cuenta el relato ahora que, cuando el Corazón hubo leído las letras que había talladas en la piedra tal como habéis podido ver, comenzó a sonreír y a pensar que, si él mismo hubiese visto las letras por la noche cuando llegaron tan bien como lo había hecho ahora, bien se habría guardado de derramar una sola gota sobre el escalón, pues bien fuertemente habían quedado empapados él y su compañero Deseo. Mas, guardarse de beber por miedo de mal o penuria alguna que pudiera sobrevenirle, no lo habría hecho de ninguna manera, pues habríale sido tomado por cobardía y mezquindad. Echó entonces una mirada y vio que Deseo, su compañero, se había despertado y se levantaba de su sitio. Y, llamándole, mostróle las letras que escritas estaban en la piedra y, cuando aquél húbolas leído, miráronse el uno al otro pensativos. Sin embargo, recomfortáronse como bravos y valientes que eran y, yendo por sus caballos que estaban cerca de ellos, pues la hierba estaba extraordinariamente tupida a causa del

arroyuelo que venía de la fuente, volviéronles a poner las riendas; y el Corazón tomó su yelmo y su escudo, y, montando a caballo, cogió el susodicho Corazón su lanza, que estaba apoyada contra el tiemblo, y los dos reemprendieron su camino a buen paso, descendiendo con el arroyuelo que manaba de la fuente, pues bien creían que cerca de allí, junto al arroyo, debería de haber algún refugio donde podrían comer; pues gran hambre tenían, como aquéllos que no han comido en todo el día y la noche anteriores y habían soporado maravillosamente grandes trabajos. De esta manera cabalaron alrededor de una legua larga sin encontrar aventura ninguna, conversando acerca de sus aventuras y del sueño que el Corazón había tenido bajo el tiemblo aquella noche, y Deseo alegróse mucho y no pudo tenerse de decir al Corazón sonriente:

Aquí habla Deseo al Corazón y dice así

«Corazón, soñar se puede tal ensoñación
 Que no sea encontrada una mera ilusión».

Aquí habla el autor y dice así

Riéndose andaban entre ellos y hablando de la vieja enana que de aquel modo habíales engañado, y miraban a su alrededor para ver si divisaban la mansión de Buen Reposo de la que ella les había hablado, mas todo era en vano, pues ella les había mentido. Al cabo de algún tiempo se encontraron en un valle grande y maravilloso, en una región oscura y desierta, y por medio del valle pasaba un río profundo, horrible, turbio y muy espantoso. Entonces Deseo miró y, en medio del valle, a la orilla del río, vio, entre pequeñas hayas y espinos, una casita cubierta de ramaje mal encajado y muy destartado. Entonces picaron espuelas hacia aquella parte, y tanta prisa se dieron que pronto llegaron a la susodicha casita y, cuando miraron hacia la puerta, vieron unas letras escritas en un tablón que decían así:

Cómo el Corazón y Deseo leyeron las letras del tablón que había encima de la casita, las cuales decían así

Este valle grande y horroroso
 Es llamado por los paisanos todos

El valle del Muy Profundo Pensar,
En el que todo el tiempo suele pasar,
En esta pobre morada,
Melancolía retirada
Que jamás a hombre hizo bien,
Ni lo hará; todo está dicho pues.

Aquí habla el autor y dice que

Cuando los dos compañeros hubieron leído y bien entendido las letras que escritas estaban en el tablón tal como habéis oído, estuvieron pensando un poco y bien se dieron cuenta de que no habían llegado a la mansión de Buen Reposo y que no era poca la diferencia entre Melancolía y Buen Reposo. Ello no obstante, y como quiera que fuese, era de necesidad que algo comiesen, pues demasiado tiempo habían estado sin comer. Entonces desmontó el Corazón, que apenas sí se podía tener en su silla de la fuerza del hambre que tenía, y entró en la casita, llamando y preguntando en voz alta si había dentro alma alguna, mas nadie respondióle. Anduvo entonces un poco más adelante y llegó hasta el fuego, que era tan pequeño que apenas habría podido en él un gato quemarse la cola, y allí vio a una gran anciana desgreñada, taciturna y pensativa, que se sentaba junto al hogar y tenía las manos unidas. Era la anciana delgada y terriblemente arrugada y, para hacérselo más breve, era como si no fuese ser alguno de esta tierra, pues jamás ningún hombre vio tan horrible y espantosa criatura; y bien se le ocurrió al Corazón que aquella era Melancolía, de la que hablaba el tablón que había sobre la puerta de la casita. Saludóla entonces el Corazón, mas apenas devolvióle ella su saludo, pues hartó profundamente estaba sumida en sus pensamientos. Sin embargo, él no se contuvo de hablarle y le dijo así:

Cómo el Corazón habla a Melancolía y le dice así

«Yo te pido, Melancolía,
Que de buena gana accedas
A darme un poco de pan,
Pues sufro un hambre tal,
Y también mi compañero que ahí fuera está,
Que las vidas nuestros cuerpos quieren abandonar».

El autor habla y dice así

Cuando Melancolía oyó hablar así al Corazón, con gran esfuerzo se levantó, pues tan fuertemente se hallaba perdida en el pensamiento que no se podía quitar, y, yendo derecha al lugar donde guardaba su pan, tomó la mitad de uno y se la entregó muy voluntaria al Corazón; no por piedad ni compasión que ella de él tuviese, sino porque ella sabía que su pan era tal que no le haría ningún bien ni a él ni a ningún otro que lo comiese. Y cuando el Corazón tomó y vio aquel pan tan grueso y pesado, quedóse muy asombrado y no pudo tenerse de preguntar de qué estaba hecho, pues demasiado bien podía ver y sabía que no estaba hecho de trigo. Entonces Melancolía respondióle diciéndole de esta manera:

Cómo Melancolía habla al Corazón y le dice así

«Corazón, puesto que quieres saber
Por qué mi pan tan negro es,
Que es de un grano, te diré,
Que se llama Dura Pena,
Amasado con agua del arroyuelo
Que corre por aquí redro,
Que río de Lágrimas tiene por nombre.
Jamás tan mal pan ha comido hombre».

El autor habla y dice así

Cuando el Corazón hubo oído lo que Melancolía le dijo y entendido de qué estaba hecho el pan, se quedó muy asombrado, pues nunca había visto ni comido pan de tal grano ni de tal materia con que aquél estaba hecho. Pues tan recio le parecía y tan malo de comer que si el hambre rabiosa no le hubiese obligado jamás lo habría probado; mas tenía un hambre tan horrible que de comer no se pudo aguantar, y dijo a sí mismo que no había mal bocado para su hambre. Así que mordió la pieza y dióselo a su compañero Deseo, el cual asombróse mucho cuando la vio, mas, como no tenía ni un gramo de hambre menos que su compañero, mordió también de ella, y comieron los dos hasta saciarse. Mas fue bastante poco lo que pudieron comer, pues estaba demasiado áspero y duro de tragar, tanto que a duras penas les pasaba del bocado de Adán. Bebieron después agua del

río de Lágrimas que Melancolía tenía en la casita, pues dicho río corría por detrás, como ya el relato ha comentado. Y si alguno me preguntase de dónde venía y procedía este río, yo le diré que procedía de la fuente de la Fortuna, donde los dos compañeros se habían alojado la noche anterior. Y, cuando hubieron bebido y comido de semejante vianda, como habéis oído, el Corazón sintió gran deseo de irse, mas antes pidió a la vieja Melancolía que le enseñase y mostrase el pasaje y el camino para cruzar el río, que era muy espantoso y turbulento. Y cuando ella lo oyó, se llenó de contento y se ofreció a llevarles hasta el pasaje, por más que ella no lo hacía por bien que les quisiese, sino que pensando estaba en llevarles a un lugar del cual se arrepentirían en breve. Así que púsose la vieja delante, y el Corazón montó a caballo; él y su compañero Deseo la seguían de cerca y de tal manera que iban en contra de la corriente, la vieja Melancolía delante y los dos compañeros detrás; y no habían caminado largo trecho cuando miraron y vieron delante de ellos un puente muy alto de madera que atravesaba el río, y que era débil, frágil, de antigua hechura y extraordinariamente estrecho, tanto que apenas sí podía pasar un caballo de frente. El río estaba fuertemente movido y agitado, tanto que la fuerza del agua hacía que el puente se meneara y temblase.

Cómo el Corazón y Deseo encontraron el puente donde el primero entabló combate

Y en el otro lado del puente había un caballero armado todo de armas negras, salvo sobre su escudo donde, aun siendo todo negro, tenía dos flores de maravillas, y estaba montado sobre un gran corcel todo negro y llevaba el yelmo sobre la cabeza, encima del cual había un manojo de flores de ancolias, y llevaba la lanza en el mano listo para combatir. Y si alguno me preguntase quién era este caballero, yo le diría que era Zozobra, que guardaba este puente contra los francos amantes, el cual puente tenía por nombre Paso Peligroso. Entonces, la vieja Melancolía mostró el paso a los dos compañeros y el Corazón lanzóse hacia adelante primero, vergonzoso de haberlo tenido en tanto y, temiendo que su compañero pensase que él se echaba atrás por miedo de un solo caballero, picó espuelas a su caballo y éste le llevó con gran rapidez hasta el puente, el cual temblaba tan fuertemente que el Corazón quedóse algo perplejo; entonces Zozobra, que del puente estaba bien ducho, vino hacia él con su caballo a todo galope y la lanza bajada. Y, cuando el Corazón viole, dirigióse hacia él

y dióle tan gran golpe sobre el escudo que su lanza se rompió, pues bien veía que le era menester pasar por allí. Mas con tanto ímpetu embistióle luego Zozobra que envió a su caballo y a él, que no estaban duchos en aquel puente como lo estaba Zozobra, fuera del mismo, yendo a caer en medio del río. Mas tan buena fortuna tuvo que pudo salir a la superficie del agua y no se ahogó, pues rescatado fue como poco más tarde oiréis. Mas ahora el relato deja de hablar de ellos y vuelve a hablar de Esperanza y Buena Acogida, que de éstos ya mucho rato ha guardado silencio.

Cómo el autor vuelve a hablar de Esperanza y Buena Acogida

Ahora dice el relato que, cuando los dos compañeros, el Corazón y Deseo, hubiéronse marchado del pabellón en donde habían encontrado a la dama Esperanza y hubiéronse despedido de ella tal como os ha contado el relato más arriba, ella permaneció todo aquel día y el día siguiente hasta la hora prima sin oír noticia de ellos. Y parecióle que demasiado tiempo estaba tardando en oírlas, y que, si se hubieran andado por buen camino o arribado a puerto seguro, de ninguna manera podía ser que no hubiese sabido cosa alguna, ya que ella solía tener a cada momento nuevas de los verdaderos enamorados. Así que se aprestó a montar sobre un magnífico palafrén, muy noblemente vestida y ataviada con vestiduras reales, todas blancas, y tomó solamente a una doncella y a un paje en su compañía y se dispuso y propuso marchar tras los dos compañeros, pues bien adivinaba ella que aún les sería de gran menester. Entonces emprendieron, ella y su compañía, a buen paso, derechos el camino hacia el bosque de la Larga Espera, pues ella conocía todo el camino que los dos compañeros habían andado como por adivinación, tal como ya habéis oído en el relato. Y no había caminado largo trecho cuando divisó la ermita, allí donde la vieja Celos tenía apresado a Buena Acogida cuando engañase a los dos compañeros del modo que habéis oído contar, y condujo a su palafrén hacia aquella parte para ver si allí podría saber algunas nuevas de los dos compañeros, pues bien sabía que ellos habían pasado por aquel lugar o, al menos, por muy cerca. Así que llegó a la puerta de la ermita, descendió de su montura y entró dentro, mas ya no encontró allí a la vieja Celos, pues ésta habíase marchado en aquel momento al bosque a ver si podía encontrar a algún enamorado a quien causar fastidio y agravio. Y la dama Esperanza, que estaba en la ermita, buscó por arriba y por abajo a

ver si encontrar podía a quién hablar y, pasando como hizo por delante de la puerta de una pequeña cámara, oyó la voz de una persona que no dejaba de lamentarse en voz baja y abatida invocando con fervor al dios de Amores y a su muy dulce madre, Venus. Tanto se esforzó entonces Esperanza que, con la ayuda de su doncella, derribó la puerta, pues ésta no era tan fuerte como en una ermita de los campos, y allí dentro halló al muy hermoso jovenzuelo Buena Acogida, que tenía los pies cogidos en un cepo todo nuevo. Entonces la dama Esperanza rompió el cepo y tanto se esforzó que lo sacó fuera de la camarilla y en seguida le reconoció, pues ya lo había visto anteriormente; y, aunque él tenía un color un poco pálido y mustio a causa de la cruel prisión que había padecido, aún era sin embargo tan hermoso que difícilmente encontraríase de él parejo. Y, cuando Buena Acogida encontróse a pleno día, miró a la dama Esperanza, pues todavía guardaba dudas de que no fuese la vieja Celos que le quería llevar a morir o a alguna otra parte donde estuviese aún peor. Mas, cuando hubo mirado bien a la dama Esperanza, en seguida reconocióla y se abrazaron y besaron el uno al otro. ¿Qué puedo deciros yo? Tanto se felicitaron y tan buen recibimiento se dieron que no lo sabría yo contar. Cuando hubiéronse regocijado un buen rato, la dama Esperanza preguntó a Buena Acogida cómo había llegado a ser apresado y por quién, y si por azar había visto a los dos compañeros, Deseo y el Corazón. Y Buena Acogida contóle todo de cabo a rabo, cómo había sido apresado por la vieja Celos y cómo mediante acechanzas le había cogido y engañado malvadamente, mas de los dos compañeros por quienes ella le preguntaba él no sabía noticia alguna. Entonces quiso la dama Esperanza prestarle el caballo de su paje, mas Buena Acogida no lo quiso tomar, pues, como él dijo, de allí a la mansión de Recreo no había más que una legua y en ella encontraría de todo cuanto hubiese menester; y así tampoco le causaría impedimento alguno para su viaje, pues la dama Esperanza habíale ya contado todo acerca del viaje que ella había emprendido en busca de los dos compañeros. Entonces marcharon juntos a pie, tranquila y agradablemente conversando acerca de sus nuevas, hasta la entrada del bosque de la Larga Espera que cerca de allí estaba y, cuando allí llegaron, se abrazaron y besaron el uno al otro y se despidieron, y habló primero la dama Esperanza y dijo así:

«Buena Acogida, mi dulce amigo,
Adiós os digo como a aquél

A quien de todo corazón ansío
Hacer todo servicio y placer».

Aquí habla el autor y dice

Cuando Buena Acogida hubo oído así hablar a la dama Esperanza, no pudo impedir que las lágrimas le cayeran de los ojos por las dulces palabras que ella le decía y él respondióle de esta manera:

Cómo Buena Acogida responde a Esperanza

«Esperanza, mi dulce dama,
De quien yo soy en cuerpo y alma,
Vos me habéis hecho un servicio
Que en nada para mí fue exiguo,
Mas de nada he yo más deseo,
Que de el placer devolveros.
Ante el dios de Amores os ensalzaré
Tan pronto como ante él esté.
Que sóis de los suyos bien se ve
Por tanto bien como le hacéis».

Cómo se despidieron el uno del otro

Con estas palabras se encomendaron mutuamente a Dios y Buena Acogida emprendió su camino hacia la derecha para dirigirse a la mansión de Recreo a fin de tomar un caballo y aquello que hubiese menester para marchar hacia Amor, pues él era de su mesnada. Y la dama Esperanza tomó el camino de la izquierda, ya que bien sabía que los dos compañeros habían ido por allí, como aquélla que todo les había dicho y les había profetizado lo que más tarde hallarían, y caminó a tan buen paso como pudo conducir a su palafren, tanto que apenas si le podían seguir su doncella y su paje. De esta manera llegaron a la hora tercia a la fuente de la Fortuna, de la cual habían partido los dos compañeros por la mañana. De allí siguió adelante con paso veloz hasta que divisó las huellas de sus caballos, y tanto les siguió y con tan gran diligencia que llegó al valle del Profundo Pensar, y justamente llegó allí en el momento en que el Corazón y Zozobra batíanse sobre el puente del Paso Peligroso. Entonces elevó Esperanza sus ojos y viólos batirse sobre el puente, y vio también cómo el

Corazón caía al agua. En seguida picó espuelas a su palafrén y le hizo galopar al mejor paso que pudo, sin encontrar a nadie en su camino más que a Melancolía, que regresaba a su casa, la cual retiróse del camino hasta que ella hubo pasado. Y, cuando al puente llegó, vio al Corazón en el agua sujetándose a uno de los postes de dicho puente. Y hasta allí descendió ella con presteza, y tanto le ayudó que logró sacarlo fuera del agua; y ya su corcel había salido y se había puesto a pastar en la hierba.

Cómo Esperanza saca al Corazón fuera del agua y dice el autor

Cuando el Corazón se vio fuera, huelga preguntarse lo contento que se puso, y en seguida miró a ver quién era aquella dama que le había ayudado a salir del agua. Entonces supo que era la dama Esperanza, su buena maestra y señora, que ya en otras ocasiones tanto había enseñado y tanto bien había hecho, y quitóse el yelmo de la cabeza y bajó la visera y después abrazáronse el uno al otro y no es preciso decir cuánto se regocijaron y felicitaron. Mas el Corazón, que aún sentíase despechado y corrido por haber sido tan villanamente abatido en la justa, y por un solo caballero, dijo que, sin embargo, aún no había sido vencido, y que con la espada se vería quién le podía ganar. Mas todo fue en vano, pues el caballero, tan pronto como hubo abatido al Corazón, marchóse al castillo del cerro Privado de Alegría, donde él tenía su morada. Entonces la dama Esperanza recomfortóle y montaron en sus caballos, y Deseo, que había hecho cuanto en su poder estaba por sacar a su compañero fuera del río, por más que él no habría podido hacer nada si la dama Esperanza no hubiese llegado, acercóse a ella y la saludó y mucho la felicitó. Entonces comenzaron a conversar juntos y la dama Esperanza preguntó a los dos compañeros cómo les había ido desde la última vez que habían estado juntos, y ellos le contaron todas las aventuras que les habían acaecido desde la partida de su pabellón. Entonces comenzó la dama Esperanza a sonreír y, mientras caminaban al paso más lento de sus caballos, comenzóles a decir así:

Cómo Esperanza habla al Corazón y a Deseo

«Hijos míos, escuchadme con atención,
Pues sacaros quiero un poco de vuestra emoción.
Yo os ruego creáis en mi consejo,

Pues de él no encontraréis parejo.
Siempre vuestra amiga he sido,
Sabéis que nunca he mentido.
Habréis de emprender vuestra vía
Al cerro Privado de Alegría.
Allí encontraréis quienes mal se fían,
Muchos que a las gentes de Amor desafían,
Pues Cólera es su señor,
Enhiesto capitán y enseñador.
En lugar de danzas y canciones
No oiréis más que lamentaciones,
Ni tampoco estaréis libres
De los males que vuestra empresa libre,
Pues justo el camino habéis tomado
Que por tormentos mil es atacado,
Y las fortunas de la mar
Sufriréis por el mal de amar,
Y así encontraréis a Desconsuelo,
Quien a muchas gentes ha muerto.
Por Dios, sentid entonces añoranza
De mí, vuestra madre Esperanza.
Tanto lo he dicho que es repetición,
Mas hacerlo conviene a satisfacción,
Pues mucho me temo que Desconsuelo,
Que es muy fuerte, quiera a vos haceros preso.
Y si sus males podéis pasar,
Bien felices debéis estar,
Pues luego en la isla os hallaréis
De Amor, que muy bella y sutil es,
Donde los bienes son tantos
Que nunca de gozo están faltos.
Después a Buena Acogida allí veréis,
A quien haciendo gran duelo yo encontré
En la prisión de Celos,
En quien nunca los amantes amiga vieron.
En esta isla tan graciosa
Hay muchas cosas preciosas;
Y hallaréis también sin falta
A la muy dulce y agradable Gracia,
A quien por tanto tiempo habéis deseado.

Mas antes de que la hayáis conquistado,
 Habréis de combatir a Orgullo
 Y a ese injuriador que es Rechazo.
 Si en firme propósito os mantenéis,
 Si adquirir gran honor queréis,
 Vuestra empresa habéis de cumplir,
 Pues gran bien de ello os puede venir.
 Por esta vez ya más no os digo:
 Sólomente adiós, pues me retiro».

Cómo la dama Esperanza se despide de los dos compañeros y dice el autor

Cuando los dos compañeros hubieron oído así hablar a la dama Esperanza, sintiéronse muy contentos y reconfortados por las palabras de la buena señora, mas harto dolidos y defraudados estuvieron al verla despedirse de ellos, pues bien habrían querido que ella hubiese siempre permanecido con ellos, ya que su presencia y sus palabras grandemente les reconfortaban. Entonces el Corazón no se pudo tener de hablarle a ella y le dijo de esta manera:

Cómo el Corazón habla a Esperanza y le dice

«Mi señora y madre Esperanza
 A quien nunca yo encontré amarga,
 Pues tantos bienes nos habéis hecho
 Que sin vos nos habríamos deshecho.
 Y nosotros os pedimos por esta razón
 Que jamás nos abandonéis, por Dios,
 Si posible, en verdad, fuese tal cosa,
 Y en nada os fuese perniciosa,
 Pues vuestra presencia solamente
 Nos da el arrojo suficiente
 Para todas las cosas emprender
 Que entendimiento pueda comprender».

Aquí habla el autor y dice así

Tras estas palabras, la dama Esperanza saludóles inclinando la cabeza y, girando la rienda de su palafrén, se fue con tanta rapidez que

los dos compañeros bien creyeron que se había desvanecido, y mirábase el uno al otro pensando que había sido cosa invisible y espiritual. Al cabo de algún rato, cuando ya bastante hubieron pensado, Deseo habló primeramente y dijo así:

Cómo Deseo habla al Corazón y dice

«Corazón, amigo, en ello más no hay que pensar,
 Por allí nos es menester pasar.
 Hacer es preciso lo que emprendido has
 Si honor y valor desees conquistar.
 Bien sé que tienes arrojo y fuerza;
 Si alguna cosa te falta no es ésta.
 Llevemos tu empresa a fin postrero,
 Yo te suplico de corazón sincero».

Ahora dice el relato

Entonces sobresaltóse el Corazón, como aquél que sumido estaba en gran pensamiento de la dama Esperanza, a quien tan súbitamente había visto partir de su lado, y tomó su caballo, montó sobre él y picaron espuelas hacia el camino que había a mano izquierda, pues era éste el más practicable. Y tanto erraron y de tal manera, sin ninguna aventura hallar que valga la pena contar, que llegaron al pie del cerro Privado de Alegría. Miraron hacia arriba y vieron un gran castillo, viejo y despedazado, con las murallas ruinosas y una apariencia desagradable, de pequeñas y gastadas piedras negras y rojas, de color atezado y todo rajado y agrietado por muchos lugares; y, para hacérselo más breve, era un lugar muy desagradable en todas las cosas. Cuando los dos compañeros divisaron el castillo, pensaron para sí mismos que bien se hallaban a punto de verse aquella noche tan mal alojados como lo habían estado la noche anterior, pues demasiado bien les parecía que en aquel castillo no tendrían muy buena posada. Y buena hora era ya de albergarse, pues el sol se escondía y la noche comenzaba a caer; y aunque tan pobremente albergados habían estado la noche anterior, cuando mayor necesidad de reposo tenían, el Corazón, no obstante, como caballero esforzado y valeroso que era, tomó la delantera por una senda pedregosa y mal unida. Y de esta manera marcharon al mejor paso de sus caballos, pues de otro modo no habrían podido avanzar, y tanto se esforzaron que llegaron

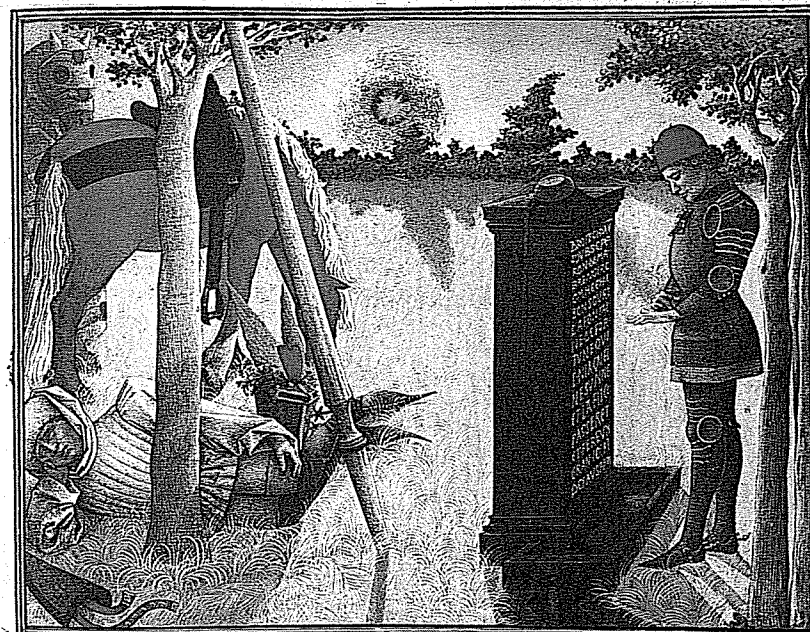
a la primera puerta del castillo, en la cual a nadie hallaron, pues, como poco después supieron, Pereza debía guardarla aquel día, mas todavía no se había levantado de dormir desde la cena. Entonces pasaron la barrera y miraron encima de la puerta y allí vieron unas letras talladas que decían así:

Cómo los dos compañeros leyeron las letras que había encima de la puerta y que decían así

Esta montaña es llamada
 Por todos los de este valle
 El cerro Privado de Alegría.
 De él maestra y señora es Tristeza,
 Y Cólera es de este castillo señor,
 Quien a muchos ha causado dolor.
 Nadie entra aquí para gozo hallar,
 Pues de duelo hay aquí tal cantidad
 Que jamás nadie estuvo gozoso
 Que al entrar en él no tornara doloroso,
 Y más todavía al partir,
 Si bien lo sabe Cólera desunir.
 Y si forzado es a combatir,
 A Cólera habrá de abatir,
 En justa, del caballo a tierra.
 ¡Mas ahora allí entra quien quiere la guerra!

Aquí habla el autor y dice

Cuando los dos compañeros hubieron leído y bien entendido las letras, pensaron que a mal sitio habían venido a albergarse y descansar aquella noche, por más que de ello tenían gran menester, pues todavía el Corazón no estaba seco del baño que había hecho tomar Zozobra cuando le hiciese caer de encima del puente Peligroso al río de Lágrimas. Entonces se miraron los dos compañeros y vieron una lanza apoyada de un lado de la puerta, que había sido llevada allí por la guardiana de dicha puerta. Y el Corazón adelantóse y tomóla, pues él había roto la suya contra Zozobra, tal como habéis oído en el relato, y buena cuenta se daba, al leer el mensaje de las letras escritas sobre la puerta, de que todavía habría de ella gran menester. Entonces sacudióla y encontróla bastante débil, mas dijo a sí mismo que



Qui estoit si petit que avance y eust feu ung chat bruler sa
 queue Et vit une grant huelle escheuee morte et pensue qui
 estoit au prez du fourer et tenoit ses mains ensemble maigre
 et kidee estoit terriblement Et ale vous abregier Il sembloit
 quelle fust tetrante deere car onques home ne vit plus orri
 ble ne plus espouventable creature Et se pensa bien que cestoit
 celle melencolie dont le tableau qui estoit sur luy de la maison
 nette parloit Si la salua le cuer mais avance luy rendit elle
 son salut car trop durement pensoit ailleurs Douteffois Il
 ne se tint pas atant mais parla a elle et dist ainsi



más le valdría aquello que nada. Y, cuando Deseo vióle así condu-
 cirse, huelga preguntarse lo contento que se puso, pues bien se dio
 cuenta de que el Corazón no se amedrentaba ante nada y que firme
 voluntad tenía de llevar a término su cometido; y entonces no se
 pudo tener de hablarle y le dijo de esta manera:

Aquí habla Deseo al Corazón y dice

«¡Corazón, cuán valiente y esforzado eres!
 Bien sé yo que la guerra quieres,
 Y que ningún miedo tienes
 De nada cuanto estas letras dijeren.
 Por tu empresa no tengas más cuidado:
 Digno de la dulce Gracia te has mostrado.
 Gran duda había yo de que tu baño
 Ablandado te hubiese y hecho vano».

Aquí habla el autor y dice

Entonces volvióse el Corazón hacia su compañero Deseo y mi-
 róle a la cara y, enrojeciéndose, díjole así:

Cómo el Corazón responde a Deseo y dice así

«Deseo, no dudes en ningún modo
 Que yo no tenga bastante arrojo,
 Pues la aventura que he pasado
 Ni pizca de valentía me ha restado.
 Bien pronto lo podrás ver,
 Si Amor me guarda mi poder».

Aquí habla el autor y dice así

Y con estas palabras espoleó a su corcel y entró el primero en el
 patio del castillo, y Deseo, su compañero, entró tras él. Entonces en-
 contráronse cara a cara con Pereza, la cual regresaba a la guardia de la
 puerta y estaba toda desaliñada y desgñada; los lazos de sus zapatos
 y las jarreteras de sus calzas arrastrábanle tras los talones, su vestido
 estaba descosido por más de veinte lugares; los ojos tenía completa-
 mente embolsados y las manos sucias y deslavadas, y llevábalas uni-

das delante de su vientre, y hacia ellos venía gruñendo de mal talante. Cuando vio a los dos compañeros que habían entrado en el castillo, comenzó a gritar tan estrepitosamente y tan horriblemente que no hay hombre que no se hubiera sentido atemorizado. Mas, Cólera, el señor del castillo, cuando oyó los gritos, hizo cerrar a toda prisa la puerta del torreón maestro y, asomando la cabeza por la ventana, vio a los dos compañeros en medio del patio, y les dijo de esta manera:

Aquí habla Cólera a los dos compañeros y dice así

«Mas, ¿qué queréis vosotros devenir?
¡Los diablos os han hecho aquí venir!
Me habéis hecho agravio y entuerto,
Mas en breve estaréis muertos.
Ahora esperadme un momento
Que de buena gana os daré recibimiento».

Aquí habla el autor y dice que

Cuando los dos compañeros hubieron oído sus palabras, bien entendieron que de nada podían estar más seguros que de la batalla. Y el Corazón descendió precipitadamente de su caballo, miró a ver si todo estaba bien puesto, lo cinchó y después volvió a montar en él, tomó su escudo y su lanza y dispúsose para la justa lo mejor que pudo. Apenas habían pasado algunos momentos cuando vieron abrirse la puerta del torreón maestro y por ella vieron salir a Cólera, el señor del castillo, armado con armas de color atezado, y tenía sobre su escudo tres plantas de cardo punzante atravesadas por una rama de espino negra, y sobre su yelmo la cabeza de un dragón artificioosamente hecha y arrojando fuego con gran furia. Y hacia ellos vino a todo galope, como furioso y lleno de ira, y, tan pronto como distinguió al Corazón, que estaba completamente armado y le esperaba en medio del patio de armas, dirigióse hacia él, y el Corazón hizo lo propio también. Y asestáronse el uno al otro tan grandes golpes en sus escudos que partieron sus lanzas y entrechocáronse con tanta fuerza los pechos y los cuerpos de los caballos que el uno al otro se hicieron caer a tierra del revés, mas tan rápidamente se volvieron a levantar que nadie fue capaz de juzgar quién se había levantado primero. Sin embargo, Cólera, el señor del lugar, habló el primero y dijo al Corazón de esta manera:

Aquí habla Cólera al Corazón y dice así

«Compañero, de ningún modo me has abatido:
Si yo lo estoy, también tú estás caído.
Ahora es preciso que juntos lidieemos
Y que un poco entre los dos probemos
Quién con la espada mejor golpeará
Y quién de ella mejor escapará.
El diablo te hizo dar este paso;
Quienquiera que fuese jamás te ha amado».

Aquí habla el autor y dice que

Cuando el Corazón oyóse así menospreciar e insultar, apretó los dientes, preso de ira y mal talante, y puso el escudo delante de su pecho y la espada en su puño. Entonces precipitóse hacia Cólera y asestóle tan gran golpe sobre el yelmo, como arreglarse pudo desde su montura, que le desarzonó y le hendió el susodicho yelmo más de tres dedos en profundo, y, respondiéndole, le dijo así:

Aquí habla el Corazón a Cólera y dice así

«Compañero que así me ofendes hoy,
¡Toma este golpe, yo te lo doy!
Aún tu valor no ha sido tal
Que me hayas hecho flaquear,
Mas antes de que de mí partas,
Si no has otro sentir a Dios ensalza».

Aquí habla el autor y dice así

Entonces tan impetuosamente embistiéronse y tan grandes golpes se dieron que no hay hombre ninguno que, de haberlos visto, no los tuviese por hombres bravos y valientes; tan feroz y terrible era la batalla que ambos sostenían. Y Cólera, que muy despechado estaba después que el Corazón le hubiese de aquella manera maltratado, asestóle y devolvióle numerosos golpes, y tanto se hirieron el uno al otro que, de tanta sangre que perdieron, la plaza toda estaba teñida de rojo alrededor de ellos, que apenas sí se podían sostener en pie. Mas Cólera, que ya no podía tener más paciencia de verse tan cruelmente

herido, alzó su tizona de acero y, precipitándose a gran galope hacia delante, con toda la fuerza de sus brazos lanzóle al Corazón un golpe sobre el yelmo; mas no le alcanzó éste derecho en la cabeza, sino que chocó con el escudo, cortando un gran cuarto del mismo. El golpe fue grande y el Corazón no lo pudo detener, y la tizona descendió hasta penetrar en la tierra más de un pie en profundidad. Tiró entonces de ella, mas fue en vano, pues habíase clavado con muchísima fuerza. Y el Corazón, que bien se dio cuenta de ello, se fue hacia él y dióle tan gran golpe de espada en la cabeza que le hendió el yelmo y la cofia de hierro, y le metió la espada en la cabeza dos buenos dedos en profundidad. Luego siguió golpeándole y asestóle uno tan fiero en el hombro que le hizo caer a tierra del revés, y el Corazón, entonces, saltó sobre él y cortóle los lazos del yelmo, arrancóle éste de la cabeza y dióle tan gran golpe sobre la frente con la empuñadura de su espada que lo dejó aturdido, gritándole seguidamente que se rindiera. Y Cólera, que se vio la cabeza desarmada y miedo tenía de la muerte, se rindió; mas rogó al Corazón que tuviese a bien decirle su nombre y que por Dios le perdonase la vida, que él voluntario se rendiría. Y el Corazón respondióle de esta manera:

Aquí habla el Corazón a Cólera y dice

«Cólera, que lleno estás de maldad,
¡De tu cacareo bien te he hecho callar!
Mas ya que mi nombre quieres saber,
Yo a decírtelo no me negaré,
No porque de ti tenga miedo,
Pues ya de sobra te veo,
Mas a nadie lo voy a ocultar
Que me lo quiera preguntar.
Corazón conquistador soy llamado
Que a la dulce Gracia voy buscando.
Ahora preciso es que me creas
Y que fe en mí tengas,
Y hagas lo que te voy a ordenar,
O ahora mismo muerte te he de dar.
Y las costumbres me digas
De este castillo y las fortunas
Y también tu quehacer.
Por qué estás aquí y qué sabes hacer».

Aquí habla el autor y dice que

Nada más que el Corazón hubo hablado así a Cólera, Deseo, que contemplaba la batalla de los dos, miró hacia la puerta del torreón maestro y de ella vio salir a una mujer bastante grande, de cuerpo delgado y color pálido, toda desgrefñada y horrible, zafiamente ataviada y muy doliente y desconsolada, que venía hacia ellos a grandes pasos, con su cara haciendo gran duelo como si estuviese muy afligida. Mas si algunos me preguntasen quién era y cuál era su nombre, yo les diría que tenía por nombre Tristeza y que era amiga de Cólera, el caballero con quien el Corazón había combatido. Así que vino toda derecha hacia los dos campeones que combatían, y Deseo, que mucho se temía que ella quisiese molestar al Corazón, su compañero, acercóse para ver cuáles eran sus intenciones. Mas, en el momento en que ella estuvo junto a los susodichos campeones, dejóse caer de rodillas ante el Corazón mostrando tanto duelo en su rostro que no hay un solo hombre que no se hubiese apiadado de ella, pues hartamente acostumbrada estaba a hacer duelo, y suplicó al Corazón que por Dios quisiese tener piedad de su amigo y le perdonase la vida, o que, de otro modo, ella se mataría; y díjole que si a bien tenía concederle tal favor sería grandemente recompensado. Y el Corazón miró a la dama, que muy bella no le pareció; sin embargo, porque una dama era, él tuvo piedad y vióse obligado a atender su petición, siempre que Cólera le dijese aquello que él le había preguntado, a lo que ella respondió al Corazón y díjole de esta manera:

Aquí habla Tristeza al Corazón y dice así

«Mi muy dulce y gracioso señor,
Yo os diré, pues nadie lo sabe mejor,
Cuanto deseáis saber
De mi amigo, y verdad diré,
Pues luego él su fe os otorgará
Y a vos promesa os hará
De hacer vuestra voluntad,
Pues, a fe mía, gran talento ha
Quien con vos acordarlo pueda;
Sabed que le llaman Cólera.
De este castillo yo lo he hecho señor:
Nunca que él lo hallé mejor

Que a mi naturaleza pudiese placer.
 Todo cuanto pláceme él desea hacer.
 Y yo, también Tristeza por nombre tengo,
 Que a muchos cerca del corazón hiero.
 Muchos males ha hecho en su vida
 A Amor, de quien siempre tuvo envidia;
 De hacer agravio nunca cesó
 A todo el que por aquí pasó,
 Y, por nuestra condición,
 Jamás alegría habemos ninguno de los dos.
 Nadie aquí dentro permanece,
 Sean sirvientes, sea sirviente,
 Bien que fuese de su buen grado,
 Que no se halle en parejo estado;
 En vez de alegría y canciones
 Hacemos todos lamentaciones.
 La verdad, pues, os he dicho;
 Que de la muerte lo libréis os suplico.»

Aquí habla el autor y dice que

Oídas estas palabras, el Corazón tomó a Cólera de la mano, hízole levantar y, aunque él no estaba contento, porque siempre había sido contrario al dios de Amores y a sus gentes, sin embargo, sintióse contento de salvarle la vida a petición de la dama, y decidió que haríale prestar juramento, tal que él no pudiera perjurar (como empero hizo más tarde), de que nunca más en su vida causaría agravio a los enamorados. Y, poniendo su mano derecha en la de él, en presencia de Tristeza dijo así:

Aquí habla el Corazón a Cólera y dice así

«A petición de tu dama,
 Que su perfecto amigo te llama,
 Cólera la vida yo te he perdonado,
 Mas aún quisiera yo de muy buen grado
 Que prometas lealmente
 Que jamás desde este instante
 Harás mal ni villanía
 Al dios de Amores ni a su compañía

Ni a aquellos que de ella se proclamaren
 Cuando por este cerro pasaren,
 Que de Alegría está privado.
 Jamás por Dios fue creado;
 Diablos con sus manos lo hicieron,
 Por lo que en mucho menos lo tengo.
 Haz cuanto yo te requiero,
 O en breve pagarás por ello,
 Y la promesa por tu amiga
 Que no te rechazará nunca».

Aquí habla el autor y dice que

Cuando Cólera oyóse así amenazar y apremiar de que hiciese juramento de aquello que a él en nada contentaba, miró a su amiga Tristeza y ella indicóle con una señal que hiciese cuanto el Corazón le pedía, pues ella pensaba vengarse de él de otra manera. Y Cólera más no esperó y accedió a cuanto el Corazón le pedía, así diciendo:

Aquí habla Cólera al Corazón y dijo así

«Oh, Corazón, que sois tan valiente,
 Bravo, esforzado y buen combatiente,
 Vos me habéis sometido a ultranza;
 De nada me valen escudo ni lanza.
 Mi espada yo os entrego,
 Pues conquistado me habéis sobre estos puestos
 Por la fuerza de las armas, como veo de cierto.
 Por ello abiertamente os prometo
 Cumplir cuanto me habéis requerido
 Y, sin que sea para mí camino elegido
 Tal seguir por el contrario,
 Ya que os he oído retractaros.
 Antes serviré sin más precepto
 A Amor en su mandamiento».

Aquí habla el autor y dice así

Y cuando el Corazón hubo hecho jurar y prometer a Cólera tal como habéis oído, aproximóse Deseo, y comenzaron a preguntar a

Tristeza si ella sabía de algún cobijo cercano donde pudieran alojarse aquella noche, pues era ya hora bastante tardía, y el Corazón estaba cansado y trabajado. Mas, la falsa Tristeza, que otra cosa bien distinta pensaba siempre de la que decía, respondiósles que ya no hallarían para aquella noche otro albergue que no fuese el suyo; y díjoles de esta manera:

Aquí habla Tristeza al Corazón y a Deseo y dice

«Ah, Corazón, mi muy gentil señor,
Hacedme por Dios el gran honor
De aquí esta noche tomar cobijo,
Y vos, Deseo, mi querido amigo,
Pues hallar no podréis albergue
En dos jornadas mejor que éste,
Ni quien mejor trato os depare
Ni tan de buen grado os solace.
Bienes habréis en abundancia
Si podéis tener paciencia.
Mas por Dios, hoy no marchéis:
Ya ni hora y media de día tendréis».

Aquí habla el autor y dice así

Cuando Tristeza hubo terminado su ruego de esta manera, tal como habéis oído, los dos compañeros se miraron y vieron que era ya de noche y no sabrían a dónde ir; y, por otra parte, vieron que la dama tan fuertemente les suplicaba que acordaron quedarse a pasar allí la noche. Entonces la dama Tristeza tomó al Corazón de la mano y caminó derecha al torreón maestro, y Deseo y Cólera marcharon después y así fueron todos juntos. Llamó entonces a la puerta y, cuando hubiéronles abierto, entraron todos juntos, y en cuanto entrada hicieron, el Corazón y Deseo escucharon y oyeron gentes que lloraban y se lamentaban de tal manera que permanecieron harto sobrecogidos. De allí la dama los llevó a su cámara para hacer desarmar al Corazón y a Cólera, y en seguida hizo venir a un caballero de bastante buena edad, pero que estaba delgado y pálido, para desarmarlos; y dice la historia que este caballero era Zozobra, aquél que había abatido al Corazón desde encima del puente Peligroso al río de Lágrimas, el cual, nada más que vio al Corazón, lo reconoció por sus ar-

mas, mas el Corazón no lo reconoció a él, pues nunca le había visto desarmado. Y este Zozobra era pariente próximo de la dama Tristeza y de Cólera, su amigo. Y, cuando el Corazón hubo sido desarmado, la dama hízole llevar a beber una vez, en espera de que la cena estuviese preparada; a saber, un vino bastante lastimero y un pan que ya sentía el enmohecimiento, e incesantemente oyeron los dos compañeros gemidos, llantos y lamentaciones de gente. Entonces comenzaron los dos compañeros a pensar y a poner cara afligida, pues bien parecían que aquel albergue no era demasiado alegre. Apenas tardó la dama Tristeza en volver de cumplir con sus asuntos, y entró en la cámara, y, cuando vio a los dos compañeros tan pensativos, rogóles que fuesen a distraerse un poco por el lugar, que podrían ver maravillosos edificios, y así lo acordaron ellos de buena gana. Entonces la dama Tristeza tomó la candela y púsose delante, y el Corazón siguióla y detrás de él fue Deseo, y anduvieron por muchos rincones del castillo. Los dos compañeros mirábanse siempre y escuchaban, mas nunca fueron a sitio alguno donde no se oyese siempre llantos y lamentaciones. Y entonces acordáronse de las palabras que la dama Esperanza les había dicho, que en lugar de alegría y canciones no habría más que lamentaciones, y continuaron marchando hacia adelante, tanto que, después de pasar por muchos lugares muy antiguos y muy maravillosos, Tristeza llevóles a una torre vieja y antigua, marchando siempre la primera como aquélla que bien conocía la maligna trampa, y sosteniendo la candela delante de su vientre, a fin de que el Corazón, que venía después, no pudiese ver con claridad. Entonces, la dama se apresuró y saltó dos losas, y el Corazón, que no se percató de nada, pisó sobre una de las losas y al instante hundióse y cayó abajo a una profundidad de más de una lanza y media. Mas Deseo, que bien se dio cuenta de ello, echóse para atrás en seguida y corrió hacia la puerta maestra del castillo, la cual todavía encontró abierta, pues la dama Pereza no había puesto gran diligencia en cerrarla; y Deseo saltó fuera, muy dolido y enojado por la desventura acaecida a su compañero el Corazón. Y entonces acordóse de las letras escritas sobre la puerta del castillo, y díjose a sí mismo que bien ciertas eran. Luego reflexionó para sí que no valía la pena perder el tiempo en pensamientos y que era menester que obrara con diligencia y fuera a buscar ayuda para su compañero, el cual, según le parecía, había caído en harto malas manos, puesto que en manos se hallaba de la triste y falsa Tristeza. Así que púsose en camino sin más demora, diciendo que iría al albergue del dios de Amores, pues allí encontraría

auxilio para su compañero mejor que en lugar o corte alguna que supiera. Y toda la noche estuvo caminando como aquél que conocía bien el camino, o así le parecía, sin encontrar aventura ninguna, hasta que, por la mañana, llegó al límite de un gran bosque y vio, sobre la orilla de un hermoso río, en una gran pradera sembrada de bellos arbustos y pequeñas hayas verdes, una muy grande cantidad de tiendas y pabellones y encontróse con un mensajero que llevaba un blasón de azur con tres dardos de oro ferrados y empomados de plata, y dos ángeles sostenían dicho blasón. Y si alguno me preguntase quién era el citado mensajero y de quién, yo diría que era Humilde Petición, el demandante de Amor, que éste había mandado a Honor y a sus otros súbditos y servidores para hacerles saber que Malalengua había reunido a un gran número de murmuradores para destruir y devastar sus tierras y sus súbditos. Y, cuando Deseo le vio, en seguida le reconoció, pues bien recordó que otrora le había visto en el albergue del dios de Amores. Así que saludóle y díjole de esta manera:

Aquí habla Deseo a Humilde Petición, el demandante de Amor, y dice

«Muy bien hallado seáis,
Gentil demandante bien aprobado,
¡Humilde petición, mi dulce amigo!
Decidme a dónde os lleva vuestro cometido,
Si os place, y qué viento os lleva
Que por ir os tomáis tal pena,
Y quiénes son esas gentes que allá veo,
A la orilla de este arroyuelo,
Que han tantos pabellones y tiendas,
Yo te suplico que no me mientas,
Y me hagas saber tus nuevas,
Sean éstas malas o buenas».

Aquí habla el autor y dice que

Oídas estas palabras, Humilde Petición, el demandante, miró a Deseo y en seguida reconocióle, pues otrora había visto en el albergue de su señor y en alguna otra parte, y, haciéndole una reverencia, devolvióle su saludo diciendo así:

Aquí habla Humilde Petición a Deseo y dice así

«Deseo, Dios os envíe, señor,
Salud, alegría y honor.
Amor, mi señor, me ha escogido,
Para hacer reunir a sus amigos,
Sus aliados y bienquerientes,
Para derrotar a sus malquerientes
Que su jefe han hecho a Malalengua;
Fuertemente a su corazón toca esta guerra.
Orgullo y Rechazo son de sus gentes,
Y muchos otros locos indigentes *,
Y quiero además deciros
Que a la dulce Gracia han prendido
Y la tienen apresada
¡El diablo aquí estuvo tal jornada!
En fuertes grilletes hechos de Temor
Y de Vergüenza, para gran dolor.
Jamás habrá ella alegría
Mientras se halle en tal desdicha.
Sus huestes que ya habéis visto, según me ha parecido,
Honor aquí las ha reunido
Y a otros de su alianza misma,
Que están todos llenos de gran valentía;
A marchar hacia Amor se disponen
Para prestarle ayuda y favores.
¡Castigados serán diez años por traidores
Todos esos falsos murmuradores!
Ahora contadme vuestro quehacer,
Y qué es lo que en estas tierras vais a hacer».

Aquí habla el autor y dice

Cuenta el relato aquí que, cuando Deseo hubo bien entendido las nuevas que Humilde Petición, el demandante, le dijera, sintióse a la vez afligido y alegre: afligido de que los murmuradores se hubiesen levantado en contra de amor, su señor, y la dulce Gracia, que hallá-

* *Folz indigens* puede ser tanto *fous indigènes* como *fous indigents*, es decir, tanto lo puesto como *indígenas dementes* (N. del T.).

base así apresada, tal como el demandante decía: alegre por haber encontrado tan cerca a Honor y sus amigos, pues bien sabía que éstos no dejarían de prestarle auxilio para salvar al Corazón, su compañero. Estaban a eso de una jornada de camino del cerro Privado de Alegría. Entonces Deseo contó a Humilde Petición, el demandante, todo su asunto y cómo había hecho emprender la búsqueda de la dulce Gracia al Corazón de Amores Prendido, las aventuras que éste había tenido, cómo había sido apresado en el cerro Privado de Alegría, y todo cuanto habíales acontecido de cabo a rabo, tal como el relato os ha contado desde el principio hasta aquí. Entonces abrazáronse y encomendáronse mutuamente a Dios; Humilde Petición se fue diligentemente a cumplir con sus asuntos, y Deseo dióse tanta prisa que en seguida llegó a las tiendas y pabellones que había visto. Allí preguntó por la tienda de Honor, y no faltó quien le indicara dónde estaba. Luego descendió a pie, entró en la tienda y encontró a Honor, que sostenía consejo con sus barones acerca de cuanto había que hacer; entonces puso una rodilla en tierra y saludóle, diciendo:

Aquí habla Deseo a Honor y dice así

«Mi muy temido señor,
Muy alto y poderoso príncipe Honor,
Salud y humilde reverencia,
Y a vos, Renombre y Proeza.
A vos vengo a pedir auxilio
Para un servidor de Amor
Que recientemente se ha comprometido
En la búsqueda, y a ella todo ha sometido,
De Gracia, la muy dulce y bella,
De quien sabido he dolorosas nuevas,
Y que por ella ha sufrido, si oso decir,
Grandes trabajos por honor adquirir;
Mas, después de grandes peligros y penas,
Por la muy villana Tristeza
Ha sido falsamente traicionado
Y luego rudamente apresado
En el cerro Privado de Alegría.
Allí se le ha hecho gran villanía.
Amor en él pierde buen servidor,
Lo mismo que vos, mi señor,

Pues francamente emprendió la expedición
Por completo a mi petición.
Si a bien tuvieseis darle auxilio,
Es todo cuanto a vos vengo a pedirlos».

Aquí habla el autor y dice que

Quando Honor hubo oído así hablar a Deseo, le miró, porque tan altamente y braviamente hablaba éste. Entonces le reconocio al instante, pues otrora habíale visto en el albergue de Amor, su soberano, y dióle la bienvenida y confortóle y, tendiéndole la mano, hizole levantar y preguntóle noticias del Corazón hasta el presente y de la manera en que había acontecido su apresamiento. Entonces Deseo contóle, desde un extremo al otro, todo cuanto había acontecido desde el principio de su empresa hasta el fin, y hablóle de cómo Cólera era el señor del castillo donde había sido apresado, y díjole que no había más que una jornada de camino hasta allí. Y Honor escuchóle con gran benignidad, mas, cuando ya hubo escuchado un buen rato, no pudo tenerse de enrojecer del mal talante que tenía contra Tristeza y Cólera, y dijo así a Deseo:

Aquí habla Honor a Deseo y dice así

«Por la fe que debo al dios Amor,
Deseo, auxilio habrá el Corazón,
Aunque ir yo mismo allí debiera,
Pues, por Dios, nunca alegría tuviera
Mientras en manos esté de Tristeza,
Que sufrir le hace tal desgracia.
Si puedo atrapar a Cólera y a ella
Pondré con ello fin a la querella,
Pues en breve morir les haré,
Y a todo el que les quiera socorrer».

Aquí habla el autor y dice que

Entonces Honor llamó a Renombre, y díjole que él habría de ocuparse de esta empresa, y que tomase tantas gentes de su hueste como le fuesen menester y devolviera al Corazón la libertad. Y Renombre, que otra cosa no preguntó, adelantóse y, haciendo reverencia a Honor, respondióle así:

Aquí habla Renombre a Honor y dice así

«Vuestro mandato, señor
Con prontitud será hecho.
Antes que dos días hayan transcurrido
El Corazón habrá de mi auxilio,
Y si a Cólera puedo prender,
Hasta vos venir le haré,
Y así haré también con Tristeza,
La falsa traidora y ladrona.
A Dios os encomiendo desde ahora,
Pues de aquí he de partir sin demora».

Aquí habla el autor y dice así

En este punto explica el relato que, dichas estas palabras, Renombre, sin hacer más demora, hizo en seguida llamar a Placer y a Recreo para que fuesen con él, pues bien sabía que, desde tiempo inmemorial, éstos odiaban mortalmente a Cólera y a Tristeza; luego tomó tantas gentes como menester pareció, púsose sus vestiduras y preparó todo a tenor con la empresa que había de cumplir; finalmente, hizo sonar sus trompetas y partió en compañía de la hueste de Honor. Y, cuando estuvieron en los campos, llamó a Deseo e hízole ponerse delante para que les guiara derecho al castillo del cerro Privado de Alegría, y Deseo púsose delante como aquél que bien conocía el camino. Tanto anduvieron entonces y en tal manera, sin otra aventura encontrar que valga la pena relatar, que llegaron al límite de un bosque y penetraron en unos matorrales bastante espesos, aunque no altos, y vieron, delante de ellos, en lo alto del cerro Privado de Alegría, un gran castillo viejo, despedazado y desmoronado por muchos lugares. Preguntaron entonces a Deseo qué castillo era aquél y él les dijo que era el castillo del cerro Privado de Alegría, el mismo en que el Corazón se hallaba apresado. Entonces Renombre hízoles a todos detenerse para armar sus cabezas y ponerse a punto, pues intención tenía de asaltar el castillo, y amonestó a sus gentes diciéndoles de esta manera:

Aquí habla Renombre a sus gentes y compañeros y dice

«Señores y compañeros míos,
Que sois tan buenos y aguerridos,

Que bien pueden todos saber
Que mejores no se podrían tener,
En alabaros yo disfruto,
Mas de una cosa os exhorto:
Que el día de hoy tengáis a bien mostrar
Y a fuerza de las armas derrotar
A esa gente malvada y proscrita
Que perpetrado han tan grave villanía
Al Corazón, el verdadero servidor
De Amor, nuestro maestro y señor.
¡Entonces se verá quién le amará
Y quién bien su deber cumplirá!»

Aquí habla el autor y dice que

Cuando los compañeros oyéronse así sermonear y amonestar en el bien hacer, el corazón crecióles de tal manera en el cuerpo que nadie hubo tan pequeño que en aquel momento no creyese bien valer un Lancelot o un Héctor de Troya. Entonces, gritaron todos a una, «¡Vayamos! ¡Vayamos! ¡Ya basante nos hemos demorado!». Mas en este punto deja el relato de hablar de ellos y vuelve a hablar del Corazón, de cómo éste se condujo y gobernó en prisión.

Cuenta ahora el relato que, cuando el Corazón hubo así caído en la prisión de Tristeza, en el castillo del cerro Privado de Alegría, sintióse terriblemente consternado y enojado. Mas una cosa le desconsolaba grandemente, pues él pensaba que jamás de allí habría de salir, porque el castillo donde él estaba apresado se hallaba en una región demasiado extraña y fuera de la vista de toda gente de bien; y pensaba que Deseo, su compañero, estaría muerto o, cuando menos, prisionero, pues bien pensaba él que no tendría poder contra Cólera y los suyos, y jamás hubiese pensado que su compañero hubiese podido escapar como lo había hecho. Y allí permaneció toda la noche sin beber y sin comer siquiera como él y Deseo habían hecho al menos cuando bebieran una copa de mal vino que Tristeza les había traído, tal como habéis oído anteriormente; y no pudo impedir que las lágrimas le vinieran a los ojos. Y, después que hubo velado y pensado durante gran parte de aquella noche, que muy penosa fue para él, durmióse hasta el clarear del día, por más que él no sabía si era de día o de noche, pues en su prisión ni gota veía. Por la mañana, a eso de la hora tercia, Tristeza envió por Melancolía y mandóle que vi-

niese a verla al castillo del cerro Privado de Alegría, y que trajese con ella pan de Dura Pena y agua del río de Lágrimas, de los cuales los dos compañeros habían otrora comido y bebido, pues quería encargarle la guardia del Corazón de Amor Prendido, que era su prisionero. Y, cuando Melancolía hubo visto y oído el mandamiento de su prima la dama Tristeza, bien contenta se puso, si bien con poca alegría, pues su naturaleza jamás se prestaba a estar alegre, y en seguida partió con sus hombros cargados del pan y el agua que Tristeza le había pedido, y pronto llegó al castillo del cerro Privado de Alegría, pues mucho camino no había desde su morada hasta allí, donde Tristeza salió a su encuentro e hízole gran recibimiento, contándole de cabo a rabo cómo se las había ingeniado para poder prender y apresar al Corazón. Entonces entrególe la guardia y ella la tomó voluntaria y preguntó si el Corazón había ya comido ese día, a lo que Tristeza respondióle que no. Después tomó en seguida Melancolía algo del pan y agua que había traído y rogó que la llevasen adonde el Corazón se hallaba preso, y Zozobra, que allí estaba, condújola entonces a la puerta de la prisión, y ella se agachó y llamó al Corazón diciéndole así:

Aquí habla Melancolía al Corazón y dice así

«Infeliz Corazón, ¿estás ahí?
¿Quién diablos te ha hecho caer aquí?
Tú debieras a tu capricho,
Tú y Deseo, tu amigo,
A la dulce Gracia conquistar
En seguida, sin ningún cuidado pasar,
Por fuerza de escudo y lanza.
¡Muchos hay que en esas locuras piensan!
No sóis más que dos presuntuosos
Y dos miserables galopos».

Aquí habla el autor y dice que

Entonces, le arrojó un pedazo del pan de Dura Pena que ella había traído, e hízole descender un poco de agua del río de Lágrimas; y, cuando el Corazón hubo probado de ambos, bien se dio cuenta de que era el mismo sabor que otrora había degustado y percatóse entonces de que la vieja y falsa Melancolía le había venido a ver, mas no

après qu'il neurent pas grandement alle qu'il se regarder
et burent deuant eulx vng moult hault pont de fust atira
uers de la riuere foible fraicille d'arceenne facon et estoit
amerueillee Si que arceenne pouoit passer vng cheual
de front la riuere estoit creuse et toute durement Si que
la riuere de laue elle faisoit tout couler et trabler le pont.



Comment le cuer et desir trouuerent le pont ou il se combatit
Et de l'autre part du pont paroit vng cheualier
tout arme d'unes armes noires fers que sur son
cor qui estoit noir auoit trois fleurs de souffre et d'estait.



Comment esperance ture le cuer hors de leue et dit l'acteur
Quant le cuer se vit de hors si fust loyeux ce ne
 fait pas admander et regarda qui estoit celle dame
 qui l'auoit aide a yssir hors de leue Et congneut q
 c'estoit dame esperance sa bonne maistresse qui la autre
 fois luy auoit tant fait et ensaingne de bien Et adonc le
 cuer osta son heaulme de la teste et abaissa la ventaille
 et puis il se sentrebaiserent et sentrefirent tel feste et tel

por bien que le quisiese. Entonces comenzaron a apoderarse de él tan graves pensamientos que a poco no murió de duelo, y no podía comer y a punto estuvo de caer en la desesperación si no hubiera sido por un recuerdo que tuvo de su maestra Esperanza, que hízole sentirse de pronto muy reconfortado; y comió un poco y bebió para la refección de su cuerpo, mas aquella vianda no podía hacerle mucho bien. Y cuando hubo tomado su refección sobradamente y su poco apetitosa vianda, durmió un poco, pues durante la noche muy mal había reposado. Entonces soñó que una tórtola toda blanca se acercaba a tres ruiñeños acompañada de otros muchos pájaros que venían con ella, y que cantando veníanle a visitar, y tan fuertemente batían sus alas que éstas estrellábanse contra la torre donde él estaba prisionero y despedazábanla con más fuerza que si fuesen golpes de bombardas, y hacíanla caer toda en pedazos; y entonces él salía fuera de la prisión sin mal ni herida alguna. Mas en este punto el relato deja de hablar del Corazón y vuelve a hablar de Renombre y de sus compañeros, y de cómo vinieron a socorrer al Corazón.

Aquí habla el autor y continúa diciendo de esta manera

Dice ahora el relato que, cuando Renombre hubo amonestado y exhortado bien a sus compañeros en el bien hacer, tal como habéis podido oír más arriba, éstos, sin hacer más demora, cabalgaron a tan buen paso como sus caballos pudieron soportar hasta el borde del foso del castillo del cerro Privado de Alegría, y al instante pusieron los pies en tierra y, antes que ni Cólera, el señor del castillo, ni ningún otro de su mesnada hubiesen dándose cuenta, estaban al pie del muro. Mas Placer y Recreo, estos valientes jovenzuelos, no se descuidaron, pues ellos dos solos dirigieron a la puerta del castillo y encontráronla bastante mal atendida de guardias, ya que en ese momento no quedaba en el lugar más que Zozobra, primo del señor de dicho lugar, el cual apenas habíase bien despertado, pues acababa de levantarse de la cama. Entonces, los dos caballeros avanzaron hasta la primera barrera, y Zozobra vínoles al encuentro para defenderla, mas Placer, el gentil jovenzuelo, dióle tan gran golpe en la cabeza que éste huyó al instante abandonando la puerta, y los dos jóvenes caballeros, Placer y Recreo, entraron en seguida en el castillo y avanzaron hasta el torreón maestro. Entre tanto, Renombre y sus compañeros, que asaltaban el lugar por el otro costado, treparon y escalaron la muralla con sus pies, y tanto se esforzaron que entraron en el castillo y grita-

ron en alta voz «¡Castillo ganado!», y tanto ruido hicieron que Cólera y su mesnada, que todavía dormían en el torreón maestro, despertáronse y pusiéronse a la defensa de dicho torreón, mas de bien poco les valió, pues Renombre hizo sonar sus trompetas y clarines al asalto; y tan encarnizadamente atacaron y con tan gran justicia que en muy poco tiempo estuvo el torreón tomado. Entonces, cuando Cólera y Tristeza vieron que de ellos no era la fuerza, huyeron secretamente, ellos y su mesnada, por una falsa poterna y penetrando en unos matorrales extraordinariamente tupidos y espesos, huyeron con los murmuradores en compañía de Malalengua, con quienes bastantes males y perjuicios hicieron más tarde al dios de Amores y a los suyos. Mas Renombre y sus compañeros, que el castillo del cerro Privado de Alegría habían ganado, buscaron por todas partes por ver si podían encontrar a Cólera, el señor del castillo, y a Tristeza, su amiga, mas todo fue en vano, pues ellos habían huido de allí. Y así buscaron por arriba y por abajo hasta que llegaron a la torre donde el Corazón estaba preso. Y Deseo, que iba el primero y conocía un poco el lugar, pues en él había ya estado y pasado gran miedo, vino hasta la puerta de la prisión y llamó a su compañero el Corazón, el cual despertóse de su sueño y en seguida púsose a escuchar nada más que oyó su voz. Mas no estaba bien seguro de que fuese Deseo, su compañero, pues estaba muy aturdido, y Deseo, que bien se percató de que el Corazón tenía duda de que fuese él, hablóle de esta manera:

Aquí habla Deseo al Corazón, su compañero, y dice

«Ah, Corazón, hermano y compañero,
¡Alegrad vuestro ánimo, yo os ruego!
Bien se ve que sois gente de Amor,
Que os envía buen favor.
A Renombre Honor aquí ha mandado;
Jamás decir que no habría pensado
Antes de que vos de aquí hubiéseis salido,
Y a venir aquí se ha sometido.
Tomado han el castillo por asalto,
Todo está ganado, bajo y alto.
Mas hartó es mi asombro
Que ni Cólera, el tan odiado,
Ni su amiga Tristeza tampoco,
Dentro ni el menor rastro han dejado;

Todos juntos escaparon,
¡Con qué premura se hurtaron!
Pues sé que todavía harán
Bastante mal, no cejarán.
Ahora, compañero, fuera salid,
Que asaz vuestro cuerpo debió sufrir.
Deseo soy, y a buscaros vengo
Para mejor adquirir vuestro afecto».

Aquí habla el autor y dice que

A estas palabras, el Corazón ciertamente entendió que era Deseo, su compañero, quien le hablaba; y, sobresaltado de gozo, púsose en pie, y Deseo tendióle una cuerda con un bastón en el extremo y gritóle que la pusiera entre sus piernas y que asiera fuertemente la cuerda con sus manos, y él hízolo así y Deseo, junto con los dos caballeros Placer y Recreo, tiraron de él desde lo alto. Y cuando él vióse allá arriba fuera de la prisión, miró y vio a Deseo, su leal compañero; entonces arrojóle los brazos al cuello, y tan fuertemente abrazáronse, de la gran alegría que tuvieron cuando se vieron, que se desmayaron los dos. Al cabo de un rato, cuando hubieron vuelto en sí de su desmayo, el Corazón miró a Deseo y, cuando al fin pudo hablar, díjole de esta manera:

Aquí habla el Corazón a Deseo y dice así

«Deseo, mi compañero leal,
Jamás me has sido desleal.
Bien se ve que vos me amáis muy fuerte;
Librado me habéis de la muerte.
Muerto estaría y sin aliento,
Pues Tristeza, por gran despecho,
Así lo había ordenado.
¡Mas, a Dios gracias, de ella he escapado!».

Aquí habla el autor y dice que

Entonces Deseo tomóle de la mano y presentóle a los dos caballeros Placer y Recreo e hízole agradecerles la buena ayuda que le habían prestado, lo cual él hizo con gran cortesía. Luego llevóle Deseo

ante Renombre y los otros barones, que refrescándose estaban en una habitación, y Deseo presentóle a Renombre y recomendóle que humildemente le expresara su agradecimiento por el buen auxilio que le había dado, y el Corazón lo hizo voluntario, y, poniendo la rodilla en tierra, díjole así:

Aquí habla el Corazón a Renombre y dice así

«Renombre, mi muy gentil señor,
Yo, el Corazón, vuestro servidor,
Os agradezco humildemente
Que tan diligentemente
Socorrerme hayáis deseado.
De morir me habéis guardado;
Mas aún merecedor de ello seré;
Tan lealmente os serviré.»

El autor

Entonces Renombre tomóle de la mano e hízole ponerse en pie, y díjole así:

Aquí habla Renombre al Corazón y dice así

«Ah, Corazón, bien habéis merecido,
Pues otras veces me habéis servido.
Nada me habría detenido,
Siempre en vuestro auxilio habría venido.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces hizo Renombre que le dieran de comer y de beber, pues gran menester él de ello había, y cuando hubo bebido y comido, y los otros también, Renombre ordenó que el castillo fuese abatido y demolido, y aquellos que de ello fueron encargados lo hicieron prestamente. Después hicieron sonar las trompetas, desalojaron y cabalgaron a bastante buen paso hacia la hueste de Honor y, durante el camino, Renombre iba siempre platicando con el Corazón y preguntándole acerca de sus aventuras y de su prisión, y el Corazón contóle todo cuanto de ello había. Y tanto cabalgaron y de tal manera que lle-

garon a la hueste y desmontaron los barones justo delante del pabellón de Honor, y Honor salió de su pabellón y vinoles al encuentro. Y cuando Renombre lo vio, arrodillóse ante él, y el Corazón hizo lo propio; entonces Renombre habló a Honor y díjole de esta manera:

Aquí habla Renombre a Honor y dice así

«Mi señor, lo mejor que he podido,
Y también lo mejor que he sabido,
Vuestro mandato he llevado a cabo,
Mas dispácame en alto grado
Que Cólera, por más que nadie diga,
Escapado haya, ¡Dios le maldiga!
Ved aquí al Corazón de Amor Prendido,
A quien Tristeza había traicionado y prendido.
Tenedme bien por excusado
Si de buen consejo no he usado».

Aquí habla el autor y dice así

En esta parte dice el relato que, cuando Renombre hubo terminado su excusa, el Corazón se puso de rodillas y humildemente expresó su agradecimiento a Honor. Entonces Honor los tomó a los dos de la mano y, llevándolos a su pabellón, comenzó a platicar con ellos y preguntóles acerca de las nuevas y de la prisión que el Corazón había sufrido. Entretanto, Deseo paseábase por delante del pabellón, y Honor, que en seguida lo vio, lo llamó y, tendiéndole la mano, hízole gran recibimiento. Entonces hablaron juntos largo rato, y Honor preguntó al Corazón y a Deseo qué querían hacer y si querían permanecer en la hueste para marchar contra los murmuradores. Entonces púsose el Corazón de rodillas y respondió de esta manera:

Aquí responde el Corazón a Honor y dice así

«Mi señor, esto os diré:
En nada yo os desdeciré,
De razón estoy a ello obligado,
Pues de la prisión me habéis sacado.
Mas yo os suplico en este momento,
Por Dios, no me retengáis más tiempo,

Pues vos buenamente habréis de ir
 Por vuestro gran mandato cumplir,
 Y yo más no puedo quedarme
 Por nada que pudieren darme.
 De otro modo en perjurio caería
 Y todo mi propósito falsearía;
 Si me permitís, pues, me marcharé
 Y tanto por todas partes buscaré
 Que a la dulce Gracia encontraré
 Por quien hasta aquí marché.
 Si ordenarme algo queréis
 Cuanto esté en mi poder yo cumpliré».

Aquí habla el autor y dice que

Entonces Honor tomó al Corazón de la mano e hízole levantarse, agradeciéndole dulcemente que de este modo se ofreciera a él, y concediéndole benignamente licencia para marchar díjole así:

Aquí habla Honor al Corazón y dice así

«Corazón, amigo, puesto que así es
 Que permanecer aquí no podéis,
 Y que tal conquista habéis emprendido
 Que Deseo os ha pedido.
 Contra vuestro grado yo no os retendría;
 Por nada hacerlo desearía.
 Antes bien al dios de Amores suplico
 Que a bien tenga siempre dirigiros
 Para que a vuestra empresa podáis
 Una vez emprendida término dar.
 Mas si dinero os hace falta
 O algunos hombres de tropa
 Para conduciros o guiaros,
 Que en algo puedan ayudaros,
 Tomad a vuestro placer,
 Que en ello reparo no haré.
 Humildemente recomendadme
 Al dios de Amores diciéndole
 Que muy voluntario le haré

Cualquier servicio que le pueda complacer,
 En verdad, amigo, y cuando le veáis,
 A sus barones de mi parte saludáis.
 Y a Dios mi creador ruego
 Que pronto aquí estéis de regreso,
 Pues bien querría yo que así fuese
 Y que a la dulce Gracia tuvieseis.
 Mas no sabría ya qué deciros:
 A Dios os encomiendo, buen caballero.»

Aquí habla el autor y dice que

Tras estas palabras el Corazón pidió licencia a Honor, y así hízolo Deseo, y Honor abrazóles benignamente. Mas, mientras saludaba y se despedía de los barones que estaban en torno a Honor, Deseo percatóse de que Largueza estaba allí, y entonces llevóse al Corazón a un lado y díjole y recomendó que, puesto que tal había sido que Honor habíales ofrecido que tomasen a quienes de sus gentes quisieran para marchar con ellos o conducirlos, y puesto que él bien seguro estaba de que también habían menester para su conquista de la persona de Largueza, él era de la opinión de que rogasen a Honor que le dejase marchar con ellos. Y el Corazón estuvo de acuerdo con él, y en seguida hicieron a Honor petición de que a bien tuviese dejar a Largueza marchar con ellos, y él dulcemente se lo concedió, por más que mucho lo lamentase, pues muy voluntario habría preferido tener siempre a Largueza con él y cerca de él, y mucho le amaba; mas, ya que se lo había ofrecido, nunca habría podido negárselo. Así que ordenó en seguida a Largueza que fuese con ellos adonde les placiese, e hízolo Largueza muy voluntario. Y tras estas palabras pidieron licencia los tres y salieron de la tienda de Honor, y de allí fuéronse al Pabellón de Buen Renombre para despedirse de él, pues gran cortesía les había hecho éste, como más arriba habéis oído, mas, cuando entrando estaban en el pabellón, hete aquí que Renombre, que les había visto venir, salióles al encuentro y, tomándoles de la mano, llevóles dentro del pabellón. La tarde estaba ya muy avanzada y era alrededor de la hora de las vísperas y hora de cenar; entonces las mesas fueron preparadas, y Renombre los retuvo para la cena, quisiesen o no, por más que ellos quedáronse de bastante buen grado, pues grande era la amistad que por él tenían. Y así Renombre los atendió y los solazó como mejor pudo. Después de cenar fueron

un rato a distraerse, y el Corazón, que mucho deseaba entablar amistad con Largueza, ya que recientemente se hallaba en su compañía, aproximóse a ella y tanto se esmeró que al cabo de un rato eran ya bien íntimos y familiares el uno del otro. Entretanto, Renombre y Deseo conversaban el uno con el otro acerca de la partida que el Corazón deseaba emprender y de la conquista que había iniciado, y tanto platicaron los unos con los otros que se hizo ya de noche y hora de acostarse. Entonces retiráronse al pabellón, y Renombre hizo preparar dos camas y se acostaron, él y Deseo en una, y el Corazón y Largueza en la otra. Y asaz voluntarios lo hicieron, como aquéllos que no tenían dónde albergarse, al menos, el Corazón y Deseo; entonces platicaron un poco acerca de su viaje y de su empresa antes de dormir, y Largueza escuchóles de buen grado y preguntó acerca de ello al Corazón para estar más avisado de cuanto había por hacer. Al cabo de un rato durmiéronse los cuatro de buen acuerdo hasta el día siguiente en que Deseo se despertó el primero al despuntar del alba y fue a llamar al Corazón que todavía dormía, y el Corazón despertóse y llamó a Largueza. Entonces levantáronse y, mientras ellos se vestían, despertóse Renombre, quién mucho se asombró de verlos levantarse tan de mañana. Y éste levantóse y vistióse como los otros, y después fueron todos juntos a oír la misa. Y cuando la misa estuvo dicha, los tres compañeros, el Corazón, Deseo y Largueza acercáronse a Renombre y, pidiendo su licencia para marchar, el Corazón habló por todos ellos y dijo así:

Aquí habla el Corazón a Buen Renombre y dice así

«Mi dulce señor Buen Renombre,
Ved aquí a Deseo, que así tiene por nombre,
Y a Largueza, a quien ya conocéis,
Y de su sabiduría hace tiempo asaz sabréis,
Que pidiros licencia queremos,
Y por cuanto devolveros no podemos,
Al menos os agradecemos
Vuestros grandes favores, en tanto que podemos.
Vuestros somos por completo
Sin extraños aproximamientos.
De nuestra marcha no estáis contento,
Mas, por Dios, no vedla con descontento,
Pues tal empresa vamos a abordar

Que bien nos hará bregar
Y asaz sufrir calamidad
Antes de poderla completar».

Aquí habla el autor y dice que

Con estas palabras, los tres compañeros se despidieron de Renombre, mas, antes de que partiesen, comieron un poco y bebieron cada uno una vez, y en ello muy bien hicieron, pues gran menester habrían después, como algo más tarde podréis oír. Mas ahora deja el relato un poco de hablar de ellos, a quienes ya sabrá volver cuando su momento sea, y vuelve a hablar de Honor y de su armada para contar un poco acerca de su asunto.

Aquí vuelve a hablar el autor de los hechos de Honor y de su armada

Dice ahora el relato que cuando los tres compañeros, a saber, el Corazón, Deseo y Largueza, hubieron despedido de Honor y hubieron partido, como ya os ha contado más atrás, Honor hizo reunirse en seguida a todos sus barones y a la gente de su consejo para deliberar con ellos acerca de cuanto debían hacer, pues bien sabían que los murmuradores, sus enemigos mortales, estaban sobre los campos como estaban. Y después de oídas las opiniones de cada uno, llegaron a la conclusión de que, puesto que el Corazón y Deseo marchaban a la conquista de la dulce Gracia, según ellos habían oído decir, y puesto que no podrían ir a donde iban sin pasar por el albergue del dios de Amores, sería conveniente que Honor le enviase mensajes por medio del Corazón para saber hacia dónde le placería que tirasen y qué le placería que hiciesen, pues demasiado tiempo habían permanecido ya en aquellos parajes sin tener nuevas de él, y para hacerle saber que, entretanto, ellos desalojarían y se aproximarían al enemigo. Entonces hizo Honor saber a todos los barones y capitanes que de allí a dos días desalojarían y que quería aproximarse a los enemigos, y llamó a un secretario e hizo escribir mensajes para el dios de Amores diciéndole cuanto en el consejo habíase concluido y platicado. Después llamó a Humilde Petición y dijo que llevase dichos mensajes al Corazón, para que, de parte de él, tuviera a bien presentarlos al noble dios de Amores cuando pasara por su albergue. Así Humilde Petición hizo cuanto Honor, su señor, le ordenara. En el

segundo día después de aquél, Honor hizo sonar sus trompetas y desalojaron con gran orden y formación, y cabalgaron por bellas batallas * y muy ordenadamente hasta que llegaron a estar a tres o cuatro millas de sus enemigos, y allí acamparon, mas bien puedo deciros que el río de Placer estaba entre los dos, que es un río asaz profundo y peligroso. Mas aquí deja el relato de hablar de ellos, y vuelve al Corazón y a sus dos compañeros para contar una parte de sus aventuras, pues ello atañe a nuestra materia.

Aquí continúa el autor hablando de Corazón y de sus compañeros y dice

Cuenta en este punto el relato que, cuando los tres compañeros hubieron partido del pabellón de Buen Renombre después de haber bebido una vez, como ya os he contado, encontráronse, cuando salían del pabellón, a Humilde Petición, el demandante, el cual les saludó y entregó al Corazón los mensajes que Honor había encargado, y rogóle de parte de éste que tuviese a bien presentárselos al dios de Amores cuando pasara por su albergue, y el Corazón le respondió que así lo haría muy voluntario. Entonces cabalgaron a buen paso, pues hacía bastante frío con el frescor de la mañana, y siguieron cabalgando hasta que entraron en unos matorrales asaz espesos, y desde allí entraron en un bosque hermoso y alto cuya travesía duróles alrededor de seis millas, que son dos leguas. Y tanta prisa se dieron que salieron del bosque y encontráronse en una campiña llana, tan larga que no podían ver dónde tenía su fin, pues cuenta el relato que bien duraba el largo de una jornada y media y el ancho de una buena jornada. Así que siguieron cabalgando hasta el mediodía teniendo siempre el camino delante de ellos, sin encontrar aventura alguna digna de contar y pensando siempre muy tristemente. Al cabo de un rato, Deseo, que iba el primero, miró hacia delante y vio, bastante lejos de ellos, un pino muy alto que estaba en medio de aquella llanura, sin que pudiera nunca divisar ni villa ni castillo alguno con una mirada alrededor, y tan grande y ancha era la campiña, como ya habéis oído, que, cuando quisieron llegar al pino, que no estaba tan cerca como pudiera parecer, era ya casi noche oscura. A la hora de las vísperas bajas, cuando el sol ya se estaba ocultando, Deseo no pudo por menos de llamar a sus compañeros el Corazón y Largueza,

* Es lo que dice, literalmente, el original. (N. del T.).

que profundamente pensativos estaban, y rogóles que abandonasen sus cavilaciones y pensaran en albergarse, pues bien a punto estaban de tener un alojamiento hartó frío aquella noche; y detuviéronse y miraron alrededor de ellos y no vieron, para su desventura, más que la enorme y ancha llanura, sin poder ver ni el fin de ésta ni casa alguna donde se pudiesen albergar aquella noche. Entonces llegaron juntos a la conclusión de que tirarían derechos hacia el pino que había en su camino, pues allí al menos podríanse poner a cubierto; mas grande era su preocupación por no saber dónde podrían encontrar de comer, y grande era también su hambre, como la del que nada ha comido desde buena hora de la mañana, en que habían bebido una vez en el pabellón de Buen Renombre del cual habían partido, como ya habéis oído. Y así continuaron cabalgando, siempre siguiendo su camino derecho hacia el pino, sin más aventura encontrar, y, cuando ya se hizo noche oscura, comenzaron a marchar en fila, primero Deseo, después el Corazón y detrás Largueza, pues la noche en verdad se puso muy oscura, debido a que el cielo estaba un poco cubierto de nubes y la luna no brillaba nada. Y tanto se esforzaron y tanta fatiga soportaron que llegaron al pino a eso de una hora antes de la media noche. Entonces descendieron los tres de sus monturas de común acuerdo, pues hartó cansados y trabajados estaban, y gran menester tenían sus caballos de repostar, pues todo el día les habían cabalgado; así que quitáronles las riendas y dejáronles pastar la hierba; y ellos se acostaron debajo del pino como mejor pudieron para reposar, mas no pudieron dormirse en seguida a causa de la gran hambre que tenían. Y Deseo, que era el más elocuente de los tres, para solazarlos un poco, comenzó a decir así:

Aquí habla Deseo a sus compañeros y dice así

«Ahora estamos a nuestra merced,
Señores míos, aquí entre los tres.
Mas yo sé bien, de lo cual me complazco,
Que equivocados no estamos.
Pues bien nos dijo Esperanza
Que antes que adquiriésemos la Gracia,
Tendríamos muchos males,
Fatigas y trabajos grandes.
Todavía no se han terminado,
Pues siempre de ellos habremos demasiado;

Al menos el Corazón, y yo también.
A Largueza, que aquí veis,
Yo no quiero preocupar,
Pues no ha hecho más que comenzar.
Ahora durmamos con esta sudor:
Que es muy buena para el Corazón».

Aquí habla el autor y dice así

Cuando Deseo hubo terminado su razón, Largueza comenzó a sonreír, mas no se rio el Corazón, pues parecía que Deseo se burlaba de él cuando decía que aquella sudor era muy buena para él, y no pudo tenerse de responderle de esta manera:

Aquí responde el Corazón a Deseo y dice así

«¿Por qué os mofáis siempre, Deseo
De mí y de todos los compañeros?
Mi buen señor, ¿qué os he hecho?
Decidme si en algo he malhecho,
Para que así obréis siempre conmigo,
Que duelo y fatigas he padecido.
Mas de cuanto queráis decir
Luego os habréis de arrepentir.
Soportaré tanta pena
Que cederéis ¡por Santa Elena!
Mas es de razón que Deseo
De las gentes se mofe a su recreo».

Aquí habla el autor y dice que

Cuando Largueza hubo oído al Corazón hablar de esta manera, bien entendió que, de alguna manera, había perdido la paciencia, y que no se tomaba muy en juego cuanto Deseo le decía. Entonces hablóle, reprendiéndole por haberse enojado, y díjole así:

Aquí habla Largueza al Corazón y dice así

«Ah, Corazón, y un hombre de bien tal
¿Por tan poca cosa se ha de irritar

Que no se le pueda hacer juego
Sin hacerle entrar en un fuego?
Vos habéis poca paciencia;
No es eso lo que Esperanza,
Como vos le oísteis contar,
Otrora nos hizo notar.
De mí se mofa también
Como lo hace de vos, de buena fe,
Y, sin embargo, yo estoy contento
Y de nada estoy descontento.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces Deseo no pudo por más de replicar dos palabras al Corazón, no por enojo ni mal talante que tuviera hacia él, pues muy encarecidamente le amaba; y, excusándose, le dijo así:

Aquí habla Deseo al Corazón y dice así

«Corazón, si farsa hacer no queremos,
Pasar nuestro trabajo no sabremos.
Por Dios, a mal no toméis:
Os pido por favor me perdonéis.»

Aquí habla el autor y dice que

Con estas palabras el Corazón se serenó, y los tres compañeros durmieron bajo el pino. Mas aquí deja el relato de hablar de ellos para hablar un poco de Malalengua, el capitán de los murmuradores, y contar una parte de sus hechos, pues ello bien atañe a la materia; mas apenas de ellos hablará, pues si todos los hechos y maldades de los murmuradores quisiera contar, de ello se podría hacer un libro mucho más grande que este presente.

Aquí habla el autor de Malalengua y de sus gentes

En esta parte dice el relato que, cuando Malalengua y los murmuradores, que acantonábanse y tenían sus campamentos sobre el país del dios de Amores y sus súbditos y seguidores, y no de un modo manifiesto sino a escondidas, supieron por sus espías (de los

que siempre había muchos por los campos, como aquellos que nunca están seguros) que Honor, Buen Renombre y las gentes del noble dios de Amores habían venido a acampar tan cerca de ellos, tal como el relato os ha contado más atrás, se asustaron un poco y en seguida hicieron sonar las trompetas y desalojaron en medio de gran confusión y cabalgaron por lo menos xxiiij millas de un tirón, que son ocho leguas, devastando y asolando las tierras del dios de Amores y los suyos, hasta que ya parecíoles estar lo bastante alejados de Honor y sus gentes. Después acamparon junto a un pequeño río negro y profundo, que por nombre tiene Tenebroso y, cuando ya estuvieron acampados, regresaron hacia Malalengua dos espías que él había enviado a los campos, los cuales habían permanecido la mayor parte del día en la orilla del bosque por donde los tres compañeros, el Corazón, Deseo y Largueza, habían pasado cuando entraron en la gran llanura, tal como el relato os ha contado aquí atrás. Y contaron a Malalengua cómo habíanles visto pasar, y cómo no habían osado caer sobre ellos porque eran tres y ellos no eran más que dos, mas bien adivinaban que se dirigían hacia el dios de Amores o a la conquista de la dulce Gracia, pues ellos vigilaban su camino, y hacía tiempo que habían oído también hablar del Corazón, que embarcándose había en la dicha conquista, y por tal razón pensaban que él andaba por allí. Y, cuando Malalengua oyóles, frunció la nariz y su rostro palideció, presa de ira y mal talante, y comenzó a regañar y a imprecicar a sus espías diciendo:

Aquí habla Malalengua a los espías y dice así

«¡Horda apestosa y villana!
No sois más que mezquina canalla,
Cuando habéis osado fallar
A tres libertinos asaltar
Que hacia su orgía caminan.
¡Fuera de aquí, Dios os maldiga!
Que de un patíbulo os colgaría
Quien bien vuestro merecido os daría.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces llamó Malalengua a dos o tres de sus murmuradores e hizoles vestirse enseguida y ponerse a punto, y envióles hacia Orgu-

llo y Rechazo, que a la dulce Gracia tenían en prisión, y mandóles que se mantuviesen en sus guardias, pues el Corazón y sus compañeros habían salido a los campos para ir a la conquista de la dulce Gracia; y ordenó a los dichos murmuradores que se quedasen con Orgullo para ayudarle a defender la plaza si por alguno era asaltada. Y los dichos murmuradores pidieron licencia a Malalengua, su señor, y no cesaron hasta que llegaron ante Orgullo y le anunciaron las nuevas que su señor les mandaba. Mas aquí deja el relato de hablar de Malalengua y de sus murmuradores, porque de ellos hablar poco es bueno, y vuelve a hablar del Corazón y de sus dos compañeros para contar sus aventuras.

Aquí nos habla el autor del Corazón y de sus compañeros

Dice ahora el relato que los tres compañeros, el Corazón, Deseo y Largueza, que dormidos estaban debajo del pino como ya habéis oído más arriba, durmieron muy profundamente hasta el despuntar del día, como aquellos que harto cansados y trabajados estaban. Mas el Corazón despertó el primero y miró a sus compañeros, que todavía dormían. Entonces procuró levantarse suavemente, sin hacer ruido, a fin de no despertarles, mas tan suavemente no lo supo hacer que no los despertara, como a aquellos que asaz habían dormido por una noche. Entonces miráronse y vieron que ya estaba bien entrada la mañana, y levantáronse y comenzaron a buscar sus caballos. Mas, de pronto, vieron, muy cerca de ellos, una casita bastante mal arreglada y desvencijada, aunque bien percibieron que delante de la puerta de la susodicha casita había unas letras escritas en un tablón; entonces tiraron los tres hacia aquella parte y comenzaron a leer las letras; y encontraron que éstas decían así:

Aquí los tres compañeros leen las letras del susodicho tablón, que dicen así

Esta campiña ancha y larga
En este país es llamada
La llanura del Pensamiento Tedioso,
Donde a su vida infeliz quiere
Afligido Suspiro poner fin,
Sin a ninguna otra parte ir o venir,
En esta pobre casita,

Que no es una casa limpia;
 E hízola quien tanto odia el malestar
 Para mejor a sus anchas suspirar.
 Y Dios sabe que aquí puede pensar bien,
 Mas no siempre lo hace en el bien.
 Aquel que fuertemente a él se alía
 Jamás puede tener alegría.

Aquí habla el autor y dice que

Cuando los tres compañeros hubieron leído y oído las letras que había escritas en el tablón, permanecieron fuertemente pensativos y miráronse el uno al otro muy sobrecogidos. Al cabo de un rato el Corazón, que era más audaz que ninguno de los otros, reflexionó y entró en la casita el primero, y sus dos compañeros entraron tras él, mas bastante pobre y desvencijado albergue encontraron en ella. Y, acercándose hasta el hogar de la casita, encontraron a Afligido Suspiro, el señor del lugar, que era flaco, viejo, arrugado, pálido y descolorido, con una barba grande y unas cejas que le cubrían los ojos; y estaba sentado en una silla, con las manos juntas, y sostenía una de sus rodillas, pensando y suspirando tan profundamente que ni por su llegada ni por más que probasen llamarle quiso abandonar su pensamiento. Por arriba y por abajo buscaron los tres compañeros a ver si encontraban alguna vianda con la que poder repostar un poco, pues gran menester de ello habían, mas nada encontraron aparte de un pedazo de pan negro y tan malo que no lo pudieron comer. Enseguida pusieron los tres a pensar y a suspirar tan gravemente que era cosa de maravilla. Mas Deseo, quien otrora había hecho aquel camino y sabía qué sucedía, reflexionó y díjose a sí mismo que si sus compañeros permanecían unos instantes más sumidos en tan grave pensar enseguida se echarían atrás de su empresa. Así que les hizo una señal de que salieran fuera de la casita y así lo hicieron ellos al instante y, tan pronto como estuvieron fuera, dijéronse el uno al otro que nunca en su vida se habían hallado en tan tedioso y tan afligido pensar como se habían hallado en la casita, y que gran maldición caería a quien alguna vez a ella fuese a parar. Entonces pusieron a buscar sus caballos, mas no hubieron buscado gran cosa cuando los encontraron a los tres paciando en la hierba y, poniéndoles las riendas, pusieron ellos mismos a punto, montaron y comenzaron a marchar derechos por el camino que había delante de ellos. Mas no habían avanzado gran

cosa cuando miraron delante y vieron, muy lejos de ellos, allí donde su vista ya no podía alcanzar más, un bosque, y bien adivinaron que aquello era el fin de la gran llanura tediosa donde se hallaban. Cabalgaron, pues, hacia aquella parte sin nunca encontrar a hombre ni mujer a quien hablar, ni aventura ninguna que valga la pena contar, hasta que llegaron cerca del susodicho bosque, mas tanta no pudo ser su premura en llegar allí que el sol no se pusiese antes de que arribasen. Y, cuando hubieron llegado, miraron delante de ellos y vieron, a la orilla del bosque, una pequeña ermita. Hacia aquella parte tiraron y, descendiendo de sus caballos, entraron en la capilla de la ermita, y en ella encontraron al ermitaño diciendo sus completas. Saludáronle y pidiéronle albergue para aquella noche, y el ermitaño, que bien parecía hombre valeroso, respondióles de esta manera:

Cómo el ermitaño responde al Corazón y a sus compañeros y dice

«Mis buenos señores e hijos,
 Yo no os negaré el cobijo;
 Parte de él habéis como yo he,
 Mas yo os digo de buena fe
 Que en él dentro hay una dama
 De quien soy en cuerpo y alma,
 Pues conózcola desde mi infancia:
 Por nombre tiene Esperanza.
 Tarde ayer noche se vino a alojar;
 A ella bien me guarde de desalojar.
 Pues duramente cansada se hallaba
 Del camino y fuertemente fatigada.
 Si con ella podéis alojaros,
 A mí no me veréis poner reparos.
 Basta, señores, que a ella le plazca,
 Pues nada quiero yo que la desplazca.
 Esperadme aquí que voy a ver:
 Enseguida os lo haré saber.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces salió el ermitaño de la capilla para ir adonde estaba la dama, y los tres compañeros permanecieron allí. Y el Corazón y Deseo, que habían oído decir al ermitaño que la dama Esperanza, su

buena maestra y señora, estaba alojada en aquel lugar, miráronse el uno al otro y huelga preguntar lo felices que se pusieron, pues mucho la amaban y grande era su agradecimiento por los buenos auxilios y arengas que otrora habíales dado. Mas no tardó mucho el ermitaño en volver y díjoles que entrasen, pues que ello bien placía a la dama Esperanza, y mostróles un pequeño rincón bastante estrecho donde poner a sus caballos, con hierba que él había recogido durante el día. Entonces llevaron allí dentro a sus caballos, pusieron hierba delante de ellos y fuéronse derechos a la pequeña estancia de la ermita donde estaba la dama Esperanza. Tan pronto como el Corazón y Deseo la vieron, reconocieronla e hicieronle reverencia, y, cuando la dama Esperanza reconocióles, grande fue la alegría y el regocijo que todos tuvieron. Era ya la hora de cenar, y el ermitaño hizo poner la mesa, pues bien suponía que los tres compañeros tendrían gran hambre, e hízoles sentar a la mesa, sentando a Esperanza entre el Corazón y Deseo, y a Largueza delante de ellos; y el ermitaño sirvióles y atendióles lo mejor que pudo, ofreciéndoles cuanto Dios le había dado, y los compañeros comieron con gran apetito, como aquéllos que no habían comido nada en dos días.

Después de cenar, cuando la mesa fue retirada, la dama Esperanza llamó al Corazón y a Deseo y comenzó a platicar con ellos y, refiriéndose a Largueza, preguntóles quién era, y qué habían hecho desde la última vez que se vieran. Y los dos compañeros contáronle quién era Largueza y dónde la habían tomado en su compañía, y todas las aventuras que les habían acaecido desde la vez en que ella les hubiera dejado en el puente Peligroso, sobre el río de Lágrimas, allí donde ella había salvado al Corazón de morir ahogado, hasta este momento. Hacíase ya tarde y hora de acostarse, y entonces llamaron al ermitaño, su anfitrión *, y rogáronle que al día siguiente de buena mañana pudieran tener una misa, y el ermitaño se lo aseguró. Entonces desearon buenas noches a la dama Esperanza y ella devolvióles su saludo, y el ermitaño llevóles a un pequeño lugar donde había preparado un lecho de buena paja bien fresca, pues él había prestado su colchón a la dama Esperanza, de manera que él no tenía cama alguna. Así pues, los compañeros se acostaron y se cubrieron lo mejor que pudieron y durmieron profundamente, como aquéllos que bien ali-

* O, como antiguamente se decía, «huésped» (cosa que ahora suele significar lo contrario). (N. del T.).

mentados y también muy trabajados estaban. Cuando el día despuntó, se despertaron y se levantaron, mas mucho no tardaron en vestirse, pues habíanse todos acostado vestidos en su pequeño lecho. De allí fueron a la capilla de la ermita, donde encontraron al ermitaño que ya había dicho sus maitines, y deseáronle buenos días, y él devolvióles su saludo. Preguntáronle entonces si la dama Esperanza estaba ya levantada y él les dijo que no sabía. Así que fue uno de ellos a ver, mas, cuando iba, encontróla que venía hacia la capilla y hallábase ya toda preparada para oír la misa, pues ya había dicho sus horas antes de salir de su alcoba. Y el ermitaño volvió a vestirse y díjoles una misa del Espíritu Santo, y Esperanza y los tres compañeros oyéronla muy devotamente.

Cuando la misa hubo sido dicha, los tres compañeros aproximáronse a la dama Esperanza y rogáronle que, antes de despedirse, así como ellos le habían contado sus nuevas, tuviese ella a bien contarles las suyas y qué había hecho ella, y que también les hiciese el favor de aconsejarles e instruirles de cómo habrían de conducirse y gobernarse para poder llevar a término su empresa, la cual ella bien conocía; y que, como buena madre suya que era, tuviera a bien anticiparles una parte de sus aventuras como otrora había ya hecho, pues bien sabían que ella podía hablar de ello si le placía. Entonces comenzó la dama Esperanza a sonreír, y sintióse muy contenta de cuanto había escuchado decir a los tres compañeros, y especialmente al Corazón y Deseo, mas también lo estuvo de Largueza, como aquélla que bien la conocía después que la había oído nombrar, pues otrora la había visto, y bien parecíale que ellos tenían gran confianza en ella. Entonces hízoles una pequeña arenga a manera de colación y díjoles de esta manera:

Aquí habla Esperanza al Corazón y a sus compañeros y dice

«Ahora, hijos míos, os diré,
Por nada os lo ocultaré,
Cuanto me habéis pedido,
Pues de otro modo no lo hubieseis sabido.
Buena Acogida, que bien me debe amar,
Acaba de partir surcando el mar,
Que va hacia el dios de Amores;
Aquél a quien fui a socorrer,
Como otrora ya os conté,

Cuando de la prisión le libré
 Donde Celos le había encerrado,
 Y a tal punto se quedó debilitado
 Que creyó casi estar muerto,
 Y mucho me apena cuando me acuerdo;
 Mas ése es de Celos el habitual proceder.
 Tanto le displace del prójimo el placer.
 Bien fuese a tuertas que a diestras
 Excusa ninguna tomaría ella.
 Y luego de vos me he acordado
 Antes que vos hubieseis llegado,
 Puesto que siempre pensaba
 Que aquí os hallaría si pasaba.
 Y así habéis venido a esta parte
 ¡Por fin, a Dios gracias, os encuentro!
 Mas ahora dejemos todo esto
 Y de vuestro asunto hablemos pues.
 Aún bastante habréis de hacer
 Antes que a la dulce Gracia halléis,
 Mas por nada desmayéis,
 Pues si en mí guardáis creencia
 Vos la tendréis, aquel que por ella emoción sienta,
 No obstante los tormentos
 Que en la mar habréis largo tiempo,
 Y asaz de grandes males también;
 Mas mucho más pasado habéis.
 Creo que de sobra recordaréis,
 Sin que deciros sea menester,
 Que a Rechazo habréis de combatir
 Y también a Orgullo, antes que divertir
 Os podáis con dulce Gracia;
 Cada uno de vosotros ha de ello conciencia.
 Y pasaréis por el hospital
 De Amores, que al corazón os hará mal
 Cuando veáis las sepulturas
 De amantes, y las esculturas,
 Que murieron queriendo conquistar
 Lo que vos váis a buscar,
 De lo que, si Dios quiere, vos gozaréis
 De manera que con ello os deleitaréis.

Mas, a mis enseñanzas pondré fin,
 ¿Sabéis por qué? Es a fin
 De deciros a qué parte iréis
 Cuando de aquí os marchéis
 Derecho, más allá de ese pequeño bosque
 Que sito está en tierra salvaje
 Vos veréis una gran cruz.
 Corazón, si me crees, allí irás tú,
 Y vosotros, todos en unión,
 Pues es, tal me parece, la mejor dirección
 Para ir derecho hacia la mar,
 Y cuando allí estéis, puedo adivinar
 Que hallaréis aparejada
 Una gran barca ancha y larga.
 Adentro saltad braviamente,
 Pues el viento tendréis sobradamente
 Que por mar os llevará
 Hasta que a buen puerto arribará,
 Mas en la isla del dios Amor
 Habrá muy pronto su curso terminado.
 Adiós, pues ahora debo marchar:
 Más ya no os puedo hablar.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces desvaneci6se la dama Esperanza de los tres compañeros de tal manera que no supieron qué había sido de ella, y pusieron a mirar por todas partes muy asombrados de que en tan pocos instantes hubiesen perdido de vista a la dama Esperanza. Más el Corazón y Deseo, que otrora habíanla visto hacer así, y que tantos males habían pasado que antes ella les había profetizado, tranquilizáronse a sí mismos y confortaron a su compañera Largueza. Entonces volvieron los tres a la ermita para despedirse del ermitaño y agradecerle los bienes que les había dado, y Largueza tomó seis besantes de oro de su escarcela y se los quiso entregar al ermitaño, mas éste no quiso cogerlos, y púsolos Largueza en el cepillo de la capilla en presencia del susodicho ermitaño, el cual le dijo que para Dios fuesen. Entonces el ermitaño hízoles beber una vez antes de partir, pues díjoles que aún podrían sufrir gran menester. Cuando los tres compañeros hubieron cada uno comido un poco y bebido una vez, despidiéronse del ermitaño y fue-

ron a por sus caballos, montaron sobre ellos y reemprendieron su camino derechos hacia el bosquecillo tal como habíales instruido la dama Esperanza. Cabalgaron entonces a buen paso a través del bosquecillo, de un largo éste de cuatro o cinco buenas millas, que son alrededor de una legua y media, sin encontrar aventura alguna digna de contar y, cuando estuvieron al otro lado, divisaron la mar, que estaba a eso de tres millas de allí. Entonces no hubo a quien el corazón no se le estremeciera; más en seguida se acordaron de cuanto la dama Esperanza les había dicho, lo cual reconfortóles grandemente. A buen paso cabalgaron sobre la arena, siempre siguiendo el camino que tenían, hasta que, alrededor del mediodía, llegaron a la orilla del mar. Entonces se miraron y vieron la barca aparejada tal como habíales dicho la dama Esperanza, y reuniéronse los tres y tomaron consejo el uno del otro acerca de lo que debían hacer, mas Deseo habló el primero y dijo así:

Aquí habla Deseo al Corazón y a Largueza y dice así

«¿Es que miedo de algo tenemos?
Por nada, en verdad, tenerlo debemos.
¿Acaso no nos dijo bien Esperanza
Que si en ella tenemos confianza
Siempre nos protegerá
Y de todo mal nos guardará?»

Aquí habla el autor y dice que

A estas palabras, el Corazón puso inmediatamente pie en tierra, muy avergonzado y corrido por haber tanto temido, y marchó derecho hacia la mar y entró en la barcaza. Y sus dos compañeros en seguida hicieron lo propio y abandonaron todos sus caballos a sus pajes que los tomaron y se los llevaron en recompensa por sus servicios. Y, cuando los tres compañeros estuvieron en la barcaza, miraron arriba y abajo y allí encontraron a dos cortesés doncellas durmiendo, que esperaban gente a quien pasar al otro lado de la mar, pues para tal cometido habían sido asignadas por el dios de Amores, quien por hacer esto les pagaba con grandes emolumentos. Entonces se despertaron cuando oyeron a los caballos embestirse el uno al otro sobre la orilla de la mar, pues, cuando a los susodichos caballos les hubieron sido retirados los frenos de la boca y las bridas del cuello, y ellos se

vieron sueltos, ya que nadie les sostenía en aquel momento, comenzaron a embestirse fuertemente el uno al otro, tanto con las patas como con los dientes, y a relinchar y formar gran tempestad, y de su muy fuerte relinchar despertáronse las damas que dormidas estaban dentro de la barcaza, y los tres compañeros apareciéronseles de pronto en un extremo de la barcaza, y sus pajes también estaban allí para liberarlos un poco de sus armaduras y de las espuelas de sus pies. Y entonces las dos damiselas abrieron los ojos y comenzaron, como asustadas, a levantar sus cabezas y a mirar a ver qué ruido podría ser aquél. Y entonces vieron a los tres compañeros, que en la barca habían ya entrado, y, levantándose las dos de sus sitios, comenzaron a caminar dulcemente y a paso tranquilo, sin estar asustadas ni asombradas por nada, y acudieron a saludar al Corazón y a Deseo, y asimismo a Largueza, y cada uno de ellos devolvióles su saludo. Entonces ellas preguntaron a los tres compañeros qué aventura les había traído hasta aquella parte, y Deseo comenzó a decirles así:

Aquí habla Deseo a las dos damiselas y dice así

«Mi Señora Confianza y vos también, Espera,
Hasta aquí hemos venido sólo por voluntad nuestra,
Estos compañeros y yo, a rogaros que a bien tengáis
Pasarnos bien pronto sin que ningún reparo hayáis
Pues yo os prometo que habemos prisa tan grande
Que nunca tan apremiados hemos estado antes.
Nosotros muy bien os pagaremos y a vuestra discreción
Tanto que en ello no habréis, por Dios, causa de insatisfacción.
Y si mi nombre y el de los aquí presentes queréis saber,
Este ha por nombre el Corazón, a quien todos saben encarecer,
Y yo por nombre he Deseo, y el de la otra aquí es Largueza,
Y os solicitamos todos que a bien tengáis sin pereza
Pasarnos esta mar con rumbo hacia el dios de Amores,
Pues cada uno de nosotros espera de él sus favores.»

Aquí habla el autor y dice así

Y entonces, sin replicar, en obediencia a los ruegos de los tres susodichos compañeros, pusiéronse las dos damas a punto de buen lado para mejor nadar; y hermoso era verlas, pues tenían muy gentiles cuerpos. Después levaron el ancla e hicieronse a la mar, y tanta

prisa se dieron que en muy poco rato estuvieron muy alejados de las rocas, tanto que a duras penas podían ver la tierra ni el lugar de donde habían partido. Y siendo así que el Corazón contemplase a las dos doncellas mientras nadaban, tuvo piedad del gran trabajo que éstas se tomaban y presentóse y ofrecióse voluntariamente a ayudarlas, rogándoles que le dejaran un poco el remo en sus manos y le enseñasen cuanto había que hacer; y entonces Confianza dijo a Corazón sonriendo:

Aquí habla una de las doncellas, por nombre Confianza, al Corazón y dice así

«Corazón, que de repente mostráis voluntad plena,
Ya menester no es ni merece la pena
Que para bogar, ese remo en la mar coloquéis,
Pues, por mi alma, que de ello sólo un poquito sabéis.
Dejadme hacer, que yo ya soy veterana,
Como buena obrera es aquí mi hermana.
No paséis pena pues, que a buen puerto os conducimos:
Por corazones leales siempre nos desvivimos,
Mas, con quienquiera que sea, bien sabémoslo hacer.
¡No queráis entrometeros en nuestro quehacer!»

Aquí habla el autor y dice así

Así diciendo mientras juntos hablaban, y vista la mar que estaba limpia y clara, con una ligera y dulce brisa de aire fresco soplando que hacía estremecerse a la mar, la cual estaba en tan buenas condiciones como habríase podido desear, justo a punto para llevar la barca hasta la isla donde está el dios de Amores, las dos damas cesaron de nadar en seguida, sin detener la embarcación, soltaron la vela al viento, la cual estaba amarrada en lo alto cerca de la entena; rompieron las jarcias a las que la vela estaba atada y ésta expandióse por abajo y cogió viento. Entonces corrió la otra dama al timón para guiar el viaje y, de esta manera, la una se aplicó en gobernar la vela y la otra en dirigir el camino. Y los tres compañeros, que no habían reposado en tres días, durmieron tan profundamente y tan largamente que no se despertaron hasta que el viento se hizo tan fuerte que las olas comenzaron a crecer y la mar a engrandecerse y agitarse un poco, de tal manera que el bajel empezó a cabecear con fuerza de

un lado para otro con bastante rudeza; con cuyo cabeceo despertáronse los tres vasallos muy aturridos y casi enfermos. Entonces comenzaron a cambiar fuertemente de color, por lo que mucho se asombraron y no sabían qué hacer, hasta que Deseo no se pudo callar más y habló de esta forma:

Aquí habla Deseo lamentándose y dice así

«¡Ah, dulcísimo Dios, cómo Amor hace fatigar
A sus siervos leales, sin quererles dar
Hasta bien tarde reposo en su servicio!
Bien poco falta para que tenga por tonto
A aquel que a éste se entregue sin saber cómo.
¡Ah, cuánto tormento hay por todos sitios,
Por tierra y por mar! Ahora lo sé con suficiencia,
Pues lo veo y lo conozco por experiencia,
En tal estado que el alma fuera del cuerpo
A poco me sale, que yo querría estar muerto
Mejor que en este punto permanecer por más tiempo.
Y, sin embargo, otra intención yo no albergo;
Cualesquiera sean los males que soportar debamos,
Abandonar la tarea, ni por nada que veamos.
Dios nos conduzca y nos dé paciencia,
Pues todo será después tomado por proeza.»

Aquí habla el autor y dice

Y de esta forma, pues, se lamentaba Deseo, tal como arriba hemos oído, de la tormenta de la mar que le fatigaba sin reposo, y no solamente a él, sino a sus dos compañeros también, por más que éstos no decían palabra ni en modo alguno quejábanse; mas era porque de sus bocas no hubiese podido salir en verdad ni una sola palabra, de tanta angustia y dolor que sentían, y muy bien que ello se dejaba ver en sus rostros. Por lo que, cuando las dos damas marineras vieronles en semejante condición, hicieronles acostar a fin de que no se sintiesen tan mal, y así lo hicieron ellos a petición de las damas; verdaderamente acostáronse voluntarios, pues cierto es que en aquel momento tenían gran menester de reposo y alivio para sus cuerpos. Y a pesar de que en todo aquel día no habían bebido ni comido, esto no fue ahora ninguna razón para que ellos tuvieran apetito. Así pues,

acostados como estaban, soportaron mucho mejor la fatiga que la mar les causaba, aunque buenos no estaban ni aún cuando yacían. Así pasó todo aquel día hasta la noche, y cuando el sol estaba a punto de ponerse, el viento retiróse con el sol y ya no fue tan áspero como había sido, si bien las olas todavía estaban bastante altas y la mar aún no estaba del todo apaciguada ni tranquila; mas poco a poco volvió en sí, suavizándose de tal manera que, antes de que fuese de noche, verdadera noche oscura, el viento había cesado y la mar estaba calma. Y justamente entonces encontraron, sobre una roca junto al mar, a las dos damas Compañía y Amistad que pescaban con sendas cañas, y, cuando las dos damas marineras las vieron, en seguida las reconocieron de lejos y, llamándolas en alta voz, preguntáronles por qué estaban allí y qué podían hacer ellas. Y a los gritos de las dos damas despertáronse el Corazón, Deseo y Largueza, que elevaron sus cabezas y vieron las rocas y mucho se temieron que su bajel chocase contra las susodichas rocas. Entonces las dos damas marineras comenzaron a reir cuando vieron a los tres valvasores a tal punto asustados. Y una de ellas tomó la palabra y dijo así:

Aquí habla una de las doncellas llamada Espera y dice

«¿Qué teméis, gracioso y gentil Corazón?
Y también vos, Deseo, que leal sargento sois,
Y Largueza: decidme, ¿qué tenéis,
Que de tal manera os sobrecogéis?
Mujeres somos y miedo ninguno habemos,
Mas por ninguna razón tenerlo debemos,
Y vos los tenéis, que sois hombres aguerridos.
No paséis miedo: escuchad cuanto decimos.
Sabéis, pues ya lo veis, que el peligro ha terminado,
Pues a puerto tal hemos aquí arribado
Donde hermanas nosotras somos como en tierra.
Levantaos pues, y pensemos en la manera
Cómo beberemos y también comeremos:
Todo en su momento, cuando en tierra estemos.
Sobre la roca la noche es menester pasar,
Y permanecer: de nada vale aquí pesar,
Estas dos mujeres de cenar nos darán,
Como en su poder esté nos festejarán.
Gentes son y servidores leales

Del dios de Amores, como muchos saben.
Ahora descendamos sin hacer más demora,
Y reposemos aquí hasta la nueva aurora.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces descendieron los valvasores primero y las damas marineras después, y Compañía y Amistad recibieronles en su cabaña alegremente de muy buen grado, y diéronles a comer de cuanto entonces podíase encontrar allá: a saber, en lugar de pan tostado, pescado asado, el cual ellas llamaban entre sí Validire *. Y preguntóse el Corazón qué pescado podía ser aquél, pues bien le parecía que lo había visto semejante en Francia y en otras partes, mas no recibía por allí el nombre que ellas le daban. Entonces se dio cuenta la dama Amistad de cómo el Corazón se maravillaba con el nombre de aquellos pescados y díjole dulcemente:

Aquí habla una de las mujeres llamada Amistad y dice

«Sabed ahora, noble Corazón, y a bien tened escuchar
que este pescado aquí, que os veo degustar,
Caballa es llamado en Francia ciertamente,
El cual sabroso es, y muy sano para el amante
Que mal de amores ha. Cuando muy enfermo éste se halla
Sin duda le ha de sanar; y también esta ensalada
Que es de Dulce Respuesta y llena de medicina,
Para que a placer la comáis, pues dentro de la cocina
De Amor, el viernes, no se cuece otro pescado.
Comed de él sin reparos, que aquí tenemos sobrado.»

Aquí habla el autor y dice que

Los tres compañeros pusieron cada uno la mano en el plato sin más hacerse de rogar y comieron copiosamente y bebieron de un muy buen vino que allí había hasta que estuvieron bien satisfechos. Después levantáronse y, a la luz de la luna, contemplaron las rocas y también la mar. Más apenas tardaron Compañía y Amistad en coger

* La palabra Validire quiere decir intermediario. (N. del T.)

de nuevo sus cañas y cebar los anzuelos con una vianda que se llama Dones. Y, una vez que hubieron arrojado sus anzuelos a la mar, poco tardaron también en sacar de ella pescado en abundancia, tal como arriba se ha dicho, con lo que Deseo estuvo muy contento y no se saciaba de verlas pescar de aquella manera. Entonces preguntó Largueza a las susodichas pescadoras por qué no reposaban de noche y esperaban a que el día estuviese claro para mejor poder ver y poder pescar. Mas Compañía respondiéndole que él no entendía nada de aquello, pues aquel pescado era de una naturaleza y condición tales que abundaba más de noche que de día, y que por nada pescarían de día, pues no encontrarían ninguno, o extraordinariamente pocos, que no estuviesen escondidos sin a parte alguna ir. Al cabo de un rato, Deseo llamó a sus compañeros, rogándoles que tuvieran a bien acostarse y advirtiéndoles que la costumbre en la mar era tal que, aquél que quisiera en él navegar y marchar, habría de partir siempre dos o tres horas antes del alba, a saber, justamente a la hora en que la diana comienza a aparecer, la cual estrella es llamada en Francia *l'estoille journal* *, y que él bien lo sabía, pues otrora había navegado y marchado por mar en compañía de otros corazones. De manera semejante habló Confianza al Corazón y a su compañía también; y entonces Compañía y Amistad les rogaron dulcemente y los llevaron dentro de una cabaña que ellas habían hecho justo en aquel lugar para retirarse y reposar después de acabada su pesca, y, aunque pobremente fueron los susodichos compañeros alojados, no les faltó paciencia; y, sin embargo, los trabajos de la mar del día precedente hacían que su reposo pareciese mucho más sabroso y hartó más dulce a aquellas horas de la noche, y su albergue también más agradable, pues cierto es que, después de la fatiga, no hay lecho que duro esté; esto todos lo saben bien. Así que los susodichos vasallos descansaron y dejaron a sus anfitrionas pescar toda la noche a su voluntad. Y cuando llegó la hora en que la diana comenzó a mostrarse y a aparecer en el cielo, alta, reluciente y clara, Compañía comenzó a llamar a las muy dulces y agradables marineras, y éstas levantáronse e hicieron su barca a la mar, la cual habían depositado en tierra sobre una cala, a saber, en un lugar donde el viento no podía azotar, como en un puerto; y, después, aderezaron el mástil y amarraron la vela a la entena y la elevaron lo más alto que pudieron en el palo; también colocaron los remos en sus lugares. Y entonces despertáronse el Corazón,

* La Estrella de la mañana.

Deseo y Largueza, que todavía dormían, y, mientras ellos se vistieron, las dos doncellas subieron a lo más alto de la roca para observar el tiempo y ver si era bueno para hacer el viaje. Entonces vieron que el aire estaba limpio y puro, sin viento ni nubes, y que el día ganaba fuertemente a la noche, esclareciéndose de tal manera que la luna ya no tenía claridad que pudiese sobremontar al clarear del día, y ya los pajarrillos llamábanse el uno al otro. Además, la mar estaba llana y serena y no hacía rumor alguno, como si fuese un estanque. Las gaviotas comenzaron también a volar por encima de la mar, y otras trotaban sobre la arena menuda que era hermosura verlas. Tanto esforzóse el día que mandó a acostarse a la luna y a las estrellas, hasta que ya ninguna aparecía en el cielo; y entonces, cuando los valvasores vieron el día, sintiéronse un poco avergonzados por haber tardado tanto en ponerse a punto, vestirse y ataviarse. Salieron por la abertura que había en la cabaña, saludando a sus anfitrionas, las cuales devolvieronles cortésmente sus saludos. Después el Corazón preguntó dónde estaba Confianza, y Compañía díjole que se había ido con Espera, su compañera, hasta lo alto de la roca para mirar el tiempo. Mas Amistad, que allí estaba todavía pescando, dejó su caña y dijo a los tres vasallos que ella les aseguraba que tendrían buen tiempo, y que ese día no habría azar ni tormenta ninguna en la mar, con lo que los susodichos compañeros pusieron muy contentos y dieron gracias a Dios, pues mucho temían y recelaban, y no sin causa, el martirio de la mar, que el día anterior tanto habían probado y tan duramente que bien habían creído morir. Cuando Confianza y su compañera oyeron a los tres vasallos hablar y entendieron que eran el Corazón, Deseo y Largueza, descendieron de la roca y fueron rápidamente a la barca a esperar a los tres compañeros. Mas apenas tardaron el espacio de dos padrenuestros en llegar al lugar donde estaba el bajel los tres compañeros, acompañados de sus dos anfitrionas que conducíanles derecho a donde estaba la barca, y una vez allí saludaron a las dos marineras y éstas también a ellos y a sus anfitrionas y los susodichos compañeros entraron en la barca, mas sus anfitrionas permanecieron en la orilla. Entonces encomendáronse los unos a los otros muy dulcemente a Dios y los navegantes dieron gracias a sus anfitrionas, las cuales excusáronse por no haber podido atenderlos mejor aquella noche. Y en tal estado de cosas llevaron el ancla y las dos damas comenzaron a bogar suavemente, y la mar, que estaba en calma, llevaba dulcemente a la barca sin cabecear ni de aquí ni de allá y tanto avanzaron en bien poco rato y tanto se alejaron de las rocas, que las perdieron de vista. Mas ape-

nas tardaron en ver el sol, que se levantaba y comenzaba a relucir bello y claro, y el día fue hermoso lo mismo que la mar, que estaba bella, serena y agradable de ver, y ellos la miraban con placer. Y, mientras miraban a la mar como hacían, sus ojos divisaron a lo lejos una isla, cubierta, tal les pareció, por una nube azulada tan bella y clara que mirarla les daba gran placer, y que más parecía cosa espiritual que terrena. Entonces acordaron juntos tirar de los remos lo mejor que pudiesen derechos hacia la bella isla que veían; y las dos damas nadaron más de seis millas, que son dos leguas. Después reposáronse un poco y, mientras reposaban, miraron hacia la bella isla. El sol estaba ya alto y fuerte y había pasado ya la fuerza de la nube, de tal manera que brillaba de lleno sobre un hermoso castillo que había en medio de la isla, que resplandecía y relucía con tanta claridad que era cosa muy maravillosa de ver, tanto que lengua ninguna lo sabría decir ni pluma lo sabría escribir. Mas todo cuanto yo puedo deciros es que los tres compañeros, que lo miraban, tan embelesados se hallaban que no sabían dónde estaban, de tal manera estuvieron sorprendidos al ver el muy agradable y hermoso castillo y la muy bella y deleitable isla y la gran belleza de los edificios que allí había. Mas, tan largamente avanzaron y de tal manera aquel día, y navegaron las damas sin cesar con sus ojos siempre en el muy hermoso castillo, que el día declinaba ya y el sol se iba a acostar y perdía su claridad, y tan fijos tenían sus ojos en el bello castillo, que miraron y vieron que estaban a eso de una milla de distancia de la isla. Mas, aunque el sol ya no brillaba más, todavía no era noche oscura y había aún gran claridad como en los días de verano. Entonces miraron un poco más adelante en la isla y, como a eso de dos millas vieron la más bella iglesia, en su opinión, que criatura humana jamás pudiera ver, y, lo mismo que el relato os dice del hermoso castillo algo más arriba, no parecía que ésta fuese cosa terrena sino cosa celestial, pues tanto la iglesia como el recinto todo estaban fundados sobre una roca de diamante fino, y los muros estaban todos hechos por debajo de mármol oscuro y, por encima, de jaspe bello y claro, y estaba toda cubierta de láminas de fina plata delicadamente esmaltada de estrellas de azur, de forma que, cuando el sol brillaba sobre ella, verla era una gran maravilla. Y ahora el relato dejará de hablaros de la manera de los edificios de la iglesia, pues en ello mucho tiempo emplearía, y no es posible contaros todo ahora, mas será conveniente dejarlo para otra vez en que ello vendrá al caso, y así, el relato volverá a hablar de los tres compañeros, para contar parte de sus aventuras y poder llegar al fin de nuestra materia.

Aquí continúa el autor y dice

En este punto dice el relato que, cuando los tres compañeros, que estaban en la nave como ya os ha contado más arriba, hubieron divisado la muy bella iglesia, la cual les pareció estar bastante más próxima a ellos de lo que estaba el muy hermoso castillo del que el relato os ha hablado, acordaron con sus marineras tomar rumbo a la iglesia, pues bien parecían que no podrían abordar en seguida y que ya habrían hecho buena jornada si podían arribar de día; y además, todos estaban cansados y trabajados y tenían gran menester de comer, como aquellos que asaz derrotados estaban por los tormentos de la mar y no habían comido ninguno de ellos un solo pedazo de pan en todo el día. Esforzándose entonces las damas en tirar de los remos cuando Deseo, que gobernaba el timón, dijo al Corazón y a Largueza que tirasen ellos de los remos y dejasen a las damas reposar, y así lo hicieron, mas, en viéndolos tirar tan flojamente, Deseo no se pudo tener y comenzó a sonreír. Mas no lo supo hacer tan calladamente que el Corazón no se percatara bien de ello, el cual comenzó a enojarse un poco y díjole así:

Aquí habla el Corazón a Deseo y dice así

«Ahora Deseo, ¿de qué os reís?
¿Es que vais a hacer siempre así?
Cuando trabajos tengo más que descanso
Vos os burláis a cada paso.
Por Dios, que no me poné contento,
Que más bien estoy muy descontento,
Pues en lugar de confortarme
Tendéis a desanimarme.
Hacer tal no deberíais conmigo,
Que me tenía por vuestro amigo.
Yo no sé por qué lo hacéis,
Mas muy grandemente me ofendéis.
Nada en mis hechos habéis visto
De cobardía, yo insisto.»

Aquí habla el autor y dice que

A estas palabras, bien se dieron cuenta Deseo y Largueza de que el Corazón estaba enojado porque había visto a Deseo sonreír. En-

tonces Largueza hablóle, y a Deseo también, pues siempre mediaba para restablecer la paz entre los dos, y díjoles de esta manera:

Aquí habla Largueza al Corazón y a Deseo y dice

«¡Eh, vaya! ¿Adónde he llegado?
Cuando hayáis bastante disputado
Yo quisiera un poquito hablar;
De otro modo, no podría caminar.
No pensé yo, a fe mía,
Cuando Honor os hubo hecho tal otorgamiento
De que yo con vos vendría,
Que fueseis los dos tan imprudentes.
Uno se mofa, el otro se aflige,
Uno está pensativo, el otro de él se ríe.
Y el otro no tiene ninguna paciencia;
Vos parecéis no tener ciencia.
Si en vos no hay, bien es cierto,
Algo mejor comportamiento,
A despecho cumpliréis el cometido
Que tan alto habéis emprendido.
Corazón, poco a tu madre recuerdas,
Esperanza, cuando tan propensa
La cabeza tienes a enojarse
Por ver a las gentes reír y burlarse.
Y vos, Deseo, de más desgracia tenéis,
Cuando de nosotros la conducta habéis,
Que ningún comentario decís
De este, a mi juicio, tan bello país;
Y ahora, buen señor, por haber paz,
Habladnos de él sin más esperar,
Pues mejor ninguno lo sabría relatar
Que vos, para la verdad contar.
Nosotros marchando escucharemos;
Y todo mal talante con ello olvidaremos,
Pues compañeros que están en la misma empresa
No deben sostener tal querella.»

Aquí continúa hablando el autor

Y dice el relato que, a estas palabras, calláronse de firme los dos compañeros, el Corazón y Deseo, y pusieron a pensar que gran

agravio tenían, y que si hubiesen tenido vino en abundancia podía haberseles tomado por ebrios: primero el Corazón, por enojarse tan fácilmente, pues un poco malhumorado estaba, y después Deseo, por no haberles contado nada todavía acerca de la naturaleza del país adonde habían llegado, el cual él conocía de sobra, pues a otros muchos allí había conducido, así como por no haberles reconfortado. Entonces pensó Deseo que ya era hora de que les confortara un poco puesto que ya se hallaban fuera de los peligros de la mar; si bien no de los otros, de los cuales bastantes tendrían todavía, como más tarde oiréis aquí contar. Entonces hablóles, diciendo así:

Aquí habla Deseo al Corazón y a Largueza y dice así

«Señores míos, espero que no os displazca,
Y escuchar un poco os plazca.
¡Deberíais estar avergonzado,
Por Dios, Corazón, de estar tan enojado!
Vos creéis que de vos me mofo,
Cuando solamente juego o me solazo.
No es así, pues quien de vos burla hiciera,
Sabed que mucho me displaciera.
Mas demasiado mal genio habéis,
Que a nadie ver reír queréis.
Ahora dejemos eso y oídmme;
Deciros quiero cuanto acabáis de pedirme.
Y es en verdad esta isla que aquí veis
Del dios de Amores, que tan fértil es
De bienes todos y tan deleitable
Que sin duda es cosa notable.
Haya buen tiempo o viento o lluvia,
Por derecho ahí no hay quien se aburra.
Y quien se aburra, de allí bien pronto saldrá,
Pues Amor que allí se quede nunca permitirá.
Bien prefiere que haya fatigas y pesar
Por a la dulce Gracia conquistar.
Guárdate, Corazón, yo te suplico,
De alimentarte nunca de olvido:
Nada hay que Amor odie tanto
Ni le ponga más descontento,
Pues bien te digo que perderás

Todo cuanto esperabas hallar.
 Muchas más cosas sabrás
 Cuando a Amor puedas hablar,
 Mas volvamos ahora a la iglesia
 Que hemos visto tan bien puesta.
 Yo te digo que es el hospital
 Para a cada pobre amante leal
 Cobijar y dar las debidas atenciones.
 Por nombre tiene Hospital de Amores.
 Dentro podréis ver los cuerpos
 De muchos amantes leales muertos,
 Pues de los falsos ahí no hay ninguno,
 Fuera están bajo la lluvia, desnudos.
 Allí veréis muchos epitafios
 Que hechos parecen por gran milagro.
 Uno hay de fresca memoria
 Que hombre fue digno de gloria:
 Aquí yace el maestro Alain Charretier,
 Que tan bien el oficio del Amor llegó a conocer
 Que de él los más bellos versos hizo
 De cuantos luego de su tiempo fueron dichos;
 Y de otros tantos que no sabría
 Nombrarlos aquí, ni podría.
 Del hospital ya más no hablemos,
 Pues a alojarnos allí iremos,
 Y volvamos a ese castillo
 Que tan hermoso se nos ha aparecido:
 Es el bello castillo de Placer;
 Ahí es donde Amor su morada suele hacer.
 Hacer lo hizo más bello que ninguno
 Por el amor de la dama Venus.
 Mas de hablar de belleza cesaré
 Y por el presente más no diré;
 Si a Dios place vos lo veréis
 Mañana cuando allí estéis.
 Así que ya dejaré de hablar,
 Pues en marchar hemos de pensar.»

Aquí habla el autor y dice así

Dice ahora el relato que, al mismo tiempo que los tres compañe-

ros juntos conversaban, tiraban de los remos sin cesar y pensaban en bogar, pues la noche se aproximaba; y tanta prisa se dieron que, antes de que Deseo hubiese acabado de decir su razón, como habéis oído, tocaron tierra en la isla del dios de Amores. Y una vez allí, puso cada uno la mano en su bolsa para pagar a sus marineras, mas Confianza y Espera no quisieron tomar ningún dinero de ellos; antes bien ofreciéronse a hacerles el mismo servicio cuantas veces quisieran pasar y repasar de un lado a otro de la mar. Entonces despidiéronse de ellas los tres compañeros expresándoles su agradecimiento y ellas igualmente despidiéronse de ellos. Después los tres compañeros saltaron a tierra y abandonaron la nave, y comenzaron a caminar a buen paso derechos hacia el Hospital de Amores, el cual podían ver delante de ellos. Mas no habían andado más de una milla, que era la mitad del camino, cuando ya se hizo noche cerrada, y la luna comenzó a lucir hermosa, clara y limpia y, además, el camino era bastante bueno y batido, pues muchos eran los pobres enamorados enfermos que allí habían ido a terminar sus días. Sintieron asaz reconfortados los tres compañeros por la luna y el buen camino que tenían, y tanta prisa se dieron que, en muy poco rato, llegaron a la puerta del hospital; y allí encontraron a una dama anciana vestida asaz sencillamente, como con hábitos de religión, que estaba sentada delante de la puerta, y, si alguno me preguntase quién era, yo diría que era la dama Cortesía, la enfermera del lugar, que esperaba la venida de cualquier pobre enamorado para albergarse allí, pues de éstos a todas horas llegaban. Entonces Deseo saludó a la dama, pues bien la conocía, y hablóle de esta manera:

Aquí habla Deseo y dice así

«¡Cortesía, Dio os envíe
 Buena noche, buen año y buena alegría!
 Tres compañeros somos
 Que albergue solicitamos.
 Si a bien tenéis no rehusarnos
 Ni fuera del hospital echarnos,
 Pues somos de la partida
 De Amor y su compañía.
 Otrora me habéis reconocido,
 Yo soy Deseo, en todo lugar conocido.
 Ved aquí a mi compañero Largueza,

Quien jamás faltó a la promesa,
Y al Corazón, que no conocéis;
Pronto de sobra le conoceréis.
Ahora alojadnos sin contradecirnos,
Y no queráis despedirnos.»

Aquí habla el autor y dice así

Cuando la dama Cortesía, la enfermera del lugar, oyó y entendió que eran Deseo y Largueza, a quienes ella sabía verdaderos servidores del dios de Amores, soberano fundador de su hospital, huelga preguntar lo contenta que se puso, y en seguida levantóse de su asiento y vino con los brazos tendidos a Deseo y a Largueza, y, de la gran alegría que tuvo, permaneció un buen rato sin poder hablar. Al cabo de un rato, cuando hubo recobrado el habla, preguntóles de dónde venían, adónde iban y también quién era aquél que iba con ellos, pues asaz le parecía ser hombre de bien, y por tal le tenía puesto que en su compañía marchaba. Y Deseo contóle todo el asunto y la empresa que el Corazón había iniciado, bajo su consejo, de la conquista de la muy dulce Gracia, y contóle todas las aventuras que habían tenido desde el comienzo de la susodicha empresa, y cómo habían tomado a Largueza en su compañía en el campamento de Honor, pues bien pensaba que de ella habrían todavía menester para llevar a cabo la conquista. Entonces santiguóse Cortesía de toda la maravilla que había oído, y díjose a sí misma que Deseo era sin duda un verdadero servidor del dios de Amores, que hombre tal como el Corazón le había conquistado y semejante empresa le había hecho acometer. Entonces rogó a los tres que entrasen en el hospital y quiso llevarles a la cámara de la dama Piedad, la priora del lugar, mas, mientras hacia allí iban, econtráronse con ella, la cual, con una antorcha en la mano, iba pasando revista a los enfermos del lugar, de los que gran número había en el mismo; y, la mayor parte de éstos estaban enfermos de las heridas que Orgullo y Rechazo les habían hecho, como los tres compañeros oyeron después contar a la dama Piedad, la priora. Así que, mientras ésta visitaba a los enfermos y hacía les cuidar y sanar lo mejor que podía, hete aquí que la dama Cortesía, deseándole buenas noches, presentóle a los tres compañeros, el Corazón, Deseo y Largueza, y contóle cuanto ella había sabido de su estado, de sus personas, del Corazón y de la conquista que éste había emprendido bajo la exhortación de Deseo. Entonces la dama Piedad recibióles con benignidad

y en seguida reconoció a Deseo y a Largueza, pues otrora habían visto en el albergue del dios de Amores, mas al Corazón no lo conocía; y, no obstante, como ella vio por su semblante que era hombre de bien y bello jovenzuelo y que iba, además, en compañía de los otros y era el cabeza de la empresa, tal como había oído decir a la dama Cortesía que todo le había contado, dióle también muy buen recibimiento, y, después que hubo visitado a los enfermos, hizoles venir a los tres a su habitación y comenzó a hablar y a platicar con ellos. Mas Deseo, que atrevido era e íntimo de la dama, díjole que más tenían menester de comer que de conversar, pues no habían comido nada en todo el día y habían padecido, además, grandes fatigas y trabajos. Entonces contóle de cabo a rabo todo su asunto y todas las aventuras y fortunas que les habían acaecido. Y la dama Piedad, la priora, mandó preparar una mesa para los tres compañeros e hizoles sentar y sirvióles gran abundancia de buenas viandas que ellos comieron con gran placer, pues grande era su hambre. Mas, antes que nada, el Corazón hizo se despojar de toda su armadura, pues, a pie y todo como iba, jamás quiso desprender de su coraza ni de su bacinete ni de su buena espada, armas de las que Deseo tuvo a bien armarle en el comienzo de su empresa, como ya habéis oído anteriormente. Cuando cada uno de ellos hubo comido y bebido a su satisfacción, las mesas fueron retiradas y las damas Piedad y Cortesía se aproximaron a los tres compañeros y comenzaron todos a conversar acerca de la empresa, y Deseo, quien había ya hablado antes un poco con sus compañeros y a quien bien parecía que debían tomar un poco de consejo de sus hechos con las dos damas, comenzó a hablar a éstas, pues mejor las conocía y más amistad tenía con ellas que ninguno de los otros, y dijo de esta manera:

Aquí habla Deseo y dice así

«Mi señora Piedad, la priora,
Del buen hacer sois curiosa,
Y vos, Cortesía, la enfermera,
Fama no tenéis de ser orgullosa.
Ved aquí al Corazón Prendido de Amor
Hombre joven y de tan alto valor
Que atrás dejó toda otra empresa
Para emprender la conquista
De la muy dulce Gracia

Por completo a mi simple instancia.
 A hacerlo le insté para vasallaje rendir
 Al dios de Amores a quien quiero servir,
 Y Largueza y yo le llevamos
 Y compañía le damos.
 Mas porque nosotros sabemos bien
 Que amáis siempre el honor y el bien
 Del alto y poderoso dios de Amores,
 Como vos lo habéis mostrado en todas ocasiones
 Desear debéis el bien nuestro
 Tan cierto como el padrenuestro.
 Os rogamos nos deis consejo,
 Pues del vuestro no conozco parejo,
 Qué camino hemos de andar
 Y cómo podremos llegar
 A aquello que hemos de hacer
 Y allí adonde ir nos es menester,
 Para encontrar a la dulce Gracia,
 Que aquí, mejor que nada, quisiera yo que se hallara;
 Pues, con que vos nos queráis ayudar,
 Seguros estaremos, sin apenas tardar,
 De poder llevar a cabo nuestra aspiración
 Sin apenas tener de ello miedo ni temor.
 Tened a bien, pues, hacerlo por nos,
 Y nos a Dios rezaremos por vos.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces la dama Piedad meditó un poco y, al cabo de unos instantes, díjole a Deseo que aquella noche pensaría en cuanto habíale dicho, y que al día siguiente, después de la misa, le daría una respuesta, pues ahora era demasiado tarde y bien era hora ya de acostarse. Entonces ordenó a la dama Cortesía que les hiciese preparar camas de acuerdo con los requisitos de su estado, y ella lo hizo con gran presteza, como aquella que siempre desea complacer a toda gente de bien: encendió una antorcha y llevóles a acostarse, y todo muy bien para su reposo, y después deseóles buenas noches una vez que los hubo dejado en su habitación. Mas el Corazón, que hartado de ver el cementerio del lugar y también de hacer amistad con la dama Cortesía, la enfermera, hablóle a ésta devolviéndole su saludo y díjole así:

Aquí habla el Corazón a la dama Cortesía y dice así

«Señora, tan buena noche Dios os dé
 Como yo para mí quisiera tener.
 Mas una cosa os quiero yo rogar,
 Si me la quisierais otorgar;
 Que a bien tengáis mostrarme mañana
 La sepultura del que fue maestro Alain.
 Siempre yo lo deseé desde mi infancia,
 Pues él era del país de Francia;
 Y también el cementerio grande
 Donde muchos cuerpos en sus ataúdes yacen,
 Si me lo quisierais mostrar
 A fin de poderlo más tarde contar.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces la dama Cortesía respondió al Corazón que muy voluntaria atendería a tales peticiones, pues ella era asaz complaciente. Y luego deseóles todavía una vez más buenas noches y se fue a acostar, y los tres compañeros se acostaron y durmieron muy a placer, como aquellos que camas tenían según el estado de su cuerpo las requería, y que cansados y trabajados estaban de la jornada que habían tenido y no habían dormido nada, o bien poco, la noche anterior, a causa de los tormentos de la mar que habían sufrido. Por la mañana, al despuntar el alba del día, Deseo despertó el primero y, después, llamó a sus compañeros que todavía dormían. Estos levantáronse en seguida, arregláronse, salieron de su habitación y vinieron al centro del hospital; mas, cuando allí llegaron, encontraron a la dama Cortesía que ya estaba levantada y administraba a los pobres enamorados enfermos cuanto necesitaban y estaba en su poder. Y en seguida saludóles y dioles los buenos días, y los tres compañeros devolviéronle su saludo. Recordóle entonces el Corazón su promesa diciéndole que, en espera de que la dama Piedad se levantara y la misa estuviera preparada, tuviera a bien llevarle a ver el cementerio tal como le había prometido. Entonces la dama Cortesía tomóle de la mano y llevóle detrás de la iglesia, y Deseo y Largueza siguiéronles, y, tras mucho caminar por claustros, salas y jardines, llegaron al portal del cementerio, el cual era extraordinariamente alto, grande y ancho, y delante del cual habían una bóveda antigua hecha de piedra de alabastro muy

blanco, con una largura de casi cien pies y una anchura de veinte, bajo la cual había blasones bastante ricos, grandes y hermosos enclavados contra el muro, y las divisas de algunos de aquellos a quienes pertenecían los susodichos blasones con los nombres, títulos y señorios y la causa por la cual habían pasado o venido en viaje hasta allí. Entonces los tres compañeros detuvieronse en completo silencio, y el Corazón, más que ninguno, comenzó a mirar y remirar a ver si conocía a alguno; mas, al primer golpe de vista, sus ojos pusieronse sobre el blasón de César, el muy poderoso emperador y valeroso conquistador, el cual blasón era de oro con un águila de sable ¹ o de dos cabezas, y la parte superior era de gules ² con cuatro letras de oro entre cuatro puntos, a saber, S.P.Q.R. Semejantemente estaban figuradas a la manera antigua y de tal forma como aquí debajo podéis ver; debajo de cuyas armas había escrito, como en epitafio y en letras y lengua romana, lo siguiente:

Aquí se sigue la forma y manera de los versos escritos bajo el blasón de Julio César, que dicen así

Yo, Julio, llamado César, del ejército conductor,
Así como de la república primer ostentador,
Poderoso y temido y conquistador aguerrido,
Antes de que hiciese de miedo temblar al mundo,
Otrora vine aquí a hacer al dios de Amores homenaje,
Con muy humilde actitud y piadoso coraje,
Convirtiéndome en su súbdito por causa de Cleopatra,
La muy noble reina de Egipto, que una vez me asestara
El golpe de ardiente dardo que me hirió en el corazón;
Abandonando por ello todo valor y el uso del honor,
Conquistas y proezas y los nobles hechos de armas.
Para llevar vida ociosa aquí yo he puesto mis armas.

Aquí habla el autor y dice que

Después del blasón del muy noble y victorioso emperador, dice el autor que el Corazón, a mano derecha, un poco más alejado que la largura de un aliso a la medida de París bien librada, vio un blasón del imperio, sobre el cual había una corona de emperador, y dicho blasón era un poco más de un pie más ancho y largo que el de Julio César, y parecía de más fresca hechura que el del susodicho Julio,

aunque apenas un poco más solamente. Estaba también hecho a la manera antigua y no había letras en su parte superior como habíalas en el otro, ni era esta parte superior de gules, de manera que el escudo era todo liso solamente con las armas del imperio; y debajo de él había escrito, en antigua letra lombarda, lo que aquí se sigue:

Aquí están los versos que había escritos bajo el blasón de Augusto César, los cuales dicen así

Nos, Augusto César, de los romanos emperador,
Y del universo solo soberano y señor,
Teniendo otrora a los buenos en dulzura y razón,
Así como a los malos en paz y gran temor,
Aquí vinimos obligados por la fuerza y el rigor
De Amor, a quien reconocemos nuestro más grande señor,
El cual nos ha forzado y abrazado con ardor
A aquí poner nuestro blasón como suyo servidor.
Y así aquí lo tenemos, mas sin otro procurador
Por aquella de quien fuimos esposo y verdadero pastor,
La bella Livia, y del gran amor
Seguros podéis estar que fue maestro conductor.

Aquí habla el autor y dice que

Un poco más abajo que el blasón de Augusto César, junto al del susodicho Augusto, dice el relato que estaba colocado el blasón de Nerón, el muy felón y cruel emperador, en el cual había, sin mudar ni cambiar, un escudo semejante al del susodicho Augusto; y la única diferencia era que, en el círculo de la corona, había escrito en letra romana de muy antigua hechura lo que sigue, a saber, FLAGELUM DEI*, y, debajo, en el epitafio, estaban escritos los versos que aquí se siguen:

Aquí están los versos que había escritos bajo el blasón de Nerón el emperador

Nerón el emperador soy, quien en despecho y orgullo
El tiempo que yo he reinado fuertemente he delinquido,

* Azote de Dios. (N. del T.)

Teniendo en poco a los Romanos que vivían bajo mi dirección
Y queriéndoles dominar mediante mi cruel confusión,
Y, no obstante haber sido despiadado y orgulloso,
He sido también vencido por los asedios amorosos
De la bella romana que por nombre tuvo Crispina.
Mi poder no fue contra esto bastante medicina,
Pues el dios de Amores quiso que yo le hiciese homenaje,
Como prisionero suyo, a quien yo debo vasallaje.
Y he puesto aquí mi blasón, que es significancia
De que en el amor he puesto demasiada confianza.

Aquí habla el autor y dice que

Siguiendo siempre en esta misma fila, estaba, después del blasón
de Nerón, el de Marco Antonio, emperador de los Romanos, seme-
jante a los otros que he descrito aquí arriba; y éste tenía escritos de-
bajo los versos siguientes:

*Aquí se sigue la forma y manera de los versos que escritos estaban
bajo las armas de Marco Antonio, emperador de los Romanos*

Marco Antonio emperador soy, el sabio y prudente,
Buen filósofo fui y además, parejamente,
Singular orador y hablador elocuente.
Yo, que en grandes bienes abundé largamente,
Con toda mi ciencia y el dulce parlamento
Que con el dios de los Amores tuve tan graciosamente,
No he podido resistir acabar haciendo presente
De mi blasón, por mandato vehemente
De la bella Faustina, por la que me vi talmente
Sorprendido y abrazado, que vine diligentemente
Al Hospital de Amores a entregarme benignamente
Para que puedan ver mi caso después de mi muerte.

Aquí habla el autor y dice que

En la banda opuesta a los susodichos blasones, tan alto o más,
estaba el escudo del muy santo rey David bajo la corona de oro, el
cual escudo era de azur³ con un arpa de oro guarnecida de treinta o
cuarenta cuerdas de plata. Y debajo de él había unas letras escritas en

hebreo de las cuales su significado no sabría yo decir; mas, debajo de
éstas había escritos en francés unos versos que son, ni más ni menos,
tal como aquí se sigue:

*Aquí están los versos escritos bajo las armas de David, rey de
Judea.*

David, rey de Judea, tal fue mi propio nombre.
En poder y en virtud tuve bastante renombre,
Y en muchos lugares en batallas he triunfado.
Sabio y prudente yo fui y de Dios bien amado;
Mis hechos durante mi vida acostumbraban a elogiar
Y ahora después de mi muerte bellos son de relatar.
A pesar de por mi virtud a Goliat haber matado,
Al dios de Amores yo me vi obligado y atado,
El cual me hizo intimación a que homenaje le hiciese,
Excusarme de ello no pude, menester fue que aquí viniese.
Por la bella Uriana me vi a venir aquí forzado,
Trayendo mi blasón conmigo, como Amor me ha conminado.

Aquí habla el autor y dice que

En un lugar más honorable, más que ninguno de los otros blaso-
nes, tanto fuesen de emperadores como de reyes, había, de reciente y
fresca hechura y muy ricamente y auténticamente coloreado con pin-
tura nueva, un ciervo volante, blanco como la nieve, cuyas alas esta-
ban coloreadas con plumas verdes, blancas y rojas. Dicho ciervo tenía
sobre su larga cornamenta altamente posada una corona de oro car-
gada de pedrería rica y resplandeciente, cuyos florones aparecían
abiertos aquí y allá y hacían una sombra extraordinariamente remar-
cable. Y en su cuello había una guirnalda anudada bajo la garganta,
amplia y copiosa, hecha de azur puro y fino con tres flores de lis de
oro grandes y relucientes y también fuertemente realzadas; y del su-
sodicho ciervo sobresalían más de las tres cuartas partes del cuerpo,
como si quisiera volar o saltar, lanzándose desde un rosal verdeante
cuyas rosas estaban abiertas por algunas partes y eran blancas como el
lis. Bajo el susodicho ciervo había escritas unas letras todas de oro,
las cuales, por verdad decir, no era posible leer desde tan lejos; tan
alta había sido hecha la pintura. Así que de ellas no sabría en verdad
el relato qué contar; por lo que en este punto deja de hablar de ellas
y sigue hablando de los muchos otros blasones y, en primer lugar:

Aquí dice el autor que

Mirando todos aquellos blasones, los ojos del Corazón descendieron un poco, como el autor cuenta, reparando en un escudo sin corona, el cual era de gules con un dragón volante de oro, unglado y dentado de plata, hecho de mosaico, y estaba ya el susodicho escudo medio descolorido por la vejez y casi todo deslucido; y había debajo del mismo escritas unas letras antiguas que decían así:

Aquí están los versos escritos bajo las armas de Teseo

Teseo soy, que valor y renombre he tenido,
Muchos países he conquistado y a mi yugo sometido,
Y con mis manos maté y destruí a ultranza
Al cruel Minotauro, para luego hacer alianza
Con Hércules; entonces fuimos con gran imprudencia
Al infierno a provocar con nuestra fuerza
Al gran perro rabioso que, por justa disposición,
Fue nombrado Cerbero. Sin embargo, la frecuentación
De Ariana y su hermana Fedra, la blanca y bella,
Me ha conquistado y ganado y me ha dado licencia
Para traer mi blasón, si guardáis recuerdo
De que Amor da a la vez placer y descontento.

Aquí habla el autor y dice que

Enfrente del susodicho escudo había otro casi tan antiguo y de forma semejante, si bien las armas eran diferentes, pues este escudo era de sable con un águila de oro, debajo del cual había también escrito lo siguiente:

Aquí están los versos que escritos había bajo las armas de Eneas, el troyano

Eneas el troyano soy, hijo de Anquises, mi padre,
Tal como he oído contar a Venere mi madre,
Quien entre los troyanos de gran renombre gozó.
Mas en sus estrechos lazos Amor a mí me encadenó,
Por lo que obligado estuve dos veces a hacer el viaje
En el que penosamente vengo en peregrinaje;

Pues Creusa fue para mí la primera obligación,
Por la cual lloré después lágrimas a discreción,
En el país de Italia, cuando Troya abandoné
Y la muerte de Creusa supe, a quien tanto amé.
Fue después el amor de Lavinia, hija del rey Latino,
La causa por la que aquí mi blasón he pendido.

Aquí habla el autor y dice que

De otro lado había un gran escudo, pendido en la pared de los otros, cuartelado ⁴ de oro y azur; mas, como dicho escudo estoviesse mucho más alto que ninguno de los otros, fuesen éstos tanto emperadores como reyes, dice el relato que el Corazón lo miró como maravillado. Entonces se puso, sin hacer pausa alguna, a leer los versos que debajo había escritos, los cuales decían así:

Aquí podéis ver los versos que escritos estaban bajo las armas de Aquiles y que dicen así

Aquiles tengo por nombre, y en el tiempo en que reiné
De proezas y gran renombre la fama yo ostenté.
Muerte di con mis dos manos a Héctor, yo lo maté,
Y otros hechos llevé a cabo donde mi fuerza probé.
En el tiempo en que yo reiné a muchos hombres encontré
Que a mí me desafiaron, de los cuales me vengué,
Mas sin embargo me vi, nunca yo lo oculté,
Sometido al dios de Amores, pues yo fui, habéis de saber,
Vencido por Políxena, a quien tanto yo amé
Que a este hospital me vine y con mi blasón cargué,
Y encima del portal humildemente lo afirmé.
De tal modo me embaucó Amor como contado he.

Ahora habla el autor y dice que

Junto al escudo de Aquiles había otro escudo, con el tercio más abundante, de extraña manera, más en forma de tarja que de escudo, el cual era de gules con tres columnas sobre basamento todas de oro; y debajo del susodicho escudo o tarja estaban escritos los versos que aquí se siguen:

Aquí están los versos que escritos había bajo el blasón de Hércules, los cuales decían así

Hércules fui llamado, el fuerte y valeroso,
Y de Jove fui hijo virtuoso y poderoso,
Y mi madre por nombre tuvo la dulce Alquimena.
De gran fuerza estuve lleno, por lo que el miedo de mí
[grande era
Mas a pesar de mi fuerza, obligado me vi un día
A rendir al dios de Amores servidumbre y pleitesía,
Por Janua, mi mujer, que tal tiene ella por nombre,
Cuyo amor hizo preciso que mi blasón aquí aporte
Y lo ponga en el portal cortés y gracioso
De este albergue llamado el Hospital Amoroso.
Aquí tendrá su lugar aquel a quien Amor sorprende,
Tómelo de buen grado quien quiera, Amor que así se
[haga quiere.

Aquí habla el autor y dice que

Un poco más abajo y más a mano derecha había un escudo hermoso de antigua hechura, si bien las figuras que dentro había eran muy maravillosas y extrañas a los ojos, pues dicho escudo era de azur con tres sapos rampantes de oro fino; y debajo de él estaban escritos los versos que aquí se siguen:

Tales palabras, o semejantes, había escritas bajo las armas de Paris, diciendo así

Paris es mi justo nombre, el bello y gracioso,
El muy noble pastor, dulce y melodioso,
E hijo soy del rey Príamo, de virtud y poderoso;
Aquél que de las diosas tuvo el don de ser virtuoso.
Yo, presentando la palma sobre aquellos todos
Que de servir a Amor estaban envidiosos,
Diciendo que a ninguno de ellos me aproximo en ser hermoso.
Digno fui de tener dama y en armas muy valeroso,
Mas el apetito de amar se me hizo tan sabroso
Que, lánguido y pensativo, venir aquí fueme forzoso
A poner mi blasón aquí, de excusa ninguna gozo,
Por Helena, la bella, de la que fui tan amoroso.

Aquí habla el autor y dice que

En la otra banda había un escudo muy semejante, no igualmente figurado mas de pareja grandeza, el cual era de plata con un león de gules sentado en un púlpito de azur, estando el susodicho león senitado, lenguado y unglado de oro; y bajo dicho escudo aparecían los versos escritos aquí debajo:

Aquí están los versos que escritos había bajo las armas de Troilo

Troilo fui llamado, y en mi tiempo he tenido
Bastante fuerza y belleza y hombre poderoso he sido.
Muchas proezas hice, de las que se suele hablar,
Y de hechos de armas muchos que muy bien saben alabar.
Mas a pesar de todo esto, yo he sido combatido
Y asaltado por Amor, y a ultranza vencido
Por Criseida, quien mi corazón de tal modo ha arrebatado
Que en sus brazos fuertemente fui apresado y cautivado,
Por lo cual el dios de Amores querido ha que me disponga
A venir a este portal y mi blasón aquí ponga.
Hasta aquí, pues, lo he traído cumpliendo con mi deber
Y aquí lo he colocado donde todos lo puedan ver.

Aquí habla el autor y dice que

Al otro lado había otro escudo de plata con una cabeza de jabalí de sable, debajo del cual estaban escritos los versos siguientes:

Aquí están los versos que escritos había bajo las armas de Diómedes

Diómedes Karaf*, así se me llamó,
Poderoso y Virtuoso, mucho se me temió,
Y en más de un combate cruel mi cuerpo su fuerza probó
Mas fui siervo de Amor, quien hacia mí se desvió,
Por amar a Criseida, a quien Troilo se llevó,
Y siendo de ella su amante, ella luego le engañó,

* Karaf: ¿mago? (N. del T.)

Pues de su propia voluntad nunca allí permaneció,
 Que con mis manos ^{me} la quité, tal como ella lo ordenó.
 El fuego ardiente de Amor por ella me abrasó,
 De tal manera que a venir a este lugar me obligó
 Para traer mi blasón, así hacer él me mandó,
 Y a este hospital aquí finalmente me envió.

Aquí habla el autor y dice que

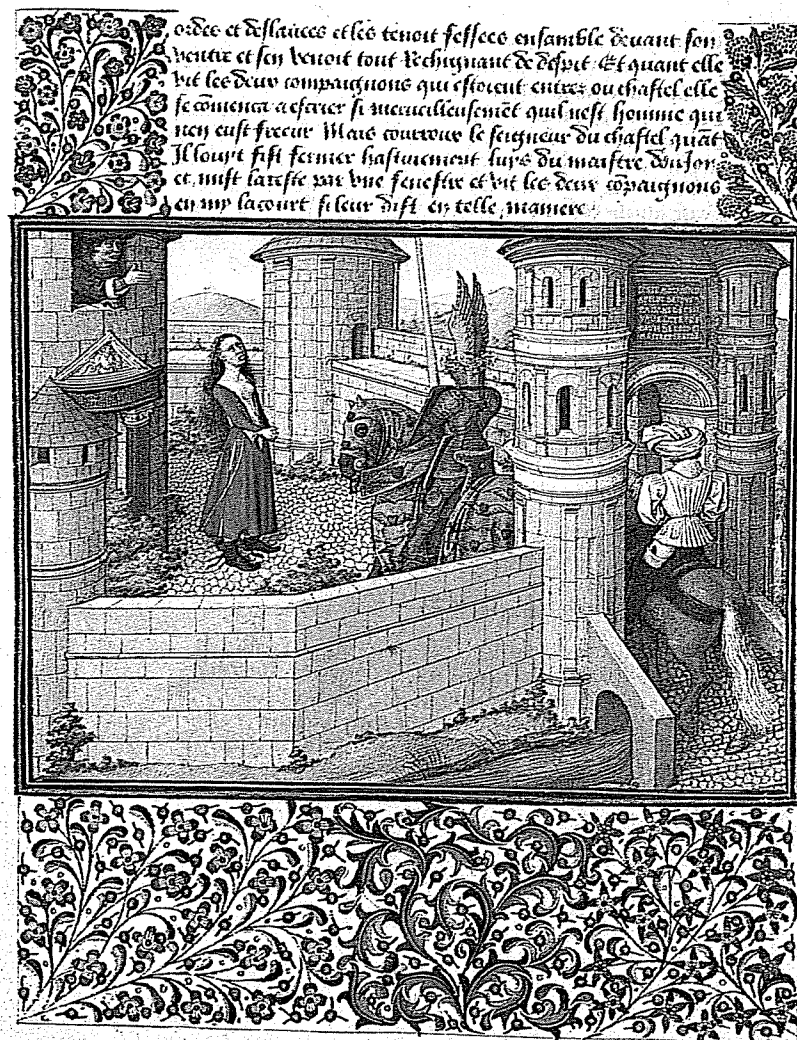
Cerca del susodicho escudo, había otro mucho más antiguo, el cual era de oro con una cabeza de león de gules, lengua de azur y dentada de plata; y debajo de éste aparecían escritos los versos siguientes:

Aquí están los versos que escritos había bajo las armas de Demofontes

Mi nombre es Demofontes, rey griego esforzado y
 [valiente,
 Y en el tiempo en que yo fui de dicha tierra reinante
 Todo cuanto es placentero amaba de buen corazón,
 Y también tuve bastante de fuerza, poder y honor.
 Grandes riquezas tenía, súbditos y gran haber,
 Mas sin embargo me quiso el dios Amor someter.
 Hombre adicto suyo fui, súbdito y servil,
 Por el amor de mi mujer, cuyo nombre fue Filide.
 Tanto me vi a él subyugado que hacer me fue preciso
 Con mi blasón presente homenaje y sacrificio.
 Yo mismo lo traje aquí y lo puse sobre la puerta;
 Aquél a quien Amor domine, preciso será que con el
 [suyo venga.

Aquí habla el autor y dice que

Sobre uno de los recuadros de la susodicha bóveda había, más a la vista y a la luz del día que muchos otros que aquí y allá colgaban sobre la puerta, un escudo hermoso y amplio, bastante fresco aunque no demasiado, el cual estaba bandado ^s de plata y de gules; bajo dicho escudo había escrito lo siguiente:



Tales eran las palabras escritas bajo las armas de Lancelot del Lago

Lancelot del Lago soy, y de buena fama he gozado
 Con las armas, en tanto que hombre nato.
 En mis tiempos muchos ejércitos he conducido y guiado,
 Y muchos pabellones he conquistado por esos prados,
 Y a muchos combatientes el alma del cuerpo he quitado.
 Numerosa era la gente a quien mi fuerza ha asustado,
 Y mi vida siempre todos han alabado y honrado.
 Mas el fuerte dardo de Amor toda mi fuerza ha cambiado
 De valentía a deseo, de proeza a estar obsesionado
 Por la bella reina que Ginebra han llamado,
 Por la que mi ser fue tan prendido y abrazado
 Que mi enseña yo he aquí sobre este portal posado.

Aquí habla el autor y dice que

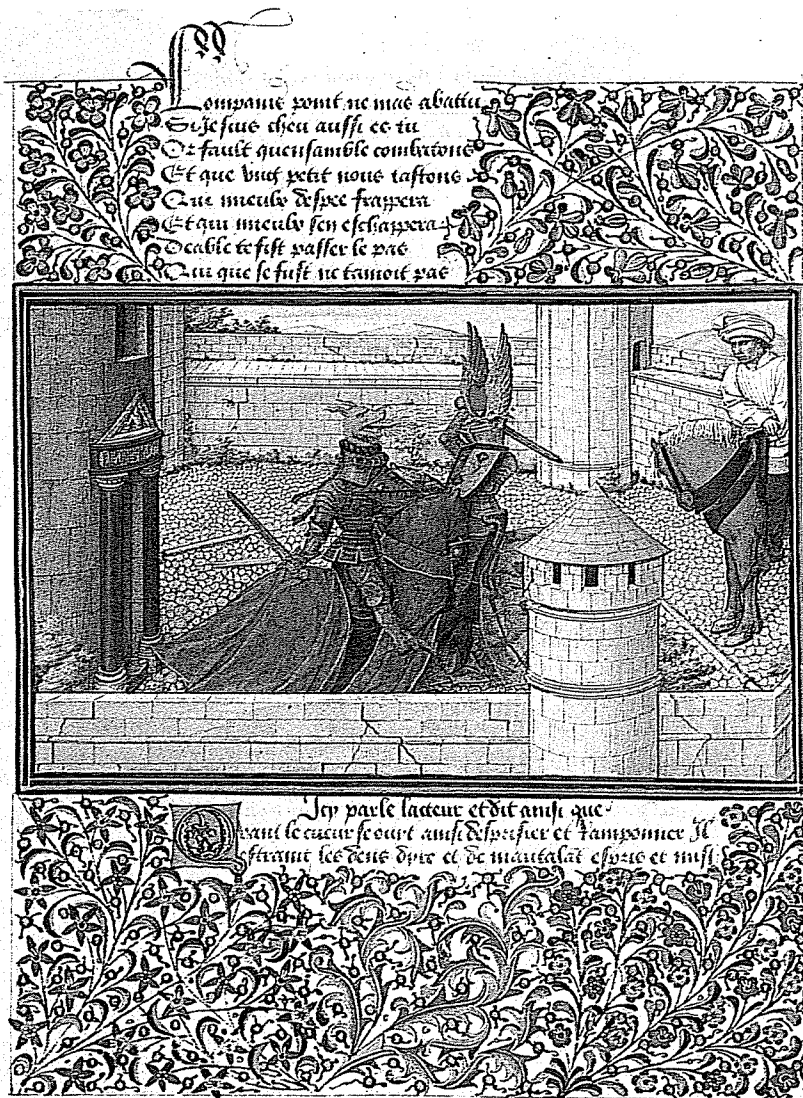
Junto al escudo precedente había otro escudo de oro con una
 banda de púrpura en *benouye*, bajo el cual había escrito lo que aquí se
 sigue:

Así decían las letras que bajo las armas de Tristán había escritas

Yo fui llamado Tristán, de quien todos saben su vida,
 De la fuerza que yo tuve muchos hubieron envidia.
 Yo estuve en muchos pasos donde fuerte se gritaba
 Mi grito por valentía que en mí se encontraba.
 No encontré a hombre nacido, cuando armado me sentía,
 Que a la muerte no llevase si mi partido no había.
 Ahora el tiempo ha llegado en que el dios de Amores me ha
 En persona convocado a venir hasta acá
 Como prisionero suyo y a obediencia rendirle.
 Yo, con todo mi poder, no he podido resistirle;
 Mi blasón habré de tener siempre en este hospital
 Por el amor de Yseo, reina de Cornwall.

Aquí habla el autor y dice que

De más nueva hechura, bajo los dos escudos precedentes, había
 otro escudo pendido, el cual era negro, goteado de lágrimas blancas y



sin otra diferencia salvo que el recuadro sobre el cual estaba posado dicho escudo estaba pintado con las armas de Galicia, a saber, de gules con copas de oro, y el campo estaba sembrado de tréboles de oro también. Bajo el susodicho recuadro estaban escritos los versos que aquí se siguen:

Aquí están las palabras que escritas había bajo las armas de Pontus, y que decían así

Pontus tengo por nombre, de quien todo el mundo habló
En el tiempo que estuve vivo; y mucho se me temió,
En muchos palacios de nombre mi valor se relató,
Muchas cosas emprendidas, por las que honor se me dio;
Grandes hechos de armas hice, y en el bosque que recibí
El nombre de Brecilant mi fuerza bien se probó.
Más de nada me valió, pues mi corazón se dio
Al servicio del amor, cuyo dios me ordenó
Que viniese hasta él, y su súbdito me nombró.
Y poner mi blasón en el portal me mandó,
Por Sidoina, hija del rey que gobernó
La pequeña Bretaña por el tiempo en que él reinó.

Aquí habla el autor y dice que

Al lado de éste, había un escudo de azur con tres coronas de oro, bajo el cual estaba escrito lo que aquí debajo podéis ver:

Esto había escrito bajo las armas del pequeño Arturo, duque de Bretaña

El pequeño Arturo soy, y fui duque de Bretaña,
Y a muchos nobles vasallos llevé bajo mi enseña.
De gentiles mujeres hice en mi tiempo gran rechazo:
Damas, damiselas e hijas de duques poderosos,
Y de condes también, que bien las pude tener
Si de ser amante de ellas hubiese hecho mi deber,
Mas nunca tuve yo a bien en tal cosa consentir.
Y, sin embargo, Amor me ha hecho su dardo sentir,
Pues abrazada fue mi persona y prendida
Por aquella por quien mi enseña aquí fue un día traída;

Jeannette de l'Estang era su propio nombre,
De casa sencilla y padres bastante pobres.

Aquí habla el autor y dice que

Muchos otros escudos y adargas moriscas y tarjas de Alemania había en el susodicho portal, por arriba y por abajo, de un lado y del otro, sin número y en tan gran cantidad que posible no sería numerarlos, en los cuales había muchas y divertidas figuras y escrituras debajo, en letra griega y en letras moriscas, en alemán, en latín y en inglés, en español, en lombardo, en francés, en húngaro, en bohemio y en muchas otras lenguas, ya borradas, tanto que no sería posible leerlas ni contar acerca de ellas. Y, por esta razón, el autor guardará silencio en torno a ellas, mas tendrá a bien recitar, entre otras, las de un escudo rico y gentil del que el Corazón ansiaba saber a quién podía pertenecer, pues era de azur con tres flores de lis de oro y sobre la cabeza había tres lambeles ⁶ de plata, y estaba, el susodicho escudo, adestrado ⁷ con un lobo, por uno de los costados, y un puerco espín por el otro; y debajo de este rico escudo aparecía escrito, con buena letra, ni más ni menos que lo que aquí se sigue:

Tales son las armas de Luis de Orleans y los versos que bajo ellas había escritos, que decían así

Luis, duque de Orleans, hijo del rey Carlos Quinto,
Como la voz se sostuvo dulce cortés y benigno,
Mi sentido contra Amor bastante bien se mantuvo,
Mi libertad en mí largamente se retuvo,
Pues sucedió que por voz de más de veinte estuve
Por algunas asediado, cuyo amor prenderme no pudo.
Mas la voluntad de amar de repente me invadió,
Pues de entregarme a ello el deseo me sorprendió
Tanto y tan ardientemente que mi corazón emprendió
Viaje hacia el dios de Amores, quien dulcemente me enseñó
El camino al hospital; no sé si en algo hice error
Mas mi blasón aquí puse; de tal manera ocurrió.

Aquí habla el autor y dice que

Al susodicho escudo, sin espacio alguno, había pegado otro escudo de azur con tres flores de lis de oro, bordeado con una bor-

dura⁸ de gules danchada⁹ y estaba dicho escudo adestrado con un cisne blanco herido en el pecho, en uno de los costados, y en el otro, un oso pardo muy bien hecho y muy propiamente pintado. Y debajo había, escrito en un pergamino, lo siguiente:

Tales eran las armas de Jean, Duque de Berry, y las letras que había escritas debajo, que decían así

Jean, duque de Berry soy, esto de cierto lo sé,
Que guardando prisión y por mi padre rehén,
El rey Jean, que en manos de los ingleses se hallaba cautivo,
Del sentir amoroso fui tan ardientemente prendido
Por una dama inglesa, sirviente del dios de Amores,
Que vencido me sentí por sus graciosos dones.
Por ella tomé una consigna y puse aquí mi escudo
El cisne blanco herido, otra palabra no hubo.
En sus ataduras me tuvo, de las que no supe partir.
Y entonces me ordenó al dios de Amores venir
Y pleitesía rendirle con cuantos aquí ya son,
Trayendo, como los otros hicieron, mi blasón.

Aquí habla el autor y dice que

Un poco más abajo había, al lado derecho de aquella misma banda, otro escudo de azur, sembrado de flores de lis de oro; y en este escudo había una banda de gules como diferencia, y estaba rodeado de una cintura de azur en la cual aparecía, escrita en oro, la palabra ESPERANZA; y estaba el susodicho escudo adestrado con dos perros blancos chatos, que se llaman *martelelets*¹⁰, y debajo de él había escrito lo que aquí se sigue:

Tales son las armas de Luis, duque de Borbón, y las letras que debajo había escritas, que decían de esta manera

Luis, duque de Borbón, soy llamado por derechura,
Cortés y gracioso y de gentil hechura,
Que de toda belleza y dulzor por medida
Fui bastante dotado, merced a Dios y a la Natura.
Muchas damas de honor mostraron tanta procura
Que mi cuerpo se vio atado a la amorosa aventura.

Muchos ojos me asediaron con su hiriente puntura,
Y mi escudo han rodeado con una dulce cintura
«Esperanza» es la palabra cuya inscripción siempre dura,
Mas, no obstante todo esto, yo os prometo y os juro
Que Amor me ha hecho por fin, mediante su labor obscura,
Poner aquí mi blasón, del que vos veis la figura.

Aquí habla el autor y dice que

Un poco más alto había, cerca del escudo precedente, otro escudo, un poquito más grande, el cual era de Francia, de Borgoña, de Brabante, de Limbourg y de Flandes, encima de todo; y el primer cuartel era de azur sembrado de flores de lis de oro con una bordura componada¹¹ de plata y de gules; el segundo cuartel era de Borgoña, de seis piezas en banda de oro y de azur con una bordura de gules; el tercer cuartel era de Brabante, de sable con un león de oro armado y lampasado¹² de gules, y el cuarto era de Limbourg, de plata con un león de gules con la cola ahorquillada, cruzada y partida en sotuer¹³ unglado, dentado y coronado de oro, y lampasado de azur; y, encima de todo, el de Flandes era de oro con un león de sable, armado y lampasado de gules. Cerca y alrededor de dicho escudo había, por fuera, en el recuadro donde estaba asentado el mismo, eslabones sobre piedras, de los que salían chispas de fuego, las cuales aparecían muy bellamente sembradas por algunos lugares, lo que grandemente embellecía el recuadro que estaba dividido en cuarteles de negro y de gris solamente, y al pie del recuadro había unas palabras escritas en verso y rimadas cuyo tenor se sigue:

Tales son las armas de Felipe, duque de Borgoña, y las palabras que debajo había escritas decían de esta manera

Yo, Felipe de Borgoña, tal nombre siempre he tenido,
En amar todo mi tiempo me he entretenido,
En donde el dios de Amores me ha dulcemente sostenido,
Mas al final él mostróse de mis hechos advertido,
Cuya fuerza a venir me ha impelido
Hacia él como su siervo, y él me ha retenido
Y, por cuanto yo sé, para ser combatido
En las batallas de Amores, donde yo he sido vencido
En varias naciones donde me he batido

En el presente me he al dios de Amores rendido
Y a traer mi escudo al hospital he venido
Que encima del portal he dulcemente pendido.

Aquí habla el autor y dice

Un poco más alto, apenas nada en verdad, y en el mismo lado, había un bello y rico blasón, de nueva hechura, allí clavado y asentado, el cual estaba cuartelado de Francia y de Milán; a saber, de Francia, a la diestra, de azur con tres flores de lis de oro y tres lambeles de plata, y Milán, a la siniestra, de plata con una serpiente de azur engullendo a un güelfo de gules completamente formado, y, en los cuarteles de susodicho escudo, en la parte de abajo, estaban Milán, a la diestra y Francia con los tres lambeles de plata a la siniestra, contrariamente a los cuarteles de arriba; y estaba el susodicho escudo rodeado de una gorguera de plata y adestrado, por una parte, por un puerco espín, y por la otra, con un lobo; y debajo del susodicho blasón estaban escritos, con buena letra y bien legibles, los versos que aquí se siguen:

Tales son las armas de Carlos, duque de Orleans, y los versos que debajo había escritos decían así

De Carlos Quinto de Francia, rey virtuoso y sabio,
Fui hijo del hijo llamado Luis por derecho usaje,
Que en su tiempo por su parte ostentó justamente el heredaje
Del ducado de Orleans. Y, ciertamente, como infantado
Después yo lo he poseído, pues por mi alto coraje
Puse pie firme en batalla, donde sufrí grandes daños,
Pues apresado fui por los ingleses y llevado en vasallaje,
Y tanto allí permanecí que aprendí su lenguaje,
Por el cual me hice afectuoso de una dama bella y sapiente
Y de ella estuve tan prendado que a Amor rendí homenaje,
Del que muchos bellos versos hice, sobradamente ensalzados
Y aquí he puesto mi blasón en esta pared clavado.

Aquí habla el autor y dice

Otro escudo seguía a éste, el cual era de azur con tres flores de lis de oro con una banda de gules, y en torno al susodicho escudo

había pintadas vasijas de oro rotas de las cuales salían grandes llamas de fuego griego, y el campo sobre el que las susodichas vasijas se hallaban estaba dividido por mitad en cuarteles de negro y azul; bajo este recuadro estaban escritos los siguientes versos:

Tales son las armas de Carlos, duque de Borbón, y los versos que debajo había escritos decían así

Carlos de Borbón soy, y gran renombre gozaba
De estar dotado de gracia en el tiempo en que reinaba
Entre todos me encontraba muy feliz y entretenido,
Colmado de muchos bienes que el hombre siempre ha
[querido:

Cortesía, belleza, bondad, generosidad y riqueza,
Sentido y honestidad, buen consejo, gran proeza,
Por las damas acosado mucho más aún que mi padre,
Tanto que, por el ardor de Amor, tomé, como ya

[se sabe

Como lema «Fuego griego», mas a pesar de mi fuego
A acudir al hospital forzado yo me vi luego.
A Amor rendí homenaje igual que los otros hijos,
Y encima de este portal mi blasón he pendido.

Aquí habla el autor y dice

Otro escudo había junto a éste, el cual era más gande y espacioso. Sobre él había una corona de oro pendida de una cepa de oro, pintada según parecía, y no tenía la susodicha cepa más que un solo pimpollo verde; y estaba dicho escudo, en la parte de arriba, dividido en tres reinos: el de Hungría, el de Sicilia y el de Jerusalem; y al pie estaba dividido también en dos ducados, a saber, el de Anjou y el de Bar. El de Hungría estaba formado de ocho monedas de plata y de gules; el de Sicilia era de azur sembrado de flores de lis de oro con un rastrillo de gules; y el de Jerusalem, de plata con una cruz de oro potenziada y cuatro cruces de oro dentro de los cuatro cuarteles; el de Anjou era de azur sembrado de flores de lis de oro con una bordura de gules, y el de Bar, de azur con dos barras de oro de crucechas solapadas de oro en el palo ¹⁴ clavado. Y había, bajo este blasón, escritas en lengua francesa, unas letras que decían de esta manera:

Tales son las armas de René, rey de Jerusalén y de Sicilia, y los versos que bajo ellas había escritos decían así

Yo soy René d'Anjou, y me quiero presentar,
Como pícaro de amores, esclavo de mendigar,
Queriendo a más de una bella dama engatusar
Con mi pícara mendicidad de esta manera probar
A muchas que han pretendido mi corazón camelar,
Con sus astutas miradas me lo han querido robar
Y con sus dulces lenguajes atraerme y animar
A que sea su servidor, y sin a nadie nombrar,
A damas y damiselas y a campesinas igual
He dado todo mi amor para con el suyo cambiar,
Por lo cual el dios de Amores me ha hecho hasta aquí viajar
Para mi blasón poner; y así lo he hecho transportar.

Aquí habla el autor y dice

Cerca de éste, había otro escudo, un poco más alto y en el lado derecho, el cual estaba cuartelado, a saber: el cuartel diestro de arriba era de azur con tres flores de lis de oro, y el cuartel siniestro de arriba era de oro con un delfín de azur; y, de modo semejante, aunque opuestamente, se seguían los dos cuarteles de abajo. Bajo dicho escudo estaban, escritos en letras de oro sencillamente adornadas, los versos siguientes:

Tales son las armas de Luis de Francia, delfín de Viena, y los versos que escritos había bajo ellas decían así*

Carlos, hijo del hijo Carlos, de los franceses rey
Sin falta, y tal lo reconozco, mi padre fue,
Luis, delfín de Viena, por nombre he,
En armas bravo y orgulloso y en amor cortés,
Que voluntario he visto y, en verdad, aún puedo ver
A damas y damiselas sus otorgamientos pretender,
Pues siervo yo quiero ser y verdadero hombre de fe
Del dios de Amores sin falta, lealmente, y justo es,

* Viena de Francia (Vienne) (N. del T.)

Toda mi vida, en verdad, sin de ello confusión hacer,
Y así yo lo prometo con fe de hijo de rey
Y por testigo hago poner bien alto en esta pared
Mi blasón para que vean la actitud que debo tener.

Aquí habla el autor y dice

Justo al lado del anterior escudo había otro en un cardizal, cuyos cardos y también las hojas aparecían muy gentilmente realzados y grabados en oro, los cardos en oro y las hojas en verde, y era el susodicho escudo de azur con tres flores de lis de oro, bordeado de gules, y, bajo la bordura había, en la parte superior, un pequeño león rampante de plata tan solamente; y, bajo este escudo, estaban escritos los versos que aquí se siguen:

Tales son las armas de Carlos d'Anjou, conde de Maine

Yo, Carlos d'Anjou, vengo a ofrecirme humildemente
Al noble dios de Amores y a hacerle presente
De mi cuerpo como vasallo obligado y cumplido,
Como quien bien todo el tiempo le ha servido
Y quien por él de muy amorosos dones ha gozado;
Así vengo a presentarme de cardos rodeado,
Por lo que recordar debo en su significancia
Que, como Amor fuerte punza a quien ha demasiada
[confianza,
Soy punzado y acosado por amorosa punzadura,
Por lo que tomo los cardos como símbolo de tal puntura
Y mi blasón al hospital vengo a aportar
Para dulcemente ponerlo y asentarle sobre el portal.

Aquí habla el autor y dice

Después del susodicho escudo que estaba sobre los cardos asentado; tal como habéis oído, había, más abajo, otro escudo hermoso y rico alrededor del cual había, en sembrado, ruedas de carreta rotas y desvencijadas; entre dichas ruedas había pequeños rollos dentro de los cuales estaban escritas estas palabras «A reparar». Dicho escudo estaba cuartelado de Foix y de Aragón, de los cuales el primer cuartel era de oro con dos vacas de gules, y el segundo era de oro con cua-

tro palos de gules; y debajo del susodicho escudo estaban escritos los siguientes versos:

Tales son las armas de Gascón de Foix, y los versos que debajo había escritos decían así

Yo, Gascón de Foix, aquí me vengo a humillar,
A fin de que Amor no pueda contra mí gritar.
Yo, que en distintos lugares me he querido probar
Tocante a los hechos de armas, en los cuales sin variar
Nada pienso que haya habido que se pueda reprochar.
Mas a pesar de haber conducido a muchos a guerrear,
El dardo de Amor me ha punzado que me hace zozobrar,
Por lo cual me es menester acudir al hospital
Como aquel que a Amor sirve de buen corazón entero,
En armas nunca vencido, en amores prisionero.
Así vengo benignamente aquí a mi blasón plasmar;
Así nos tratan amores cuando llegan al final.

Aquí habla el autor y dice

Junto al susodicho escudo había otro, el cual era de plata, con un león rampante de gules con la cola ahorquillada cruzada y partida en sotuer, unglado, dentado y coronado de oro, lampasado de azur y rodeado por fuera de pequeñas olas de las cuales unas eran azules y las otras todas negras. Debajo de dicho escudo había letras escritas en verso que decían así:

Tales son las armas de Luis de Luxemburgo, y los versos que debajo había escritos decían así

Luis de Luxemburgo, así me hago nombrar,
A quien tanto Amor ha obligado y ha querido intimar
Con su dardo riguroso, que he muchas veces por ello
Entablado en muchos lugares justas y grandes torneos.
Más de una lanza yo he roto y más de un escudo he hendido
Y más de un yelmo por la fuerza he encentado y partido.
He servido tanto a Amor que escapar he creído,
Mas al fin fue menester que emprendiese mi camino
Para ir al hospital, llevando conmigo mi blasón,

Y así, pues, aquí he venido, como bien es de razón,
Y sobre el portal lo he puesto tal como él me ha ordenado,
Y yo le pido perdón si demasiado he tardado.

Aquí habla el autor

Aparte, solo, cerca de los otros blasones, en un lugar un poco más oscuro que las otras paredes, encontré un blasón de rica estofa, hermoso, rico y bien hecho, a saber: cuartelado de Beauvau y de Craon; el de Beauvau de plata con cuatro leones rampantes de gules; y el de Craon de losanges¹⁵ de oro y de gules; y el recuadro del susodicho escudo estaba rodeado de cuatro garfios enganchados el uno al otro, y había junto a él escritas, en letra gruesa y muy ricamente hecha de oro y de azur, las palabras «Sin separarse». Y, bajo el susodicho blasón, había, escrito en verso y en letra de corte bastarda y bien formada, lo siguiente:

Tales son las armas de Luis, señor de Beauvau, y los versos que bajo ellas había escritos decían así

Yo, Beauvau Luis, con toda certeza
Tengo por nombre, senescal de Provenza,
Y en amores siempre hube presteza
En pedir de las damas su alianza,
Prometiéndoles a toda ultranza
Ser leal sin mudanza,
Y jurando por mi conciencia
Que tal soy; mas ¿quién lo piensa?
Pues sé que su complacencia
Es tan mudable que no tengo confianza.
No obstante, pongo sin tardanza
Mi blasón aquí, tal es la ordenanza.

Aquí habla el autor y dice

Cuando el Corazón hubo mirado y remirado bastante el susodicho escudo y leído el portal y también los versos, no quiso detenerse más allí por miedo de desagradar a la dama Piedad, que le había ya llamado varias veces; por más que tan entretenido estaba mirando los

susodichos escudos que bien hubiese estado todo el día sin comer ni beber. Entonces cruzó al otro lado de la puerta sin hacer más demora y entró con los otros en un cementerio grande y copioso, repleto de tumbas altas, ricas y hermosas, hechas de alabastro y de púrpura, y también de mármol, de metal, de plata pura y de oro; tales eran y tan abundantes las riquezas que allí había que uno se quedaba aturdido de verlas. Mas apenas hubieron caminado un tiro de flecha dentro del susodicho cementerio cuando, entre todas las otras tumbas, distinguieron, no lejos de las otras aunque como puestas aparte y rodeadas de un muro para mayor excelencia y especialidad, un grupo de tumbas cuyo número era no mayor que seis; entre las cuales había una, que era la más grande y de oro puro, debajo de un tabernáculo de plata hecho a la manera de una pequeña capilla abierta por los cuatro costados, y estaba dicha tumba muy artificiosa y maravillosamente adornada con medallones y con gran ciencia hecha y acabada. Sobre ella había una estatua de un filósofo con una gran barba, vestido con una toga y, encima de su toga, tenía un precioso rosario de oro con hojas de laurel, el cual estaba notablemente enriquecido con perlas y piedras tales como zafiros, balajs, esmeraldas, topacios y diamantes también, y su cuerpo estaba vestido, cubierto y revestido con un manto hasta los pies. Alrededor de la tumba estaba esmaltado todo el arte de retórica hecho con personajes, y, en la parte superior, había un muy bello epitafio que un ángel sostenía, en el cual estaba escrito lo siguiente:

Las letras de la susodicha tumba decían así

Ovidio fue mi nombre, aquí posado y tendido.
Yo era de Sermonna y fui también muy amigo
Del dios de los enamorados y el arte del amor poner quise,
Es verdad, bien extensamente en muy bellos versos, y lo hice
De tal manera que el arte de amar ensalzado por mí fue,
Y para que los amantes todos, cuando en emoción estéis
Tengáis siempre en la memoria mis hechos y mis dichos
Y así seáis merecedores del muy bello paraíso
De los gentiles enamorados, y así cómo sabrá
Un amante con su dama se podrá gobernar
Muy bien y muy sabiamente, propiamente y a punto.
Ahora, pues, tened cuidado, no falléis en este punto.

Aquí habla el autor y dice

Junto a aquella tumba estaba, alta y extraordinariamente auténtica, rica, bella, agradable y hecha de gran estofa, la de Machault, poeta renombrado, la cual estaba sin tabernáculo alguno, mas no por ello era menos, pues estaba toda hecha de plata fina y escrita, todo alrededor, con esmalte azul, verde y violeta y toda inscrita con canciones bien notadas, y también con *virelais*, *servantois*, *lays* y mote-tes hechos y compuestos en diversas maneras; también había unos pocos versos escritos en epitafio que decían así:

Tales eran los versos escritos en la sepultura de Machault

Guillermo de Machault, tal tuve yo por nombre.
Nacido que fui en Champagne, tuve también gran renombre
De ser fuertemente abrazado por el pensar amoroso
Por el amor de una, cierto es, con la que no era dichoso
En mi vida más que aquellos momentos en que la podía contemplar
Y por eso no dejé, por deciros la verdad,
De hacer versos y canciones mientras que duró la vida,
Tan fuerte era el deseo de complacerla que yo tenía,
Y tanto que corazón y cuerpo ardientemente le entregué
E hice muchas baladas, lamentos y *virelais*,
Y en seguida, es la verdad, a Dios yo rendí mi alma
Cuyo cuerpo yace aquí, debajo de esta lápida.

Aquí habla el autor y dice

Había otra sepultura en el susodicho recinto, bellamente ataviada y adornada, hecha de plata dorada y sin epitafio ninguno, pues había versos escritos sobre la tumba, la cual tenía alrededor ramas de laurel hechas a manera de rosarios de esmalte verde de marquetería, sin otras figuras dentro más que, en cada guirnalda, en letra antigua, el nombre de Bocaccio, sin más, rodeado de pequeñas llamitas; mas los versos de la tumba decían así:

Tales eran los versos escritos en la tumba de Bocaccio, el poeta

Yo, Bocaccio, poeta, he hecho poner aquí
Mi cuerpo, para que sepan que zozobra padecí

Por el corazón de una dama que Fiametta se llamaba
En tal modo que por ella fui abrasado, no por llamita, sino
[por llama

Y tan ardiente deseo de mi corazón se adueñó
Que muchos volúmenes hice, más que ningún otro autor,
Sin duda, durante mi tiempo, del que aún se recuerdan
Los bellos hechos que hice, eso es cosa verdadera.
Sin embargo, a Amor me vi tan sometido
Que fui tenido entre aquéllos que mejor le han servido,
Que finalmente son puestos de pensamiento entero
En el Hospital de Amores, dentro del cementerio.

Aquí habla el autor y dice que

Junto a ésta, como cosa acaecida en un mismo tiempo, aunque no en un mismo lugar, había, lado con lado y parejamente hecha de plata aunque no con igual escritura, ni tampoco igual de hechura, sino sólo de tamaño, una tumba de plata dorada en todo muy semejante; excepto que había lugares en que ésta tenía el laurel en ramas sin guirnalda y también rosales, en los cuales no había rosas, sino sólo una yema bien hecha y coloradita. Entre las susodichas ramas había pequeños rollos en los cuales estaba escrito, sin otra cosa alguna, «Jehan Clopinel», mas, debajo del llano de la tumba había los siguientes versos:

Tal era la tumba de Jean Clopinel y los versos que sobre ella había escritos decían así

Jean Clopinel soy, también llamado de Mehuno,
Que entre todos los amantes puedo decir que fui el uno
De los poetas reinantes que más habló del amar.
Al dios de Amores siervo me he querido proclamar,
Aquél que a los amantes en el bien amar sabe confortar
Por lo cual he ordenado mi cuerpo aquí transportar
Para que en este sitio repose, tan pronto como esté muerto.
Y que también sea puesto, por encima de mi cuerpo,
Este escrito, para dar a entender y mostrar
Que, de los amantes, todos han de venirse a entregar,
Al hospital y yacer aquí donde yo mismo yago;
Ningún amante al final tendrá otro amparo.

Aquí habla el autor y dice que

En una tumba de plata hecha más alta que ninguna, excepto que la de Ovidio, había, sin tabernáculo, la imagen de un hombre vestido de doctor de profesión, sobre cuya cabeza había una corona hecha de hojas de laurel solamente, que era sostenida por dos jóvenes doncellas, las cuales tenían la cabellera expandida por encima de los hombros con un círculo todo de oro, guarnecido de pedrería, posado encima de sus cabezas; y dichas doncellas estaban tan perfectamente hechas que no había nadie que, en viéndolas de lejos, a primera vista no las juzgase estar verdaderamente vivas, pues estaban esmaltadas de colores mejor que ni el mismo cuerpo del hombre hubiese ciertamente podido estar. Y, en la parte superior de la tumba había un epitafio posado y bien asentado sobre un pilar de jaspe verde y goteado de rojo, y en dicho epitafio había escrito lo siguiente:

Tal era la sepultura de Petrarca el florentino, y los versos que en su epitafio había decían así

Petrarca el florentino, soy poeta renombrado,
Y un sirviente de Amor, en verdad tan afamado
Que por mi dama Laura, rubia y gentil,
En el mundo muchos bellos poemas y libros escribí.
Encontrar se pueden todavía en florentino escritos
Muchos versos tan hermosos que después de que Jesucristo
Puesto fuese en la cruz, nunca de mí viose parejo
En poner rima en el verso de verdad en aparejo
Y en términos novedosos, de ello puedo envanecerme,
Por todo lo cual he hecho esta tumba presente
Bajo la cual yo yago, de esto silencio no guardo,
Como fiel siervo de Amor y también su secretario.

Aquí habla el autor y dice que

En la fila de las cinco arriba nombradas, había después una tumba, o, a decir verdad, más bien un féretro, pues estaba hecho tan solamente de madera, aunque tenía encima una tela de oro amplia y abundante, rica y también hermosa, mas no recamada, sino que era más bien de terciopelo sobre otro tejido más velludo que el terciopelo, de muy fino carmesí, y las figuras eran de oro sobre oro real-

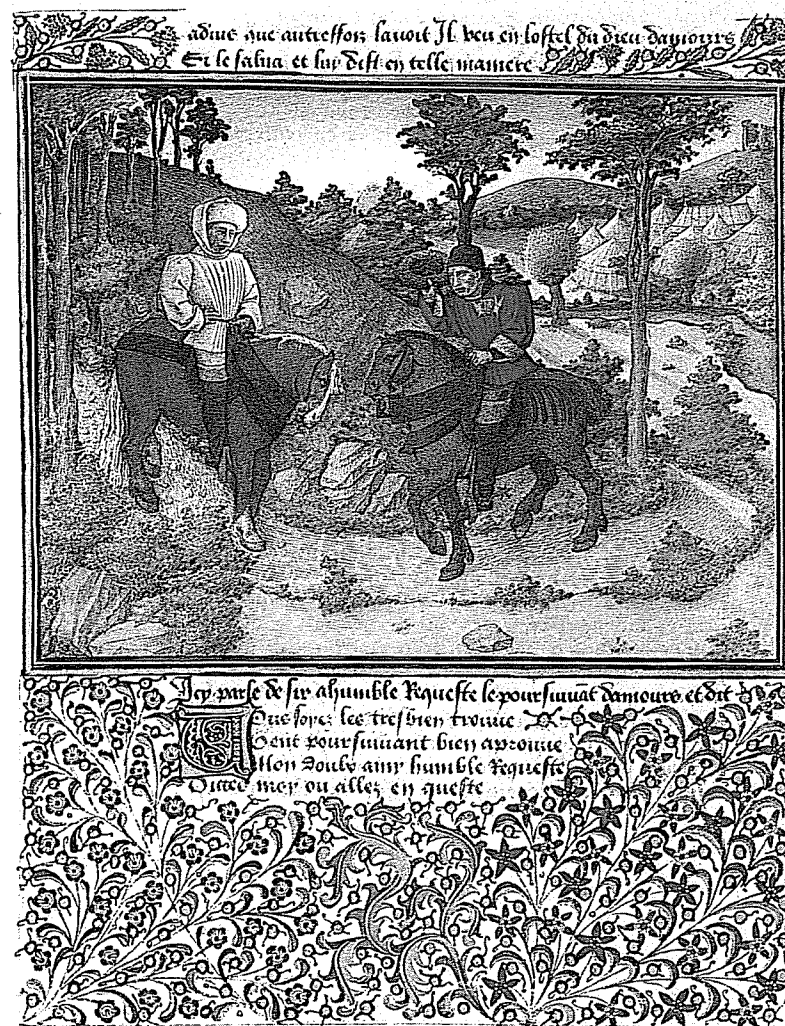
zado, reforzado y reguarnecido además; y sobre dicha tela de oro había una gran cruz blanca finamente adornada a lo largo de la susodicha tela de oro, y también a lo ancho, cosida y fijada, que de ancho tenía una buena cuarta o más; y en la parte superior de la tumba, o féretro, había, sobre la tela de oro, un cuadrado de satén de un hermoso azul cerúleo, en el cual había letras bordadas con muy fino oro de Chipre que, en lengua francesa, decían así:

Tal era la sepultura del maestro Alain Charretier y el escrito decía así

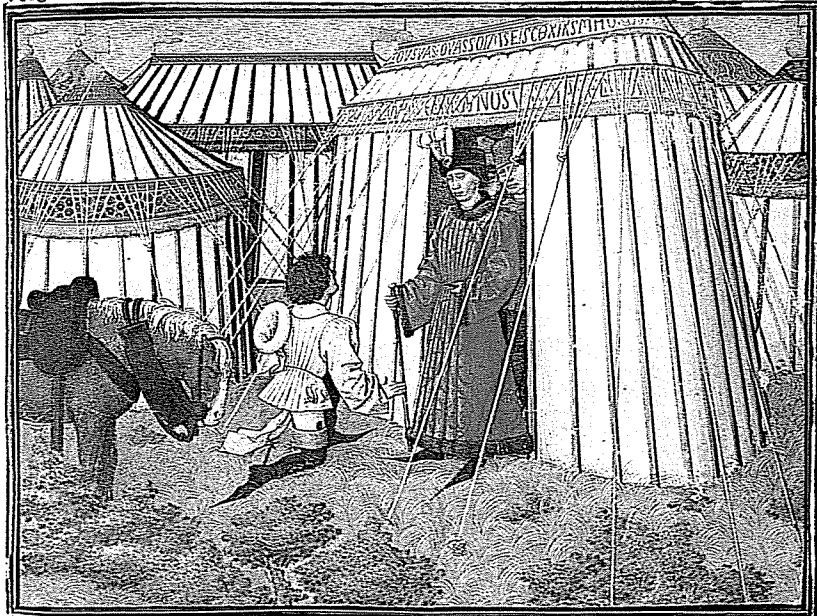
Yo, Alain Charretier, secretario del rey
Carlos séptimo, en muy duro trance me hallé
Por los hechos de Amor sorprendido en modo tan fuerte
Que desde que Fortuna arrebatarme quiso por la muerte
A mi muy gentil dama y sola maestra
Mis días acabé del todo en languidez y tristeza,
Verdad digo, haciendo canciones, baladas y escritos,
—Tales como, yo creo, nunca después fueron dichos
Ni tan bien nadie ha adornado—, sobre mi doliente caso.
Por lo cual, tras mi muerte, no he sido olvidado
Por el noble dios de Amores de quien soy su servidor;
Junto a los otros poetas me ha puesto por su dulzor.

Aquí habla el autor y dice que

Cuando el Corazón hubo leído todos los epitafios y mirado bien a lo largo de las susodichas tumbas, comenzó a orar por ellos, y la dama Cortesía díjole que firmemente ella creía que de tal cosa ya no habían menester, pues sus espíritus se hallaban, en medio de gran alegría y perdurable reposo, en el paraíso de Amor. Y el Corazón miró hacia el cementerio y vio muchos bellos epitafios y muchas hermosas sepulturas, y preguntó a la dama Cortesía los nombres de algunos, y ella díjole que, si lo quería saber, tuviese a bien leer y mirar el libro del Hospital de Amores que otrora hiciera un joven clérigo nacido en Tournay, y que dicho libro bastante le contaría. Entonces llevóles un poco más adelante, fuera del recinto del hospital, y mostróles una gran cantidad de cuerpos, todos desnudos y bajo la lluvia, sin sepultura ni epitafio; y algunos había que estaban completamente podridos y no quedaban más que los huesos, y otros que estaban a medio pu-



Pour s'accoler et se recommander adieu Et sen ala hum
 ble requeste diligemment a ses affaires Et di si fist tant quil
 vint aux tentes et paueillone quil auoit veu Si demanda
 ala tente d'onneur et asse fut qui la lui monstra Il descen
 dit apied et entra en la tente et trouua homieur qui tenoit
 conseil avecques ses barons de ce quil auoit affaire Et mist
 le genoul a terre et le salua en lui disant



drir y arrastrábanles las entrañas, y otros que eran todos muertos re-
 cientes y yacían en la inmundicia muy deshonestamente. Entonces
 habló Cortesía al Corazón y díjole de esta manera:

Aquí habla Cortesía al Corazón y dice

«En el cementerio que has contemplado,
 No sé si buena cuenta te has dado,
 Sólo yacen amantes leales
 Todos amortajados según cuales,
 De entre ellos, amaron más lealmente;
 Y aquí yacen más honestamente.
 Pero en este campo, fuera de estas murallas,
 Yacen tan solamente los canallas
 Que excomulgados fueron por el dios de Amores
 Por sus falsos y desleales ardides,
 Pues en tanto que en el mundo han estado
 Sólo deslealmente han obrado.
 Por ello son aquí puestos para memoria
 Y para a los buenos dar más gloria.
 Tales hay que alimentáronse de olvido:
 A tales gentes Amor jamás olvida,
 Pues sean familiares o extranjeros
 Al final habrá de vengarse de ellos.
 Guarda pues tu lealtad
 Y huye siempre de la deslealtad».

Aquí habla el autor y dice que

Entonces el Corazón bajó la cabeza y estuvo un poco pensativo
 por las maravillas que veía y oía decir a la dama Cortesía. Al cabo de
 un rato levantó la cabeza y grandemente agradecióle cuanto a bien
 había tenido enseñarle y mostrarle. Entonces ella tomóle de la mano
 y llevóles a los tres a la habitación de la dama Piedad, la priora, a
 quien encontraron levantada y completamente dispuesta, y todos jun-
 tos fueron a oír misa y el servicio que se celebraba aquel día por un
 amante y una amante del país de Alemania, los cuales habían sido lle-
 vado muertos al hospital por un caso desgraciado recientemente acae-
 cido. Entonces Deseo no se pudo tener y preguntó a Cortesía la ver-
 dad del caso, y ella díjole que voluntaria se lo diría, y comenzó a
 contarles de esta manera:

Aquí habla Cortesía y dice así

«Es verdad que no hay lamento
Para este enamorado, que lealmente
Y de buen corazón amó a su dama,
De quien veis aquí el cuerpo sin alma,
Así la iba una noche a ver
Mas los murmuradores, que más que ver
Dicen y han dicho muchas veces,
Le acecharon dondequiera que fuese
Y a Celos lo mostraron
Que así su vida les ha quitado,
Pues una escapada contra el cuerpo
De un solo golpe a los dos les ha muerto.»

Aquí habla el autor y dice que

Dichas estas palabras, alzó Cortesía la tela con que los cuerpos estaban cubiertos y mostróles cómo éstos todavía permanecían abrazados, y una espada atravesaba por la mitad los dos cuerpos. Entonces los tres compañeros maravilláronse de la aventura que vieron; luego oyeron la misa muy devotamente y después fueron a besar las reliquias que había sobre el gran altar, a saber, en primer lugar, una vasija de cristal grande y rica, en forma de una olla redonda, guarnecida de oro y pedrería, llena de agua del mar donde Leandro se ahogara por la bella Ero cuando iba a verla a nado.

Después, la espada del griego que mató a Corebus, hijo del rey de Myzia en Asia, por el amor de Casandra, la cual espada, como por milagro, estaba todavía toda ensangrentada, y ya podían limpiarla que siempre la sangre reaparecía tan fuerte como el propio día en que Corebus fuera muerto.

Después, otra espada de muy antigua hechura y muy ricamente guarnecida de oro y pedrerías, con la cual fue muerto Tournus mientras trataba de defender a Lavinia, hija del rey Latino, de ser secuestrada.

Después, besaron además un cáliz extraordinariamente hermoso y rico, hecho de oro y guarnecido de pedrerías, en el cual la bella Segismunda, hija de Tancreto, príncipe de Salerno, bebiera el mortal brebaje a fin de poder morir y ser enterrada en la fosa de su compañero de amores, al cual su padre había matado porque ella le amaba.

Muchas otras reliquias había allí, de las cuales el relato no dice nada porque el Corazón y sus compañeros no besaron más que aquellas que aquí arriba se han nombrado. Y, cuando la misa hubo sido cantada, ellos se acercaron a la dama Piedad para escuchar su respuesta sobre el consejo que le habían pedido la noche anterior, y la dama Piedad llamó a Cortesía y hablóles de esta manera:

Aquí habla Piedad a Cortesía y a los otros y dice

«Hijos míos, esta noche he pensado
En lo que ayer tarde me habíais consultado,
Qué queríais aconsejaros
Para menos en vano esforzaros.
Mas primero el Corazón jurará
Que en nada se perjurará
De servir a Amor lealmente
Siempre desde el momento presente.
Ahora no penséis en ello con error,
Pues él es mi soberano señor,
Y fundador fue de este hospital.
Por tanto no lo toméis a mal».

Aquí habla el autor y dice así

Tras estas palabras, la dama Piedad tomó un libro e hizo prometer y tomar juramento al Corazón de que en adelante serviría lealmente a Amor y observaría sus mandamientos, los cuales él mismo le impondría cuando más tarde le hablase a él. Y así prometiolo el Corazón muy voluntario, pues gran voluntad tenía de ser en todo servidor del dios de Amores, y de llegar a ver cumplido su deseo de conquistar a la dulce Gracia. Y, una vez hecho el juramento, la dama Piedad comenzó de nuevo a hablar y dijo así:

Cómo la dama Piedad aconseja al Corazón y a sus compañeros sobre aquéllo que deben hacer

«Amigos míos, no tengáis pensamientos
Si del Corazón he tomado juramento,
Pues por ello en este punto he de pasar
Si contra Amor no quiero prevaricar,

Ya que le he, por fidelidad,
 Prometido fe y lealtad.
 Ahora en todo os aconsejaré
 Tan bien como en mi poder esté.
 Bien sé que habéis emprendido
 Un maravilloso cometido;
 Así muchos otros lo han realizado
 A quienes después por ello bien se ha honrado.
 Mas dejemos ahora todo este lenguaje;
 El fin sí nos hará en ello más sagaces,
 Y volvamos a la materia
 De cómo tendréis a la dulce Gracia.
 Es mi opinión que para a ello llegar
 Dos puntos habréis de recordar.
 El primero es que curso toméis
 Hacia el noble dios de Amores,
 A su bello castillo de Placer
 Y allí licencia le solicitéis
 Para poder sin más demorar
 A la dulce Gracia conquistar.
 Eso es a mi juicio lo mejor,
 Ya que de este país él es señor.
 Y el otro punto es, de rigor,
 Que después vayáis a la mansión
 Que llaman en esta región
 La mansión de Rebelión,
 Allí donde Rechazo y también Orgullo
 A muchos han tornado confusos,
 Y tienen a la dulce Gracia, la bella,
 La muy graciosa doncella,
 Tan rudamente apresada
 Que ella es allí muy maltratada.
 Y es del todo menester
 Que un beso podáis obtener;
 Si lo habéis, todo será sin falla,
 Mas antes tendréis dura batalla,
 Pues Orgullo no lo soportará
 Ni Rechazo lo consentirá.
 Mejor desearían estar muertos
 Que hallarse con ello de buen acuerdo,

Si no hubiera corrupción,
 Por don, sin ninguna ficción.
 Y hay además murmuradores
 Que jamás fueron buenos habladores,
 Pues cuando estar bien vos penséis
 A ellos entonces oiréis
 Que de vos parlamento tendrán,
 Mas no en alto sino por lo bajo lo harán.
 Tan ligera la lengua han
 Y en hablar tan falaz
 Que ninguno de ellos jamás deja
 De decir siempre mal sin tregua,
 Y bien sabrán ellos con qué propósito
 Jamás su lengua encuentra reposo,
 Pues siempre están amargados
 Por la dicha de otros enamorados.
 Y ahora dejémosles estar,
 ¡Los diablos se los pueden llevar!
 Mas creedme, y bien haréis,
 Por nada os desharéis
 De vuestro compañero Largueza;
 Ni olvidéis tampoco a Promesa,
 A quien hallaréis en el hostal
 De Amor, y como ella no hay tal,
 Pues sirve bien y a poco costo,
 Como hace la hoz en agosto.
 Nada dar y asaz prometer
 Apenas puede a su amo empobrecer.
 Mas sobre todo os guardaréis
 De fallar a hombre de bien;
 Pues una vez lo habéis prometido
 A mantenerlo estáis sometido.
 Mas a Orgullo, Rechazo y tal morralla
 Engañádes, no os importe nada,
 Y cuando ante el dios de Amores estéis
 En vuestro auxilio yo acudiré;
 Hasta la dulce Gracia iré
 Y por vos, Corazón, yo le hablaré,
 Pues a ella hablo a menudo
 Aunque esté delante Orgullo,

Que por ello ha gran duelo y pesar,
 Mas impedirme no osará
 Que hablar a Gracia yo vea
 En cuanto ir allí yo quiera,
 Pues él bien entiende y sabrá
 Que Amor no lo soportará,
 Que él me ha dado autoridad
 Para que yo pueda visitar
 A todos cuantos son de su partida
 De ello ha Orgullo gran envidia,
 Mas, sin embargo, Dios es testigo,
 Gracia se acuerda en muchos puntos
 Con mi hablar a pesar de Orgullo,
 Que tan extraña a ella me creía.
 A Vergüenza y Temor, Dios les maldiga,
 De éstos no es menester que más diga.
 Siempre los envía por delante
 Para que a menudo maltraten
 A sus pobres enfermos enamorados
 Que hacen sus canciones y baladas,
 Uniéndose a su intento
 El y Rechazo, su compañero.
 Así el señorío destruyen
 De Amor, y Celos también,
 Que de nuevo ha regresado,
 Mas no se de qué condado.
 A Amor ha hecho mucho mal;
 Ella ha destruido nuestro hospital.
 Tantos enfermos aquí envía
 Que atenderlos no podría,
 Aunque hubiese dos veces tanta renta
 Como hay, según mi cuenta.
 Y también fue la primera,
 La falsa vieja embustera,
 Que a Orgullo vino a contar
 Que aquí venía a campar
 Un muy bello y joven hidalgo
 Que hacía grandes encantos
 Y el Corazón se hace llamar,
 Para a la dulce Gracia conquistar.

Y después dos murmuradores
 Vinieron diciendo sus rumores
 Y fortaleciendo su razón.
 Aquí haré yo conclusión;
 Venid un poco a almorzar,
 Que ya es hora de marchar».

Aquí habla el autor y dice que

Cuando los tres compañeros hubieron oído y bien entendido las palabras que la dama Piedad, la priora, les había dicho, el Corazón y Deseo sintieron un poco sobrecogidos de cuanto oyéronle decir acerca de la falaz y vieja enana Celos, a la cual dejaron ellos hacía tiempo en la ermita donde ella había puesto a Buena Acogida bajo prisión, tal como el relato más atrás os contara. Entonces no se pudo tener el Corazón de preguntar a la dama Piedad si hacía mucho tiempo que aquélla había venido, y ella respondiéndoles que hacía unos ocho días, y que había ido a reunirse con la mesnada de Orgullo. Entonces abandonaron su parlamento y dijéronse a sí mismos que, si encontrarla podían, vengarían a Buena Acogida a quien ella había tan falazmente apresado.

Entonces tomó Piedad al Corazón de la mano, y llevólos a todos a desayunar, y cuando hubieron bebido y comido tanto como menester les fuese, despidiéronse de la dama Piedad, la priora, y de Cortesía, la enfermera, y agradecieronles grandemente por haberles albergado tan bien y por el buen consejo que la dama Piedad habíales dado. Entonces pasaron por el hospital, despidiéndose de los pobres amantes enfermos, de entre los cuales a muchos conocían, y emprendieron su camino derechos hacia el bello castillo de Placer para hacer homenaje y reverencia al dios de Amores y solicitarle licencia para conquistar a la dulce Gracia, de acuerdo con la manera en que la dama Piedad habíales aconsejado. Mas en este punto dejaré un poco el relato de hablar de ellos, y hablaré de la dama Piedad, la priora, para contar cómo, para prestar ayuda al Corazón, ésta fue a la mansión de Orgullo y de Rechazo a hablar a la dulce Gracia.

Dice ahora el relato que, cuando los tres compañeros, el Corazón, Deseo y Largueza hubieronse despedido de la dama Piedad, la priora, como ya habéis oído, apenas tardó ésta en ponerse en camino y se fue derecha a la mansión de Rebelión, donde encontró a Orgullo en la puerta. Mucho la miró éste de través y con gran despecho, mas

ella no dejó de pasar al otro lado, pues Amor habíale otorgado poder y autoridad para visitar a todos aquellos y aquellas que son de su mesnada. Mas no se estuvo Orgullo sin refunfuñar, el cual no se pudo tener de decir dos palabras cuando la dama pasaba, de esta manera:

Aquí habla Orgullo murmurando y dice así

«¿A dónde quiere esta vieja llegar?
¡Los diablos la hacen así trotar!
Pues la dulce Gracia le creerá,
Y, por Dios, que ya bien ninguno ella hará».

Aquí habla el autor y dice así

Mas ya por cosa ninguna que el falso, villano y rebelde Orgullo pudiese decir o refunfuñar entre dientes, la dama Piedad, la priora, no dejó de cruzar la puerta, y siguió caminando hasta que llegó a la habitación de la muy dulce Gracia, donde también estaban Vergüenza y Temor que la guardaban y vigilaban muy de cerca, y estaban también los dos murmuradores que Malalengua había enviado allí hacía tiempo, como ya habéis oído contar en otra ocasión. Además, estaba también allí Celos, que relataba un cuento sobre los males inconvenientes que otrora habían acaecido a gentes enamoradas, y los dos murmuradores atestiguaban y fortalecían su razón. Mas, cuando vieron a la dama Piedad entrar en la habitación, comenzaron a bajar el tono de su cacareo; y, sin embargo no dejaron de murmurar y cacarear los unos con los otros, diciendo que el diablo, sin duda, había llevado hasta allí a aquella vieja. Y la dama Piedad, que un poco les entreoyó, de tal no hizo semblante alguno, pues asaz conocía ella sus costumbres. Antes bien saludó a la dulce Gracia y se fue a sentar junto a ella, y, hablando en tan baja voz como podía, por más que Celos y los murmuradores siempre esforzábanse duramente en escuchar, díjole de esta manera:

Aquí habla la dama Piedad a la dulce Gracia y dice así

«Mi hija dulce y hermosa,
Que sois tan gentil y modosa,
Harto estoy disgustada y afligida

De que en tan poco seáis tenida
Por Orgullo, ese falaz insurgente,
Y los otros de su hueste,
Como Celos y Temor,
Que bien los maldiga Dios.
Si con vos diez años estuviesen
Nunca buen tiempo tuviesen;
Y vos sois hermosa doncella,
Dulce, agradable, fresca y nueva,
Digna de haber como servidor,
De Francia al más grande señor.
Ahora así sucede que a este país
Bella niña, para que lo sepáis,
Ha venido un joven señor
Que se hace llamar Corazón,
Quien por vos muchos males ha sufrido
En silencio y en abierto
Pues de lejos la campaña ha emprendido,
Por Deseo tenazmente requerido,
Para a vos, la muy bella, conquistar,
Y así ha querido cruzar la mar,
Donde ha sufrido hartos tormentos.
Bella niña, en nada os miento;
Hecho ha muchas proezas
Y combatido hasta ultranza.
Tanto a mi juicio ha padecido
Que apenas salió de ello vivo;
Mas él es muy dulce jovenzuelo,
De cuerpo y de rostro bellos,
Que muy bien sirve a vuestro caso
Si no habéis vuestro amor tan caro
Que otorgárselo no queráis;
Bien ha merecido él premio tal.
Hacia Amor ha partido
A pedir licencia y camino
Para poderos conquistar
A pesar de aquéllos que de ello querrán hablar.
Reflexionad, pues, qué le diréis
Y cómo le responderéis,
Y no seáis anodina,

Loca, necia o despectiva,
Pues ya apenas tardará
En venir aquí y traerá,
También os digo, consigo,
Gentes de bien, os lo aseguro.»

Aquí habla el autor y dice de esta manera

Cuando la muy bella y dulce Gracia hubo bien oído y entendido a la dama Piedad, mudó de color y tornóse un poco más roja de lo que de costumbre era, mas, tan bien sentábale este rubor, que no había hombre ninguno que, en viéndola, no dijese que era sin duda la más bella del mundo. Y enseguida pensó que aquél de quien hablábale la dama Piedad era el tal Corazón del que Celos y los murmuradores tanto habían hablado, y él era en verdad, pues muchas veces Celos y también los murmuradores hablaban de él delante de ella, mofándose del Corazón y de los trabajos que padecía por venirla a conquistar, y diciendo que no estaba en sus cabales si a tal término pensaba llegar.

Entonces la dulce Gracia comenzó enseguida a amar al Corazón en su pensamiento, pues la dama Piedad habíale alcanzado el corazón con las fatigas y trabajos que dijérale él había sufrido por ella. Mas ella no osó hablar ni responder, por miedo que tenía de que Celos y los murmuradores se hallasen presentes. Y así tomó a la dama Piedad de la mano y, apretándosela, dióle a entender que hiciese venir lo más pronto que posible fuese al Corazón. Entonces pidió la dama Piedad licencia para marchar de allí, mas no pudo ser sin que los murmuradores susurraran e hicieran burla por el largo parlamento que había sostenido con la dulce Gracia. Mas ahora deja el relato de hablar de la dulce Gracia, de Piedad y de Orgullo y sus cómplices, y vuelve a hablar de los tres compañeros, el Corazón, Deseo y Largueza, para contar parte de sus aventuras.

Aquí continúa hablando el autor y dice de esta manera

Ahora cuenta el relato que, cuando los tres compañeros hubieron despedido de la dama Piedad y hubieron partido del Hospital de Amores, tal como os ha contado más arriba, pusieron de nuevo de camino, y lo hicieron a pie, pues no tenían caballo alguno, ya que los habían abandonado a sus pajes cuando se hicieran a la mar, como

ya habéis oído antes, y tanto se esforzaron que llegaron al pie de la roca del bello castillo de Placer. El día estaba bello y claro, y el sol a la altura, más o menos, de la hora tercia. Entonces los tres compañeros levantaron sus ojos para mirar arriba hacia el bello castillo, mas fueron tan fuertemente deslumbrados por el resplandor que el castillo desprendía, pues el sol dábales de frente, que se desmayaron todos. Y no es cosa asombrosa, pues grande era la belleza del castillo, que más parecía cosa celestial o espiritual que terrena. Y, por más que no hay lengua que pueda bastar para explicar las grandes riquezas, maravillas y beldades del hermoso castillo, el relato, sin embargo, se ocupará ahora en contar algunas cosas, no todas, pues no podría, mas una parte.

El muy hermoso castillo de Placer estaba fundado sobre una roca de esmeralda, en la cual había vetas de diamantes pequeños en abundancia y en tan gran cantidad que veíanse casi tantos o más diamantes que esmeraldas. Las cuatro fachadas de los muros del susodicho bello castillo eran de cristal, y había en el extremo de cada fachada una gruesa torre hecha de piedras de rubíes finas y relucientes, la menor de las cuales era más gruesa que todo el cuerpo de un hombre; y estaban cubiertas las susodichas torres de platino del ancho de la palma de la mano, hechas todas de madreperlas, y el edificio de entre las susodichas torres estaba cubierto de oro fino, bellamente esmaltado con la divisa del dios de Amores, a saber, «con corazones alados». Esta divisa la lleva todo aquel que es amante y leal servidor de Amor bajo la axila izquierda, y por ella se les reconocía como tales, según allí supe. Además, había sobre cada una de las torres un grueso carbunclo en lugar de pomo, y el portal del susodicho castillo estaba hecho de calcedonia y de piedra de ágata tallada en losanges. Y sobre dicho portal había, en lo más alto, en lugar de pomo, una perla muy fina, clara y muy oriental, la cual era al menos del grosor de una piedra de bombardas, tanto que un hombre, a mi juicio, no habría podido abrazarla todo alrededor. Y estaba el susodicho bello castillo enteramente rodeado por, en lugar de dobles recintos falsos, murallas hechas de gruesos zafiros; y, para más propiamente darlo a entender, era el susodicho castillo de una forma semejante a la del de Saumur en Anjou, que está asentado sobre la orilla del Loira, si bien aquél era de tamaño como la mitad más ancho y espacioso que éste. No es cosa de asombrarse, por tanto, después de cuanto el relato os ha explicado, que se desprendiera tan gran resplandor cuando el sol brillaba sobre él. Por más que no os ha contado al menos la mitad de

las beldades del hermoso castillo; mas aquí dejará de hablar de él, pues contarle todo no podría, y volverá a nuestro asunto, a hablar de los tres compañeros.

Aquí habla el autor continuando su historia y dice

Cuenta ahora el relato que, cuando el Corazón, Deseo y Largueza hubieron permanecido un rato maravillados por el resplandor del hermoso castillo, como ya se ha dicho, después volvieron en sí mismos y, cuando hubieron recobrado bien la vista, comenzaron a ascender la roca por la veta que era de diamantes, lo cual causóles gran fatiga, pues habíalos tan puntiagudos que atravesaban sus calzados y sus pies. Mas no osaban mirar al bello castillo a causa del deslumbramiento que por ello habían tenido, y tanto se esforzaron que, en bastante poco tiempo, llegaron a la cima de la roca y hasta la primera barrera, que estaba toda hecha de madera de ciprés y de cedro y de marquetería de marfil. Atravesaron ésta, pues no estaba cerrada, y llegaron al puente fijo, donde había una muy buena sombra, pues el sol lucía del lado opuesto de la puerta y ésta daba una gran sombra, mas era una sombra muy agradable, pues el sol brillaba un poquito por entre el cristal del que las murallas del castillo estaban hechas, por mas que éste les desviaba el gran deslumbramiento que habían tenido antes. Entonces levantaron los tres en seguida la cabeza, pues no se podían tener de mirar la gran belleza del hermoso castillo y contemplaron el portal, que no habían visto todavía, y qué rico y hermoso era, y vieron, encima de la puerta, dos grandes imágenes de ámbar amarillo, adornadas de oro de alquimia hecho de la quintaesencia y de piedras preciosas muy ricamente talladas y realzadas, que sostenían un espejo hecho de una plancha de diamante grande y ancha de alrededor de tres pies en todos los lados, adonde se podía mirar desde la primera barrera del castillo. Y tenían dichas dos imágenes sus nombres escritos bajo sus pies, y la una se llamaba Fantasía y la otra Imaginación, las cuales habían diseñado, entre las dos, la edificación del susodicho castillo como maestras de obras. Y había sobre sus cabezas unas gruesas letras talladas que decían así:

Tal era la hechura del bello castillo, y los versos que sobre el portal había escritos decían así

Nadie en este espejo se ha de mirar
Que no sea un verdadero amante leal,

El dios de Amores así lo ha hecho decir,
Que él brevemente se habrá de arrepentir;
Pues aquí sufrirán duelo e ira
Aquellos que a Amor falazmente desdigan,
Y en él verán enteramente
Su engaño y sus falsos asedios
Su trampa evidentemente.
¡Ahora guárdese de ello quien tenga miedo!

Cuando los tres compañeros, que hasta encima del puente fijo del muy bello castillo de Placer habían llegado, hubieron mirado y advertido bien el rico portal y las dos imágenes susodichas y hubieron leído sus nombres y también las letras que encima de sus cabezas había talladas, marcharon hacia adelante hasta el puente levadizo, que estaba bajado, y vieron la puerta cerrada, que era toda de marfil muy bien y muy ricamente guarnecido de oro. Entonces se detuvieron y el Corazón no se pudo tener de leer las letras que había encima del espejo, y tan gran deleite tomó en mirar y contemplar las dos bellas imágenes que no podía quitar sus ojos de ellas. Entonces díjose Deseo a sí mismo que el Corazón estaba bien atrapado y que ya guardia no tenía que le hiciese escapar de Amor. Mas, mientras afanados se hallaban en mirar las dos imágenes y el espejo, hete aquí que sale por el portillo un jovencuelo muy hermoso con un gavlán blanco sobre su puño. Y, si alguno me preguntara quién era éste, yo le diría que era Buena Acogida, aquel a quien Celos tenía apresado en la ermita y al que la dama Esperanza más tarde liberara, como ya el cuento os ha relatado más atrás, que iba a divertirse cebando a su gavlán delante de la puerta del castillo. Y, tan pronto como Deseo lo vio, reconocióle, pues otrora hábale visto ya, y Buena Acogida a él también. Entonces abrazáronse y felicitaronse y mostráronse gran regocijo, y, después, Deseo púsole en conocimiento del Corazón, que muy voluntario le vio. Y después que Buena Acogida húboles a todos saludado y felicitado, Deseo llevóselo aparte y contóle su asunto y la causa de su venida, y rogóle que fuese a Amor y le suplicase que les concediera licencia para hablar con él, y para que el Corazón pudiese rendirle homenaje, pues gran voluntad tenía éste de ser reconocido del todo y retenido como su servidor.

Entonces Buena Acogida entró en el castillo, mas dejó abierto el portillo, y fue ante Amor y contóle la llegada de los tres compañeros y la conquista que el Corazón había emprendido exhortado por De-

seo, y díjole que aquél quería rendirle juramento y homenaje, y hablóle también de las fatigas que habían padecido para poder llegar a ponerse a su servicio. Y Amor, que muy voluntario le escuchó, mandóle hacerles venir, pues bien sabía él que hacía tiempo que el Corazón había sido alcanzado por una de las saetas que él acostumbra a arrojar a voleo, y había oído decir que era harto buen mozo; por ello, grande era su deseo de verlo. Entonces vino Buena Acogida de nuevo hasta la puerta y llamó a los tres compañeros, que continuaban mirando el hermoso portal del bello castillo y las dos imágenes y el precioso espejo que sostenían, y tanto miróse en él el Corazón que tardó bastante en estar dentro del bello castillo y rendir homenaje al dios de Amores. Mas, cuando oyéronse llamar, pasaron dentro, y Buena Acogida tomó al Corazón de la mano y díjole que viniese a hablar con Amor, y, cuando hubieron pasado la primera puerta y estuvieron bajo el portal, el Corazón percibió, colgada de la bóveda del portal, una cesta hecha de mimbres de antigua y vieja hechura, la cual pendía de una cadena de oro tan gruesa como un brazo. Entonces pensó el Corazón que él muy voluntario desearía saber qué virtud tenía aquella cesta, que no era más que de mimbres, y que estaba pendida de tan rica cadena. Y, en mirando como hizo la susodicha cesta, se detuvo y vio unas cizallas de hierro enrolladas que eran de la largura de un pie y medio, a la manera, ni más ni menos, de aquellas con las que se esquila a las ovejas en Berry. Entre los filos de las susodichas cizallas había un grueso mechón de cabellos negros como de tierra y del largo de una toesa o más, los cuales más parecían de hombre que de mujer de tan rudos, gruesos y lacios que eran. Mas apenas hubo mirado un poco cuando distinguió también, junto a las susodichas cizallas, las cuales pendían de un garfio de oro, un cendal grande y de antigua hechura, una brida de cuero, una silla de montar y unas espuelas doradas, todos juntos atados y pendidos de una cadena de oro gruesa y fuerte, y muy fuerte diré que era, pues, además de todo eso, había también pendida una rueca de mujer repleta de lino, y el huso colgando del hilo, de un lado, y dos abrazaderas de oro fino. Y, además, había también una imagen de madera grande y ahumada a la manera de un ídolo, que sostenía una vara de sargento, la cual estaba semejantemente sujeta por el falso del cuerpo a una cadena de oro. Y así que el susodicho Corazón hubo estado un rato entretenido mirando la susodicha imagen con la vara antes citada, levantó la vista hacia otra parte, como muy asombrado, y distinguió, en un rincón bastante alto, dos lápidas cuadradas pendidas de dos

garfios de oro fino, gruesos, macizos, pesados y extraordinariamente fuertes; y eran las susodichas lápidas de la forma y hechura de un telar para tejer la seda, y de una de las esquinas de dicho telar pendía un miriñaque muy bello y rico, como de pedrería fina, mas no podían distinguir las piedras a la vista debido a que el susodicho miriñaque estaba en el interior de dicho telar, exactamente a uno de sus lados, como ya habéis oído antes. Mas bien recuerdo que este telar antes citado estaba lleno y colmado de pequeñas husadas y madejas de seda de varios colores y de pequeñas horquillas y punzones y mazos redondos con toda suerte de utensilios que son necesarios para dicho oficio, los cuales no podía el susodicho Corazón a voluntad ver en su totalidad, por lo que no se pudo callar y preguntó a Buena Acogida qué querían significar todas aquellas cosas. Y entonces Buena Acogida, que bien veía la admiración que el Corazón tenía por las mismas, no pudo tenerse de sonreír y dijo así al Corazón:

Las susodichas cosas pendían bajo la bóveda, y entonces Buena Acogida habló al Corazón y le dijo de esta manera

«Oh, tú, Corazón, que maravillado estás,
Deseando saber las razones
Por las que están aquí estas cosas
Puestas así, y sientes zozobra,
De qué sirven decirte quiero.
Y, Dios es testigo, lo primero,
La canasta que aquí ves,
Mismamente aquella es
En la que pendió Virgilio
Por una dama muy sutil,
Que tales razones le supo mostrar
Que en ella le hizo penetrar,
Diciéndole que de ninguna otra manera
Jamás en absoluto podría verla.
Y él, que por ella estaba prendido,
Allí entró, por lo que bien fue reprendido,
Pues enseguida desde este sitio
Tiró de él hasta allí en medio
Y allí después lo dejó pendido.
Mal su sentido se vio entonces despendido,
Pues todos los de la ciudad

Allí lo vieron y fueron a visitar.
 Amor así lo despreció
 Porque en poco siempre apreció
 Virgilio el poder de Amor,
 Y así era ahora castigado por tal omisión,
 Como veis aquí en este lugar.
 No le valió derecho alguno alegar,
 Ni ser clérigo, nigromante, ni sabio personaje;
 Forzado se vio a rendir homenaje
 Y a humildemente su gracia suplicar,
 Y, para memoria, de aquí colgar,
 De la cesta, y ahí estará
 Tanto como el mundo pueda durar.
 Las cizallas que junto a ella veis
 Son aquéllas, estar bien seguro podéis,
 Con las que la cabeza de Sansón fue esquilada
 Por lo cual éste después murió en forma amarga,
 Pues tanto despreciaba por su fuerza
 A Amor, que fue esquilado a la fuerza
 Por Dalida en forma bien falsa,
 Y con ello tomó venganza
 De él Amor, y a buen derecho.
 Y si la historia toda contar quisiera
 Larga sería de relatar,
 Por ello no te quiero más contar.
 Ya habréis oído antes de ello
 Más de diez veces, yo creo.
 Por otra parte, la brida y la silla
 Que vos veis ahí son las mismas
 Con que Aristóteles el sabio
 Fue por el rostro embridado
 Y ensillado sobre el dorso.
 Tanto criticó el bien amar meloso
 Y tanto lo despreció, que el dios de Amores
 De ello se vengó con los sutiles asedios
 De aquella que le arrojó
 La silla, luego encima le montó
 Y un par de estribos le dio,
 Y de tal modo le ordenó
 Que su ciencia de poco le valió.

Amor entonces su sentido le quitó,
 Pues aquél que antes era tan honrado
 Ahora fue cual una bestia cabalgado.
 Después, la rueca que aquí veis
 Fue aquella, estar seguro podéis,
 Con la que Sardanápalo hiló;
 Ahí podéis ver huso y lino
 Amor también hilar le hizo
 Entre mujeres, y le deshizo
 Del orgullo del que tanto se preciaba,
 Que los hechos de Amor despreciaba.
 Mas puesto fue en sujeción
 Tal como he hecho mención.
 Eso otro de ahí es el ídolo
 Al que Salomón el colérico
 Por una mujer culto practicó.
 Amor en ese punto le venció
 Y abatió su duro coraje
 Pues bien él se creía sabio personaje.
 Y así lo era por cierto,
 Mas ninguno hay, tanto sea manifiesto,
 Lleno de ciencia o bien aprendido
 Que de Amor a menudo no se vea prendido.
 Y debéis además saber,
 Que el telar que aquí vos veis
 De estos dos garfios de oro pendiente,
 Si vos a bien tenéis ser buen oyente
 Lo que dicho telar significa;
 Escuchadme y os aseguro
 Que antes que de este lugar marchéis
 Las causas del divino placer
 Os serán todas explicadas
 Y de la cesta y de las husadas
 Y de las planchas y de la seda,
 Que olvidarlo no pensaba,
 Pues antes de que me retire
 Es de razón que me ocupe
 En ahora aquí a vos advertir
 De cuanto todo esto puede servir.
 Por tanto mi deber de ello haré

Y la verdad os diré.
 Debéis saber que entre los fuertes,
 Aquéllos que jamás hicieron ningún esfuerzo,
 Ninguna proeza ni hecho de armas,
 Entre todos aquéllos cuyas armas
 Y blasones son aceptados
 No debe ser olvidado
 Hércules, el noble vasallo,
 Que estaba en tan alto grado
 Colmado de toda audacia,
 De fuerza y toda proeza,
 Que si todo de él quisiera relatar
 Largo sería su caso de contar.
 Muchas hazañas en su tiempo hizo,
 A muchos hombres con su fuerza deshizo,
 Ni a león ni a jabalí dejaba
 De matar cuando con ellos topaba,
 Mas, sin embargo un día acaeció
 Que el deseo de amar le llegó
 Por Yola, la gentil y bella,
 Por quien el fuego de Amor llamea
 En su corazón tan ardientemente
 Que él olvida súbitamente
 Guerras, batallas y justas,
 Corceles, lanzas y monturas,
 Y tanto por ella enloqueció
 Que ella en Hércules su bufón halló,
 Pues por sentir su dulce aliento
 Con ella la lana cardó
 Y los husos devanaba
 Cuando su dama ordenaba.
 Con esto se entiende la significación
 Del canasto, y la demostración;
 Y tanto se prendó de la dama
 Que ella le mostró la lápida
 Y el oficio de la textura,
 La ciencia de Amor por su locura,
 En la que él se vio tan decaído
 Que ella le hacía los tejidos
 Tejer, y hacer su quehacer,

Del cual Hércules no había menester,
 si no hubiese sido por la ardiente locura
 De Amor, que a muchos así captura
 Y así el hecho habéis entendido
 Del telar que aquí habéis visto pendido.»

Aquí continúa hablando el autor y dice de esta manera

En este punto cuenta el relato que cuando el Corazón hubo oído de Buena Acogida las razones de que los más sagaces eran allí atrapados más a menudo que los otros, y Buena Acogida comenzara entonces a reír, lo mismo hicieron los otros también, y así pasaron al otro lado de la puerta. El Corazón entonces aconsejó a Deseo que tuviese a bien hablar con él delante de Amor, pues él se encontraba tan desatinado y tenía la sangre tan alterada que no sabría decir una sola palabra, y Deseo hízole señal de que así lo haría muy voluntario. Entonces marcharon todos juntos, Buena Acogida delante y Deseo, el Corazón y Largueza detrás. Y así encontráronse, a la desembocadura del portal, en un gran patio amplio y espacioso, completamente cuadrado, pavimentado con pequeños recuadros de jaspe, cada uno de ellos de la mitad de un pie cuadrado, los cuales eran el uno de jaspe rojo, el otro de verde y el otro de blanco, y tan pulido estaba el jaspe y resplandeciente de colores alegres y agradables, que era una maravilla verlo. En medio de dicho patio había una fuente cuadrada, hecha de cristal semejante al de la muralla del castillo, y las piezas de cristal estaban encorchetadas de oro fino, y en medio de la susodicha fuente había una gran taza de oro esmaltada y guarnecida de pedrería, sobre la cual caía primero el agua de la fuente, y de ella a la pila de cristal, y manaba la susodicha agua del pico de un fénix de oro esmaltado de blanco, bajo el cual había, también hechos de oro, como pequeños tizones, los cuales estaban asentados en rubíes, más de quinientos mil, creo yo, de manera que todos los tizones relucían y resplandecían tan fuertemente en el agua limpia y clara que parecía ésta ser roja como vino clarete. Junto a aquella fuente vio entonces el Corazón a una dama muy hermosa, joven, de cuerpo gentil, ricamente vestida y pomposamente adornada; mas, con todo ello, tenía una falta: pues era, a juzgar por las formas y maneras de conducirse, un poco indolente. Y tenía la susodicha dama un bello halcón en su puño, al cual tanto obsequiaba que más no podía ser, y parecía que estaba fuertemente mimado el susodicho gentil y precioso halcón, pues no hacía

trazas de debatirse ni sobresaltarse por ninguna cosa que viese. Y parecía que la dama tenía entonces intención de bañarlo en la susodicha fuente, cuando vio a los tres compañeros con Buena Acogida marchando hacia ella y aproximándose hasta que tan cerca estuvieron que se podían tocar, y entonces Buena Acogida se inclinó y los otros también, y ella vino hasta ellos y les besó, y ellos lo hicieron de buena voluntad. Y así se detuvieron en la susodicha fuente con la dama Ociosa, preguntándole qué nuevas había y también qué hacía por entonces el dios de Amores. Mas la dama Ociosa respondiéndoles que el dios de Amores, su señor, estaba en aquel momento reunido en estrecho consejo, en el cual no había más que su madre, en primer lugar, y dos de los más especiales y secretos servidores de entre aquellos de su consejo, con un secretario, según ella había oído decir ciertamente en la cámara de la dama Venus, de la cual no hacía más que venir con la intención de bañar a su halcón en la susodicha fuente. Entonces adelantóse el Corazón y puso la mano en el agua de aquella fuente, y luego la puso en su boca, y así encontró que el agua susodicha era toda de agua de rosa muy dulcemente olorosa, muy fina y muy limpia, de lo cual maravillóse grandemente. Entonces percatóse la dama Ociosa de cuán maravillado estaba el Corazón y, sonriendo, tomóle de la mano y díjole que maravillarse no debía de tal cosa, pues mucho mayores y más grandes maravillas había en el castillo que aquélla, y que si quería ver una cosa mucho más maravillosa ella se la mostraría. Entonces rogóle por Dios el Corazón que se la mostrase, y díjole que estaba fuertemente deseoso, más que de ninguna otra cosa, de ver y oír cosas maravillosas y muy extrañas. Así pues, al oír aquellas palabras, marcharon Ociosa, Buena Acogida y el Corazón, y Deseo y Largueza junto a ellos. Y no hubieron caminado más de treinta o cuarenta pasos a lo largo del patio, siguiendo un arroyuelo que manaba de la bella fuente, cuando encontraron un vivero cuadrado, de por lo menos dos lanzas de largo en cada uno de los lados, el cual estaba lleno del agua de la fuente hasta poco faltaba para un pie del borde, en cuyo vivero había una pareja de sirenas familiares y [...], las cuales acudían a las gentes cuando les silbaban. Entonces la dama Ociosa les llamó, pues bien ducha estaba en silbarles y llamarles, y en seguida vino, primero, una de las dos, la cual tenía el rostro de hombre con barba, cabello y cejas. Mas apenas tardó en venir la otra también, la cual tenía un rostro dulce y hermoso, sin barba ni pelo ninguno en el mentón, y tenía las crines rubias como hilos de oro y largas hasta flo-
tarle un buen pie encima del agua, y, además, tenía las tetinas her-

mosotas, derechas y punzantes, y los brazos regordetes, y en su mano sostenía una pequeña flor la cual iba desmenuzando con sus dientes como si la estuviese comiendo enteramente por diversión. Entonces Ociosa y Buena Acogida les gritaron e hicieron señal para que cantasen, y, sin tardar apenas un padrenuestro, el macho se puso a recitar un tenor en tono bajo y, después, la hembra, con voz clara y dulce, comenzó el alto, y oírla era cosa muy agradable, pues parecía propiamente que su voz estuviese en armonía con el cielo. No sabría el autor aquí contar cuáles fueron las palabras que dijeron, pues en verdad que el Corazón no entendía su lenguaje. Cuando hubieron estado allí un rato, marcharon más adelante y vieron un palomar hecho de plata fina y asentado sobre cuatro columnas de calcedonia y de ágata, del cual palomar partían, a grandes tropeles, papagallos por cientos y miles y otros entraban también, ni más ni menos que como los pichones comúnmente acostumbran a hacer en el palomar. Entonces rogó el Corazón muy encarecidamente a Buena Acogida y a Ociosa que tuvieran a bien decirle la razón por la cual el dios de Amores había hecho hacer el susodicho palomar con papagallos en vez de con palomas, pues parecía a él ser mejor vianda las palomas y pichones para comer que los papagallos, y, por otra parte, se le hacía gran lástima hacer morir para comerlas a tan bellas aves como eran los susodichos papagallos. A lo cual respondióle la dama Ociosa que la naturaleza de su soberano señor el dios de Amores, y su condición, eran tales que había de alimentarse de corazones de papagallos para tener el suyo en contento, y que a hacer tal le exhortaba fuertemente Confort, su médico, y por eso el dios de Amores hacía alimentar tan gran cantidad de ellos en aquel palomar. A estas palabras el Corazón callóse y permaneció pensativo, y ninguno de los otros dijo tampoco en aquel momento una sola palabra. Mas apenas pasaron unos instantes cuando Suspiro, siervo del agua del dios de Amores, llamóles en alta voz. Entonces Buena Acogida adelantóse tirando del Corazón por la manga y diciéndole que era hora de ir a hacer reverencia al dios de Amores porque éste ya no estaría mucho más tiempo en consejo. Y así entraron en la sala maestra, donde Amor se hallaba ya de vuelta, muy ricamente ataviado con vestiduras reales, y entreteníase sosteniendo un arco turco en su mano y arrojando saetas y muchas flechas por las ventanas de la sala al exterior y al azar, sin importarle sobre quienes fueran a caer. Mas, cuando vio a Buena Acogida que tenía al Corazón de la mano y venía derecho hacia él, avanzó dos pasos, y Buena Acogida puso la rodilla en tierra, y el Co-

razón y sus otros compañeros hicieron lo propio, y acercándose al dios de Amores, el primero dijo así:

Cómo Buena Acogida presenta al Corazón ante Amor y dice de esta manera

«Señor, vengo a traeros nuevas:
A estas gentes he encontrado a la puerta
Que suplicado me han y requerido
Como a uno de sus buenos amigos
Que a vos les quisiera presentar,
Pues ellos a vos os quieren hablar.
Aquí veis al Corazón que, como sabio personaje,
A vos viene a rendir homenaje;
A los otros ya bien los conocéis
Desde hace mucho tiempo, de sobra lo sé,
Mas por Dios, mentir no quiero,
Buen servidor habéis en Deseo,
Pues siempre pone tanto empeño
En traer a gentes a vuestro dominio,
Y así ha hecho a su petición
Al Corazón emprender esta expedición».

Aquí habla el autor y dice así

Y, cuando los tres compañeros hubieron hecho reverencia al dios de Amores, éste inclinóles la cabeza y, tendiéndoles a cada uno su mano, hízoles levantar. Entonces respondió a lo que Buena Acogida había dicho, hablando de esta manera:

Aquí habla el dios de Amores a Buena Acogida y dice de esta manera

«Hace ya tiempo que sabemos
Que en Deseo buen servidor habemos.
Jamás descuidado estuvo ni amilanado
En acrecentar nuestro estado;
Siempre nos está presto a servir
Dondequiera que pueda ir o venir».

Aquí habla el autor y dice que

Entonces, el Corazón hizo una señal a Deseo para que éste tuviese a bien complacer su proposición de hablar por él ante Amores, y poniéndose los tres de rodillas, a saber, Deseo, el Corazón y Larqueza, el primero habló al dios de Amores y díjole de esta manera:

Cómo Deseo cuenta a Amor el caso del Corazón, su compañero, y dice de esta manera:

«Muy alto y excelso príncipe
Soberano y poderoso señor,
Que sobre todo hombre terreno habéis
Como es bien sabido, poder,
Tanto en éste como en aquel lado del mar,
Pues no quiero yo a ninguno exceptuar
Que al menos una vez en su vida
No haya estado bajo vuestra señoría.
Ved aquí al Corazón, quien a mi propuesta
Ha emprendido la gran gesta
De conquistar a la dulce Gracia
Y siempre contando con vuestra venia
A pedirnos viene licencia,
Y a guardaros obediencia
Con juramento y homenaje,
Por lo que yo le tengo por sabio personaje;
Y así os quisiera suplicar
Que a bien tengáis aconsejar
De cómo él podrá llegar
A la dulce Gracia conquistar,
Y también le queráis ceder
A vuestra gente si ha menester,
Pues Gracia se halla acompañada
De soberbia y falsa mesnada,
Y Orgullo tan rebelde es
Y Celos es tan cruel,
Rechazo en nada el lugar alivia,
Ni los murmuradores, que Dios les maldiga;
Y si él va y contra ellos embate,
Todos le podrán juntos matar o hacer combate.

Bien podría ser mal dañado
 Si no se halla bien acompañado.
 Mas yo sé bien que si conseguimos
 Gentes tal como pedimos,
 Bien pagaremos por su cobijo
 A Rechazo y al villano Orgullo
 Y a toda su falsa mesnada,
 A fe mía, si no nos falta nada,
 Pues si vos me creéis, de un modo u otro
 ¡A la muerte enviaremos a todos!
 Jamás hicieron más que perturbar
 A quien en amar quisose recrear,
 Y eso va contra vuestros privilegios
 Y así són hechos mucho sacrilegios,
 Pues de Amores el noble hospital
 Destruyen, y con ello hacen gran mal.
 Tened pues a bien consentir
 Y por sirviente al Corazón admitir».

Aquí habla el autor y dice así

Cuando Deseo hubo terminado su razón y el Corazón hubo atestiguado cuanto dijera, el dios de Amores echóse a sonreír, y sacudiendo la cabeza respondió a Deseo diciéndole así:

Cómo el dios de Amores responde a Deseo y dice así

«¡Deseo, la cabeza has bien ligera!
 Tú no has cambiado tus maneras.
 Pues eres harto exaltado y ardiente
 Y bien sabemos que eres asaz valiente.
 Mas no incumbe a ninguno de vosotros
 Amenazar a ninguno delante de nosotros.
 Orgullo es de nuestra mesnada,
 Y Rechazo; cosa es certificada.
 De los murmuradores nada digamos
 Y a Celos harto despreciamos.
 ¡Déjate ya de a otros alabar!
 Dejemos esto y hablemos de otro cantar.
 Oída la petición,

Según tu proposición,
 Del Corazón, de la licencia que demanda,
 Que no es pequeña demanda,
 Nosotros de ello aquí hablaremos
 Con nuestros amigos y consejo.
 A nuestra madre iremos a hablar,
 Venus, a quien debemos amar.
 Mas antes a cenar iremos,
 Y luego todos juntos hablaremos.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces Amor tomo a Corazón de la mano, pues mucho deseaba conocerle, y llevóle junto con sus compañeros a una gran sala de recepción, donde les hizo dar de cenar delante de él. Mas del todo huelga preguntar si fueron servidos de buenas y apetitosas viandas; y, mientras charlaban y platicaban contándose sus nuevas, vino un joven mozo a decirle a Amor que la dama Piedad, la priora del Hospital de Amores, acababa de llegar. Y Amor respondió que fuese bienvenida, y ordenó que fuese llevada ante Venus, su madre, y así lo hicieron enseguida aquellos a quienes correspondía. Entonces bebieron y comieron todos a placer y, cuando hubieron cenado y hubieron dado las gracias, hete aquí que entra Honor, acompañado de Buen Renombre, Valentía, Humilde Petición y muchos otros barones, que venían de la armada hecha por Amor al encuentro de Malalengua y los murmuradores, y habían venido para preguntar a su señor qué deseaba que hiciesen. Y saludaron a éste y él les devolvió su saludo y dióles gran recibimiento. Mas, sobre todos los otros, el Corazón y Deseo gran bienvenida les dieron y grandemente se regocijaron con su llegada, y lo mismo hizo Largueza, quien ya de mucho tiempo les conocía, y el Corazón agradeciéndoles la gran cortesía que habían hecho cuando le liberaran de la prisión de Cólera y Tristeza, y contó a Amor en su presencia todo el asunto de cabo a rabo. Mas apenas tardó la dama Venus en entrar en la sala, pues ella tenía la costumbre de venir siempre a ver a su hijo el dios de Amores después de la comida y la cena, y éste hízole gran reverencia. Y, pasado un rato, llevóse a su hijo aparte y llamó a la dama Piedad, que con ella había entrado en la sala. Después llamó a Lealtad, Honor, Buen Renombre, Valentía, Buena Acogida y a muchos otros de su consejo e hizo abandonar la sala a todo hombre presente. Entonces se fue el Corazón con sus

compañeros a pasear en la sala y, para contaros acerca de toda la hechura de la susodicha sala y de la tapicería que en ella pendía, dejará ahora el relato de hablar del dios de Amores, el cual sostenía ahora consejo, y volverá a hablar de lo que el Corazón vio en la susodicha sala. Y, en primer lugar, dicha sala estaba pavimentada de recuadros de topacios, esmeraldas, rubíes y zafiros, de trabajo de mosaico a flores y personajes, con grandes letras griegas o moriscas. Los bancos y las sillas eran de oro fino, y las mesas y caballetes eran de plata. Había en la sala diez grandes tapices de seda, todos labrados en oro o en trabajo de Arras; y en el primero de éstos tapices, que estaba sobre el banco alto, había tales personajes y escritura como aquí se relata:

Tal era la primera pieza de la tapicería de la sala de Amores y las letras que en ella había escritas decían así

Mi justo nombre es Ociosa, y siempre voy la primera,
Por lo cual yo siempre porto del dios Amor la bandera,
Como aquella que mejor la puede y debe portar,
Pues fuerte es mi placer en diversiones tomar
Haciendo incesantemente gozosa y alegre cara,
Siempre pronta a cantar, hacer justas y bailar,
Así como por Juventud mi gran cola llevar,
La cual en servirme a mí no se muestra muy contenta.

Seguidamente, hacia la mano izquierda, había otra, ni más ni menos, sino igualmente hecha, con excepción de los personajes y las letras que debajo había escritas que decían así

Yo soy un gentil arquero cortés y atrayente
Y tengo por nombre Mirada, con Bello Semblante,
Y mi oficio es lanzar flechas desde ojos sonrientes.
Guárdese quien quiera, y esté bien seguro en el juego,
Pues nadie en él de mi compasión ha logrado,
Ni pobre ni rico, ni jóvenes ni viejos;
Amor así lo ha ordenado y así también yo lo quiero,
Para que al final ninguno se ande de él mofando.

Tal era la iij.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Yo soy llamado Placer, y a aquél que sin menester se halle,
Por Loca Presunción que a menudo en él mi corazón recibe

Dulcemente embalsamado de alegre locura,
Pongo en fuerte vasallaje y así ato y encadenó
Mi franqueza del todo mucho mejor que por el dedo.
Amor, a quien yo me alío, así lo otorga,
Pues la muy bella y dulce, gentil y amorosa
De otro modo nunca me amaría, tal yo creo.

Tal era la iiij.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Yo soy Ardiente Deseo, que, ciego, sin bastón
Camino, sin saber por qué voy y estoy,
De este modo que veis, detrás de Vana Esperanza,
Y no sé ni cómo es, sino que he confianza
En que mi asunto irá bien, porque al tono de su voz
A caminar siempre detrás me apresto yo.
Amor así lo quiere, y de ello ha hecho ordenanza,
Y no obstante todo esto, no conozco la razón.

Tal era la quinta pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Llamado Recuerdo soy, con Pensamiento también,
Que forjamos sin cesar, como aquí veis,
Floreçillas de ancolias y maravillas en flor
Sobre el yunque de la pena, con martillos de labor,
Para los amantes dolientes que dama han sin merced
Hacer rosario con flores del revés.
Quien quiera de grado lo tome pues es el pago de Amor.
Tal es la manera; que así sea es menester.

Tal era la vi.a. pieza de tapicería y los versos que bajo ella había escritos decían así

Pretensión Vana yo soy y Abuso mismamente,
Que aquí hemos venido a pretender solamente
Querer coger las grullas en vuelo si podemos:
Por eso detrás de ellas saltamos y corremos
A fin de atraparlas, como veis, locamente,

Y por más que siempre en cogerlas fracasamos,
Amor nos ordena que no nos arrepintamos
Diciendo que buen premio habremos seguramente.

Tal era la vij.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Voluntad es mi nombre y del amoroso coraje
Orgullosa y altanera y llena de ultraje
A buen derecho me quejo muy descontentamente
Pues demasiado poco me aprecia quien me ve impotente;
Y me hace siempre por ello cara extraña y salvaje
Por el Pobre poder que me arrastra por senda,
Que es tan pequeño y mezquino que doliente
Me encuentro cuando veo su débil personaje.

Tal era la viij.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Alegría soy llamada, la jovial y festiva,
La atrevida, la gozosa, la siempre divertida,
Que nada pide sino siempre tener fiesta,
Mas no he podido, pues Duelo me rompe la cabeza,
Con su fuerte gritar y bramar y suspirar tanto
Cada vez que ve que a divertirme me apresto.
Para hacerme molestia él me causa gran entuerto
Diciendo que sin él no iré nunca a ningún lado.

Tal era la novena pieza de tapicería y los versos que bajo ella había escritos decían así

Yo me llamo Locura, y el rostro torno
De Entendimiento hacia atrás, y su cabeza transformo
Así sea en tonta como en loca e infame,
Y para mejor ponerlo de amar en alta gama
Yo le adulo mintiendo y así le soborno
Untándole de buen hablar, que es más dulce que bálsamo,
Y así él cree ser amado, mas nadie en verdad le ama.
Perder su tiempo le hago, y su ventaja le trastorno.

Tal era la x.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Razón tengo yo por nombre, y sin culpa estoy condenada
A estar aquí muy sola tras la puerta olvidada,
A fin de que de mí no sea dicha más nueva.
Amor y Juventud y Ociosa la bella
Aquí me han apartado, y Pretensión Vana luego,
Voluntad la rebelde, Pensamiento y Recuerdo
Y Placer abusado, o Deseo que apela
A Vana Esperanza, llevándole sus recreos.

Ningún otro tapiz había tendido en la susodicha sala, mas había allí también un dosel y un cielo para la sala por encima de la mesa, de tela de oro carmesí, tendido sobre el gran banco, que era maravillosamente rico. Hasta aquí, pues, os ha explicado el relato la manera de la susodicha sala y, por tanto, ahora dejaré de hablar de ella y volveré a hablar de Amor, el cual en consejo está; y dice que primero pidió consejo de la dama Venus, su madre, y después a todos los otros por orden, acerca de lo que el Corazón había hecho proponer y solicitar por medio de Deseo, como ya habéis oído. Y, oídas todas las opiniones, concluyeron finalmente que Amor bien debía retener al Corazón como su servidor, pues bien era éste digno de servir a un rey, y todos pensaban que buen y leal servidor sería, y que era valiente, pues bien lo había demostrado en la conquista que había emprendido a instancia de Deseo. Mas también fueron todos de la opinión de que Amor debía tomar de él juramento de que le serviría lealmente y observaría bien sus mandamientos. Y esto haciendo, parecían que debía también otorgarle licencia para conquistar a la dulce Gracia, así como algunas de sus gentes para acompañarle, mas que, sin embargo, debería él guardarse bien de matar a Orgullo y a Rechazo, pues eran gente de Amor, por rebeldes y despreciables que pudieran ser; si tal no hiciese muchas serían las gentes que le harían entuerto. Mas en derrotarles bien, a fin de que se hiciesen más amigables, no habría gran peligro. Y, en cuanto a Celos y los murmuradores, decidieron que les diera muerte si pudiera alcanzarlos, pues, de todas maneras, siempre han causado y causan entuerto a Amor y a todos los suyos. Y, tras esta conclusión, fue ordenado que Honor, como el más grande que era, transmitiría las palabras. Entonces fueron llamados el Corazón y sus compañeros, los cuales se arrodillaron, y Amor hizo-

les levantar y mandó a Honor que les dijese cuanto había que decir y cuanto en el consejo había sido deliberado. Y Honor inclinóse y comenzó a decir, con orden y bella retórica, todo cuanto había sido acordado, como ya hemos dicho. Y el Corazón dio gracias muy humildemente, mas no le hizo sentir muy contento, ni tampoco a Deseo, el que le fuese prohibido dar muerte a Orgullo y a Rechazo, pues bien parecían a ellos que, mientras éstos viviesen, nunca podrían llevar a cabo su conquista a su voluntad. No obstante, contento o no, el Corazón puso rodilla en tierra después que hubo saludado y hecho reverencia a la dama Venus, y dijo así a Amor:

Cómo el Corazón habla a Amor agradeciéndole y dice

«Alto y poderoso dios terreno,
Mi señor, a quien yo me atengo,
Muy humildemente os agradezco.
Mas no estoy del todo contento,
Y paréceme que no es prudente
Que no me toleréis dar muerte
A Rechazo y Orgullo, esos villanos,
Que bien cierto estoy de que son malos;
Mas haber me es menester paciencia,
Puesto que tal es vuestra ordenanza.
Me deja pues hartos perplejo
Lo que decís vos y vuestro consejo,
Que Orgullo sea vuestro servidor,
Y Rechazo; tal cosa paréceme error,
Pues si tiempo ha muertos estuviesen,
Amantes leales la Gracia tuviesen,
¡Ay! a quien así voy yo a buscar,
Y con fatigas intento conquistar.
Mas dejemos esto. Yo os suplico
Que de las gentes de vuestro dominio
Algunos me queráis otorgar
Para venirme a acompañar,
Rogándoos por amistad
Que me déis primero a Piedad,
Me cedáis también a Buena Acogida,
Pues sin él no quisiera hacer partida,
Y también Promesa me sea otorgado,

Pues Piedad de él dirección me ha dado
Cuando hasta aquí me aconsejó viajar.
De lo cual bien me debo acordar.
Tener también quisiera a Humilde Petición,
Pues con ello me daréis gran satisfacción.
Despachadme pues, señor, en esta hora,
Pues hacer ya no debo gran demora.»

Aquí habla el autor y dice que

Entonces Amor comenzó a sonreír y se dijo a sí mismo que el Corazón era harto caluroso y activo, y, en llevando aparte a su consejo, advertido fue de que el Corazón no pedía a ninguna, de entre sus gentes, que no se le pudiese bien conceder, y entonces se dio orden a Lealtad, de parte del dios de Amores, que tomase juramento al Corazón de que buen y leal servidor sería y que en adelante observaría siempre sus mandamientos y Lealtad tomó un libro e hizo poner su mano encima al Corazón. Y, tomándole juramento, díjole de esta manera:

Cómo Lealtad hace jurar al Corazón que servirá lealmente al dios de Amores y dice así

«Corazón, vos juráis y prometéis
Que lealmente obedeceréis
Y serviréis al dios de Amores
Desde ahora en todas ocasiones,
Y siempre de castidad huiréis
Tanto en invierno como en estío
Y que bien, según vuestro sentido,
Sus mandamientos guardaréis,
Los cuales si queréis saber
Tomad el trabajo de leer y ver
El muy bello Romance de la Rosa
Allí donde el arte del amor se toca,
Y en él siempre los encontraréis
Y muy bellos dichos veréis.
Estudiarlo tened a bien,
Pues bien sirve a este menester.
Huid siempre de esos murmuradores

Pues son de vuestros hechos detractores,
Y de Celos bien guardaos,
Que falsa enemiga será para vos.
Quien no los mate maldito sea,
Quien el brazo derecho sobre ellos tenga.
Mas de Rechazo, y de Orgullo también,
De vengaros así os guardaréis,
Con Temor y Vergüenza lo mismo hagas,
Amor de otro modo no lo querría por nada,
Pues hace tiempo ordenado les hubo
Que en nada se descuidase ninguno
De a la dulce Gracia bien guardar.
Y bien creo yo que han hecho tal,
Pues habría ella tenido demasiados envidiosos,
Y todos habrían sido para ella harto tediosos.
Mas por cuatro golpes de bastón
No daría Amor ni un botón.
Es para tales gentes la mejor enmienda
Que hagan más de lo que se les encomienda.
Que Amor de vos homenaje reciba;
Besadle una de sus rodillas
En señal de gran reverencia,
Así como de verdadera obediencia.
El os concederá esas gentes
Como de él se siente y entiende,
Tal como le habéis pedido,
Para servir a vuestro justo cometido.»

Aquí besa el Corazón la rodilla a Amor y dice el autor que

Entonces hizo Amor llamar a la dama Piedad, a Buena Acogida, a Promesa y a Humilde Petición y les encomendó que marchasen con el Corazón para ayudarle a conquistar a la muy dulce Gracia, pues bastantes fatigas había éste padecido y bien era hora de que, en lo sucesivo, fuese de algún modo recompensado. Mas ordenóles que se guardasen bien de transgredir cuanto habían oído a Lealtad decir y proponer. Y Piedad, Buena Acogida, Promesa y Humilde Petición ofreciéronse muy voluntarios. Hízose después la hora de cenar y la dama Venus quiso retirarse a su cámara, mas primero despidiéronse de ella los compañeros de la empresa de la conquista de la dulce Gra-



Il y parle l'auteur et dit ainsi que:
Quant les quatre compagnons eurent leue et oyee
les lettres qui estoient escriptes ou tableau Ilz
furent xxiijz tray durement et se regarderent
l'un l'autre comme tous esbahiz achies de uer le cuer qui
plus estoit beau que nulz des autres. L'un et l'autre
en la maisonnette le premier et les deux compagnons
entrerent apres mais Ilz trouuerent pouruoir hofiel et mal
roustie Ilz marcherent Jusques au foyer de la maisonnette

face raconter Jusques a ce qu'ils vindrent pres de celui
 boys mais ils ny peurent pas si tost venir que le fouleux
 ne fust couché avant qu'ils y arrivassent Et quant ils
 furent la arrivez ils regarderent devant eulx et virent
 alores un boys un petit hermitage ils turent celle part
 et descendirent de dessus leurs chevaux et entrèrent en la
 chapelle de hermitage la ou ils trouverent hermite d'un
 ses complices ils le saluerent et luy demanderent aherber
 quer pour celle nuit et hermite qui bien preudhomme fust
 sembloit leur respondit disant en telle maniere



44v

cia, pues era su intención partir de buena mañana para mejor poder llevar a cabo cuanto habrían de hacer, y ella tocó a cada uno de ellos la mano y encomendóles benignamente a Dios, y, después, comenzó a caminar derecha a sus habitaciones con tanta elegancia que verla era cosa verdaderamente hermosa. De sus vestiduras no quiero yo hablaros por razones de brevedad; y tampoco mi ingenio sería suficiente para poderlas describir, mas todo cuanto os puedo decir es que estaba bellamente ataviada como una diosa. La tapicería era toda de satén carmesí, bordado de oro fino y perlas, con los distintos personajes que aquí se siguen:

Tal era la primera pieza de tapicería de Venus y los versos que debajo había escritos decían así

Porte Agradable y Animo Gentil
 Muchos corazones capturan con la trampa de Recuerdo,
 Donde en frugalidad a los pobres hacen languidecer
 Antes de que puedan haber ningún consuelo.
 Muy tristes y pensativos les hacen devenir.

Tal era la segunda pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Juventud y Belleza su tiempo no han perdido
 Bajo la forma de Ociosa la red han sacado
 Y juntos de buen acuerdo en este lugar la han tendido
 Y en cazar corazones veleidosos tanto se han afanado
 Que ni uno solo escapa si demasiado lejos no ha volado.

Tal era la iij.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Alegre Diversión y Graciosa Bienvenida
 Van tendiendo a su paso los lazos de la confianza,
 Y allí buenamente sin temor, de buena voluntad,
 Hacen a los corazones venir con su hábil acogida
 Y después, simplemente los toman bajo fianza.

Tal era la iiij.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Cortés Manera y Gesto Amable
A la siniestra de Atractivo Semblante
En el rincón del bosque han tendido sus mallas
Y allí esperan la hora más acostumbrada
En que pase un corazón volando poco estable.

Tal era la v.a. pieza de tapicería y los versos que bajo ella había escritos decían así

Loca Pretensión aquí junto a Esperanza
Han untado un árbol alto con abuso,
Si a venir allí se apresta corazón alguno
Ya no estará en su poder, con toda certeza,
Que no deje alguna pluma en el engrudo.

Tal era la vj.a. pieza de tapicería y los versos que debajo había escritos decían así

Duelo y Tristeza de maravillas tienen jaulas
Y de ancolias también semejantemente,
En las que muchos corazones prisión guardan
A quienes hacen, en dolorosas palabras,
Suspirando cantar lastimeramente.

Aquí habla Rogier Buen Tiempo y dice así

Cuando he visto a simples corazones así prendidos
Y por sus muy grandes locuras maltratados
Y ninguno para a Gracia rendirse es tomado,
Sin más esperar, yo mi corazón he recobrado
Para aquí ponerlo junto a los olvidos.

Aquí habla el anciano y dice así

Rogier Buen Tiempo, que aquí está, sabio personaje
Que ha sabido retirar su corazón en tan buena hora
Que nunca ha sido en el amoroso bosque
Atrapado ni ha dejado su plumaje
Como muchos otros que apresados aquí moran.

Aquí habla el autor y dice así

Dice ahora el relato que apenas tardó Amor en ordenar que las mesas fueran preparadas, y así lo hicieron aquellos a quienes tal deber correspondía. Entonces hizo Amor sentar a Honor a cenar a su mesa y a los compañeros de la empresa delante de él, y, si fueron bien servidos, es algo que bien huelga preguntar. Después de cenar, cuando las mesas hubieron sido retiradas, Amor platicó un poco con los compañeros de la empresa. Luego mandó que fuesen ordenadas sus habitaciones para irse a descansar, y que el castillo les fuese abierto a buena hora de la mañana, pues él sabía bien que querrían partir de buena mañana y que ya muy tarde hacíaseles al Corazón y a Deseo para ponerse en camino; y todo se hizo tal como él ordenara. Y, tras estas palabras, los compañeros de la empresa pidieron a Amor licencia para retirarse y deseáronle buenas noches, y Amor devolviéoles su saludo encomendándolos a Dios benigneamente. Entonces retiráronse y fuéronse a acostar los tres en una misma habitación, a fin de que con más prontitud estuviesen preparados y mejor pudiesen estar juntos por la mañana. Mas antes ordenaron tener una misa al despuntar el día, y Largueza puso denarios en tres o cuatro bolsas, pues bien pensaba que habría de ellas menester. Entonces se acostaron y, después que hubieron platicado un poco acerca de su empresa, durmiéronse hasta el alba del día.

Por la mañana Deseo despertóse el primero y llamó a sus compañeros, y después fue a llamar a la puerta de la alcoba de la dama Piedad, y ésta levantóse e hizo en seguida acto de presencia; luego volvió a su habitación donde había dormido y allí encontró a sus compañeros todos listos para oír misa. Entonces fueron todos juntos hasta la alcoba de la dama Piedad y desearon a ésta un buen día, y ella devolviéoles su saludo y marchó con ellos a oír misa. Y, cuando la misa hubo sido dicha, abandonaron el bello castillo de Placer y pusiéronse en camino, a pie, derechos hacia la mansión de Rebelión, donde se hallaba la dulce Gracia*; y no había desde el susodicho castillo hasta allí más de dos buenas millas, que son alrededor de una legua francesa. Mas el Corazón y Deseo ordenaron que la dama Piedad y Buena Acogida se adelantaran y marcharan los primeros, y convinieron en que Buena Acogida volvería a su encuentro y les haría saber la condi-

* Principio, en el manuscrito de Viena, del episodio del «bello parque» (ver el apéndice).

ción de la dulce Gracia, por más que la dama Piedad había ya bien contado al Corazón y a Deseo la buena respuesta y el buen semblante que en ella había encontrado la otra vez que fuera a visitarla. No obstante, púsose en camino delante de Buena Acogida, * y tanta prisa se dieron que, en muy poco tiempo, llegaron a la masión de Rebelión y encontraron a Orgullo en la puerta, que ya estaba levantado, pues asaz celoso era en su guardia de la dulce Gracia. Y, cuando éste vio a la dama Piedad y a Buena Acogida, enrojeció de mal talante y frunció el ceño, y no se pudo tener de decirles así:

Cómo Piedad y Buena Acogida llegaron a la puerta de la mansión de Rebelión, en la cual estaba la dulce Gracia encerrada, y encontraron a Orgullo el cual les dijo de esta manera

«Esta sucia y vieja alcahueta
Buscando irá alguna querella.
¡Los diablos se la quieran llevar!
Pues hoy no hará más que trotar.
Y también ese jovenzuelo,
Buena Acogida, que tanto se las da de bueno,
Y le va haciendo compañía.
Si no fuesen de la partida
De Amor, aquí jamás entrarían.
Bien sé yo que de ello bien se guardarían».

Aquí habla el autor y dice de esta manera

Entonces Buena Acogida le miró con gran despecho y, enrojeciendo, no se pudo tener de responderle de esta manera:

Cómo Buena Acogida responde a Orgullo diciéndole así

«¡Cállate, rebelde apestoso y villano!
Jamás habrá para ti palabras de buen grado,
Pues otra cosa que rebuznar no sabes hacer
Acerca de cosas en las que no has ningún quehacer.
No hables más de nuestro marchar,
Pues a Gracia nos es menester hablar.»

* Dice el texto original, literalmente: «púsose en camino entre ella y Buena Acogida...» (N. del T.).

Aquí habla el autor y dice así

Con estas palabras entraron en la mansión y fueron derechos a la cámara de la dulce Gracia, la cual comenzó a enrojecer en cuanto vio a la dama Piedad. Mas nada osaba decir a causa de Vergüenza y Temor, que muy de cerca la vigilaban, y también de Celos y los murmuradores que estaban también dentro de la habitación. Sentóse entonces Piedad junto a ella y preguntóle cómo había estado desde la última vez que se vieran. Después díjole en voz baja que el Corazón, del cual ya habíale hablado el otro día, venía hacia ella y muy pronto estaría allí. Y ella comenzó a enrojecer más fuertemente, de lo cual percatáronse bien los murmuradores que enseguida lo dijeron a Temor y Vergüenza y fueron al instante a anunciarlo a Orgullo y a Rechazo. Y Piedad comenzó a decir a la dulce Gracia lo más calladamente que pudo si tenía alguna cosa que mandar al Corazón, su amigo verdadero, y que le mandase algún mensaje por medio de Buena Acogida, al cual ella deseaba volver a enviar enseguida. Entonces hízole señal la dulce Gracia de que le hiciese venir lo más pronto que pudiese; pues no osaba decirle nada de otro modo que no fuese por signos, tan de cerca era vigilada. Entonces Buena Acogida partió del lado de la dulce Gracia dejando allí a Piedad, y marchó a toda prisa al encuentro del Corazón y de sus otros compañeros, a quienes encontró ya a un tiro de ballesta de la mansión de Rebelión, y con gesto de gran contento anuncióle que Piedad y él habían hallado a la dulce Gracia y que mucho ansiaba ésta su llegada. Mas díjoles que anduviesen prevenidos, pues Orgullo, Rechazo, Celos, los murmuradores, Vergüenza y Temor estaban todos dentro y al acecho, y que, tal como él pensaba, grandemente temían su llegada. Entonces desenvainó cada uno su bastón, del cual habíanse guarnecido en el castillo de Placer antes de partir, y el Corazón comprobó su buena espada y su armadura, de la cuales no se hallaba desprovisto, así como tampoco de su cofia de hierro, y díjose a sí mismo que en mal trance pondría a Celos y a sus murmuradores si les podía alcanzar. Y, cuando cada uno de ellos húbose guarnecido de su bastón como mejor pudo, pusiéronse todos juntos en camino, y en muy poco tiempo se hallaron en la puerta de la mansión de Rebelión, en la cual encontraron a Orgullo, que mucho temía su llegada y estaba armado de una gruesa y vieja chaqueta y de un bacinete oriniento de muy vieja hechura. El era gordo y contrahecho, feo y horrible, y harto parecía en verdad ser hombre rebelde y de mala condición; y en

su mano sostenía un grueso bastón de níspero, todo preso de ira y de mal talante y dispuesto a herir. Entonces habló Deseo el primero y díjole de esta manera:

Cómo Deseo y sus compañeros llegaron a la puerta de la Mansión de Rebelión y Deseo habló a Orgullo diciéndole así

«Orgullo, adentro hemos de pasar,
Pues un poco queremos hablar
Con la bella y dulce Gracia
Por quien hemos venido hasta acá.

Aquí habla el autor y dice que

A estas palabras, Orgullo miróles con tanto despecho que parecía como si de su rostro saliese fuego por la visera de su bacinete. Entonces respondió muy airadamente y dijo así:

Cómo Orgullo responde a Deseo diciendo así

«Andad, andad por vuestro camino
Señores míos, ¡que Dios os tenga protegidos!
¿A quién tratáis de atrapar?
Guardad vuestros bártulos y vuestros bastones
Y marchad con vuestra canción a otro lugar
No es a mí, buenos señores,
A quien decir tales palabras debéis.
Andad vuestro camino y que Dios os guarde bien.»

Aquí habla el autor y dice así

Entonces sintiéronse Deseo y el Corazón ofendidos y heridos, como hombres ardientes y exaltados que eran. Mas Humilde Petición les contuvo y les dijo que le dejasen hacer, pues él quería decir dos palabras. Entonces dirigióse a Orgullo y hablóle de esta manera:

Cómo Humilde Petición habla a Orgullo y le dice

«Orgullo, Amor, mi señor, te manda
Por mediación mía y te demanda

Que ahí dentro dejes pasar
A estos compañeros sin protestar,
Para hablar a la dulce Gracia.
Sabe bien que él quiere que así se haga,
Ciertamente, con todo bien y en honor;
De otra guisa no lo quiere el Corazón.»

Aquí habla el autor y dice

Entonces Orgullo irguióse sobre los dedos de los pies y con gran altanería y soberbia, haciendo mofa y escarnio de Humilde Petición, el demandante de Amor, respondióle así:

Cómo Orgullo responde a Humilde Petición, el demandante de Amor, diciéndole así

«Tú has estado en buena escuela
Mi pequeño, tu palabra es bella,
Pues muy bien sabes cacarear
A quien te quiera escuchar.
Mas no es aquí, es en otra puerta;
Con tales palabras bien abatido me dejás.
Haced lo peor que podáis,
Pues, ¡por Dios que aquí no entráis!»

Aquí habla el autor y dice de esta manera

Y, a estas palabras, el Corazón no pudo esperar más y, sacando su buena espada, quiso ir y herir a Orgullo, y Orgullo quiso enviarle un golpe a la cabeza. Mas Promesa había ya echado atrás a su compañero, de modo que no se pudieron herir, y rogó a todos sus compañeros que le dejasen tomar un poco la palabra. Entonces ellos se la concedieron y Promesa habló a Orgullo, diciéndole de esta manera:

Cómo Promesa habló a Orgullo y le dijo de esta manera

«Orgullo, aquel que usa de cortesía
Es de razón que le sea merecida.
Si vos queréis obrar con gran sentido,
Que pasar adentro nos sea permitido,

Yo os prometo de corazón verdadero
Que os daré oro y dinero
En tan grande cantidad
Que jamás pobreza habréis de pasar.»

Aquí habla el autor y dice de esta manera

Entonces comenzó Orgullo a escuchar a Promesa y serenóse un poco, mas no quiso llegar a acuerdo alguno con él pues no estaba bien seguro de las promesas que le hacía. Y, mientras juntos parlamentaban, vino Largueza hasta ellos y, cara a cara, arrojó una bolsa llena de denarios a la oreja de Orgullo con tanto ímpetu que éste quedóse aturdido y perdió en seguida el habla rebelde y grosera de que antes había hecho uso, y, mientras arrojaba la bolsa como hizo, Largueza dijo a Orgullo dos palabras, de esta manera:

Cómo Largueza habló a Orgullo diciendo así

Déjanos, Orgullo, yo te ruego,
Ir a ver a la dulce Gracia;
Que poco tiempo aquí estaremos
Y aún tendrás de éstas otras tantas.

Aquí habla el autor y dice que

Y con estas palabras tomó Largueza otra bolsa llena de monedas y la arrojó con tanto desprecio contra la otra oreja de Orgullo que éste quedóse de nuevo fuertemente aturdido; mas no fue éste tan tonto y tan insensato que hiciera lo mismo que el perro al que se arroja un pan a la cabeza, que prestamente lo recoge. Sino que se sentó en el suelo, fingiendo estar herido, mas el villano no tenía mal alguno. Entonces tomó las dos bolsas y dejó entrar al Corazón y a sus compañeros en su mansión, los cuales marcharon al instante a la cámara de la dulce Gracia y encontraron a la dama Piedad con ella, que le predicaba y exhortaba a amar al Corazón de Amor Prendido. Y, cuando el Corazón la vio, quedóse de ella embelesado, pues era tan bella y tan dulce que parecía en verdad cosa angelical. De describiros la me es preciso prescindir, pues ni mi ingenio sabría hacerlo ni mi boca decirlo, y además, quien hacer comprender quisiese sus muy grandes belleza y dulzura, un libro para ello habría de hacer más

grueso que éste presente. Mas todo cuanto puedo deciros es que estaba vestida de púrpura, vestido y manto, y que su cabello caía rizado sobre sus hombros, y encima de su cabeza tenía un cerco de oro y de piedras preciosas muy ricamente adornado. ¿Qué puedo deciros yo? Era la más bella criatura que jamás hombre alguno viese. Y, cuando el Corazón y sus compañeros hubieronla contemplado muy atentamente, miraron alrededor de ella y viéronla acompañada de una muy sucia canalla, y el Corazón preguntó a Buena Acogida quiénes eran aquellas gentes, y Buena Acogida díjole de esta manera:

Aquí Buena Acogida dice al Corazón los nombres de las gentes que tenían a la dulce Gracia encerrada, y dice así

«Corazón, amigo, esos son murmuradores
Que jamás de la verdad fueron habladores,
Y también veo a Celos en su compañía,
Y a Vergüenza y Temor, que Dios les maldiga.
Tales gentes de Gracia hacen la guardia;
¡Que en el fuego de San Antonio ardan!
Mas ya de esto ni más ni menos,
Puesto que aquí estamos, es lo de menos.»

Aquí habla el autor y dice así

Entonces acercóse el Corazón a la dulce Gracia, mas, cuando cerca de ella estuvo, tan fuera de sí se hallaba que no supo decir palabra, y Deseo adelantóse, pues quería hablar por él, mas el Corazón le rogó que dejase hablar a Humilde Petición, pues bien ducho era éste en el lenguaje y bien conocía la manera de hablar a los verdaderos enamorados. Entonces tomó el Corazón a Humilde Petición de la mano y Deseo del otro lado, y se aproximaron hasta hallarse muy cerca de la dulce Gracia y de la dama Piedad que estaba junto a ella. Y, saludándola, Humilde Petición dijo así:

Cómo Humilde Petición habla a la dulce Gracia por el Corazón y le dice así

«Señora, Dios os envíe
Honor, salud y toda alegría.
He aquí al Corazón que ha padecido

Tantos males que (?)
 Para conquistar vuestro amor,
 Que viene aquí a ofrecerse a vos
 Para serviros en adelante
 Por cuanto esté en su poder bien lealmente.
 Tened pues de él piedad,
 Por dulzura y por amistad,
 Cuidado no hayáis de que piense
 Nada que a vos os moleste.
 Morir quisiera él de muerte mala
 En tanto en vuestra gracia no se hallara.
 Ahora más no posponedlo,
 Y por servidor retenedlo.»

Aquí habla el autor y dice que

Cuando Humilde Petición hubo terminado su razón, la dulce Gracia miró a la dama Piedad, que púsose a sonreír, y desde aquel momento muy voluntaria hubiese retenido al Corazón por servidor y amigo suyo, pues muy bello, dulce y humilde jovenzuelo lo veía. Mas no osó darlo a entender con su semblante, a causa de Vergüenza y Temor que la miraban; sin embargo, no se pudo tener y, siguiendo el consejo de Piedad, respondió así:

Cómo la dulce Gracia responde a Humilde Petición y dice así

«Humilde Petición, vos sabéis
 Hablar muy bien cuando queréis,
 Mas saber muy voluntaria querría
 Si el coste vos pagaréis
 Si el Corazón a cuanto decís no es fiel;
 Vos lo pagaréis, razón sería,
 Pues yo pienso que al final
 Por él menester no será hablar.»

Aquí habla el autor y dice que

Cuando el Corazón oyó a la dulce Gracia hablar así a Humilde Petición, bien dióse cuenta que ella quería oírle hablar. Y entonces sentóse cerca de ella y, como hombre fuertemente prendido de Amor que era, contóle su razón de esta manera:

Cómo el Corazón habla a la dulce Gracia

«Mi señora, yo no sabría deciros
 El tan grande mal y el martirio,
 La grave pena y el tormento
 Que por vos he en todo momento.
 Pues tanto estoy de vos sumiso
 Que fatigado de muerte me he visto
 Por vuestra belleza sin par
 Que servir quiero en lealtad.
 Tened pues un poco de compasión,
 Ya no de toda, mas de una porción
 De la fatiga que yo he pasado
 Por vuestro amor, sin ser recompensado.
 Por venir está la recompensa
 Que en recibir pienso con alegría.
 Retenedme como vuestro servidor,
 Bella, y me haréis gran honor.
 Ya sé que yo no soy digno,
 Mas por vuestro dulzor benigno,
 Si a vos, bella, os place, lo haréis,
 Pues en ello al final os glorificaréis.»

Aquí habla el autor y dice que

A estas palabras, la dama Piedad mira a la dulce Gracia y la toma de la mano, y en voz baja, un poco sonriente, le dice así:

Cómo habla Piedad a la dulce Gracia y dice así

«Dulce Gracia, ¿qué os parece?
 Mucho el pobre Corazón se estremece
 Cuando os cuenta su razón.
 ¿Acaso no tendría falsa opinión
 Aquella que lo rechazara?
 Por Dios que sí la tendría, bella dama,
 Pues él es bello, dulce y bien mirado
 Y, puesto que a vos se ha entregado,
 Y bien prendado está de vuestro ser,
 Vos no lo rechazaréis.

Tenedle por servidor;
En ello no podréis hacer error.»

Aquí habla el autor y dice que

Cuando la dulce Gracia hubo bien entendido las palabras que la dama Piedad le decía, éstas llegaronle en seguida al corazón, y pensó que demasiado había esperado y atormentado al Corazón que tan bello y cortés era a su parecer, y volviéndose hacia él, comenzó a decirle así:

Cómo la dulce Gracia habla al Corazón y le dice

«Corazón, o sois embustero y falaz
O muy perfectamente leal,
Pues parece por vuestro hablar
Que no habéis en ello mal pensar.
Si para mi decepción fuese
¡Dios os diera cuanto mereciéise!
En cuanto a mí, más no vacilaré
Y de buen corazón os retendré
Por amigo y servidor,
Mas, que todo sea con honor.
Ahora vos me prometéis
Que lealmente me serviréis
Y, mientras viváis, ni una jornada
Por vos seré yo olvidada,
Pues el olvido es falsa vianda;
No es lo que mi corazón demanda.»

Aquí habla el autor y dice que

Cuando el Corazón oyó así hablar a la dulce Gracia, estremióse de gozo y cambió de color y, enrojeciéndose, respondió a la dulce Gracia así:

«Mi señora, vuestra gracia,
Y yo os juro sin falta
Que lealmente os serviré
Y en todo bien os obedeceré.»

Aquí habla el autor y dice

Y, a estas palabras, Deseo incitó al Corazón haciéndole señas de que se había extendido bastante en sus menesteres y que demasiado había esperado recibir un beso de la dulce Gracia. Entonces el Corazón quiso adelantarse para besarla, mas Vergüenza y Temor pusieron al instante entre los dos y los murmuradores comenzaron a gritar en voz tan alta que hicieron venir a Rechazo, todo preso de ira y mal talante, y Orgullo vino tras él, que no estaba menos lleno de cólera, y ambos blandían un grueso bastón de nispero. Y, tan pronto como entraron en la estancia y vieron al Corazón tan cerca de la dulce Gracia y que la quería besar, Rechazo alzó su bastón y dio al Corazón tan gran golpe en la cabeza que, de no haber sido por la cofia de hierro que tenía bajo una muceta, habría resultado muerto. Y, antes de que pudiese poner la mano en su espada, asestóle Orgullo todavía otro tan grande que lo dejó todo aturdido, y comenzaron entonces a golpear a diestra y siniestra de tal manera que en pocos instantes hiciéronse sitio holgado en la estancia. Mas no tardó mucho el Corazón en volver de su aturdimiento, y, lleno de despecho por haber sido de tal forma golpeado por dos villanos, puso la mano en su espada y golpeó de tal modo a Orgullo, al cual encontró primero, que hízole saltar de la cabeza un pedazo de hueso de tres dedos de ancho, y recobrándose asestó a Rechazo tan gran golpe que hundióle una pieza de la mejilla derecha. Tan grande y pesado fue el golpe que la espada rompióse por la empuñadura, y tanta fuerza puso que, aunque le hubiesen dado cien marcos de oro, en aquel instante no habría sabido asestar otro golpe con el mismo brazo. Y entonces, los murmuradores, Celos, Temor y Vergüenza comenzaron a mezclarse con el Corazón y sus compañeros. Feroz, dura y cruenta fue la batalla, y Deseo, Largueza, Buena Acogida y Promesa portáronse muy bien, mas Humilde Petición en ella no se mezclaba sino que tan sólo miraba, pues demandante era. ¿Qué podría yo deciros? Tanto duró la batalla que el Corazón, con toda su valentía y proeza, derrotóles y arrojó a todos fuera, a Orgullo, a Rechazo y a toda su mesnada, y entonces comenzó a buscar arriba y abajo por toda la mansión, a ver si había alguno escondido y si podía encontrar a Celos y a los murmuradores para darles muerte si alcanzarles pudiese, pues bien se acordaba de que había oído decir que eran enemigos a su maestro y señor el dios de Amores. Mas todo fue en vano, pues aquellos habían huido los primeros. Entonces regresó a la estancia de la dulce Gracia

y encontróla junto a Piedad; y estaba toda despavorida del miedo que había tenido al verles así combatir, y tenía el semblante un poco pálido, lo cual sentábase muy bien y dulcemente a su color que era sonrosado y fresco como la bella rosa de mayo. Y sentóse el Corazón junto a ella y, serenándola lo más dulcemente que pudo, recibió de ella un gracioso beso. Mas ahora deja de hablar de éstos el relato y vuelve a hablar un poco de Orgullo, Rechazo y de su mesnada, que huido habían, contando una parte de sus asuntos.

En este punto dice el relato que, cuando Orgullo, Rechazo y sus gentes, que huido habían de la estancia de la dulce Gracia a causa de los golpes que el Corazón y los suyos les asestaban, estuvieron lejos de la mansión de Rebelión, como alrededor de una milla, Orgullo, que había sido de los primeros en huir como gran villano que era, volvióse y vio venir detrás de él a Rechazo, que fuertemente herido estaba. Entonces le esperó, y cuando juntos estuvieron de nuevo, detuviéronse un poco mirando siempre hacia el camino por donde habían venido por ver si alguno les seguía. Mas apenas tardaron en ver venir tras ellos a toda su mesnada, unos detrás de otros, con sus cabezas y sus brazos heridos como estaban, y entonces reagrupáronles como mejor pudieron y juntos sostuvieron consejo para ver lo que podrían hacer. Mas uno de los murmuradores dijo que había oído decir, y con certeza lo sabía, que las gentes de Malalengua, su maestro, estaban en aquella isla del dios de Amores, y que, mientras Honor había venido en busca del consejo y la arenga de Amor para combatirlos, ellos habían entrado en la susodicha isla; mas bien había oído luego decir, lo cual mucho les desconfortaba, que Honor habíales combatido y de ellos había abatido a gran cantidad. Y así había ciertamente acaecido, pues cuando Honor hubo arribado al castillo de Placer, como el relato ya os ha explicado antes, tanto afanóse por llegar ante Amor que éste entrególe refuerzo de gentes, con las que fue a combatir a los murmuradores derrotando a una gran cantidad de ellos. Mas, con tantos como había derrotado, todavía quedaron muchos de ellos, y Orgullo y Rechazo y su mesnada retiráronse con ellos, por consejo del murmurador, y encontraron a Malalengua quien, después de haberle contado todo su asunto, cedióles a cuantas de sus gentes quisieron tomar, pues ellos dijéronle que se vengarían bien del ultraje que el Corazón y los suyos habíanles hecho. Entonces tomaron hasta cuarenta de los más fuertes murmuradores que se hallaban en compañía de Malalengua y fueron a emboscarse en un pequeño montón de madera que había delante de la mansión de Rebe-

lión; en hacer todo esto no tardaron más de tres horas, pues Malalengua sus murmuradores encontrábanse bastante cerca de allí. Mas ahora deja el relato de hablar de Orgullo y de los murmuradores y vuelve al Corazón y a sus gentes que se recreaban y platicaban con la dulce Gracia, y apenas pensaban en la guerra que Orgullo y los murmuradores les habían declarado.

Aquí continúa el autor y dice así

En esta última parte dice el relato que, cuando el Corazón y los suyos hubieron de aquella manera espantado a Orgullo, Rechazo y toda su mesnada, como ya habéis oído, y después el Corazón hubo recibido un beso franco de la dulce Gracia, conversaron y divirtiéronse un buen rato unidos por el amor, como los verdaderos enamorados acostumbran a platicar con sus damas. Y, al cabo de un rato, Deseo, que a menudo abarca más de lo que puede abrazar *, incitó y enardeció al Corazón con sus palabras diciéndole así:

Cómo habla Deseo al Corazón y le dice

«¡Corazón, vos sois buen conquistador!
¿Acaso aún más queréis sufrir vos?
¡Bien fácil sois de apaciguar,
Que con un beso os contentáis!
¿No habéis oído decir frecuentemente
Que tanto de esto se lleva el viento?
Recomenzad en forma más bella
Y susurradle en la oreja
Que vos sin duda la llevaréis
Al noble castillo de Placer,
Y allí, con el noble dios de Amores
Vuestros días pasaréis».

Aquí habla el autor y dice así

Y a estas palabras, el Corazón se aproximó y quiso besar a la dulce Gracia una vez más, como Deseo habíale aconsejado, mas ella

* O quizás tiene más sentido, es decir, el sentido que se pretende, «abrazas más de lo que puede abarcar.» (N. del T.)

chóse atrás, pues siempre se acordaba de las palabras que Temor y Vergüenza otrora habíanle dicho. Entonces aconsejóle el Corazón al oído que quería llevarla al castillo de Placer y que allí pasarían sus días en compañía de Amor y de Venus, su madre. Mas ella no quiso avenirse con esto, pues mucho temía que cuando la tuviese en Placer él querría obtener de ella más que un beso. Mas al fin, la dama Piedad quiso saber cuál era su debate, y, cuando lo supo, dijo así a la dulce Gracia:

Cómo habla Piedad a la dulce Gracia y le dice de esta manera

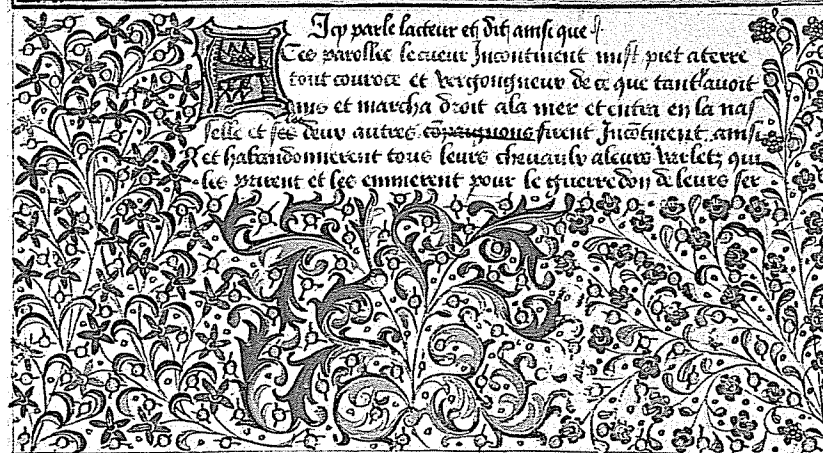
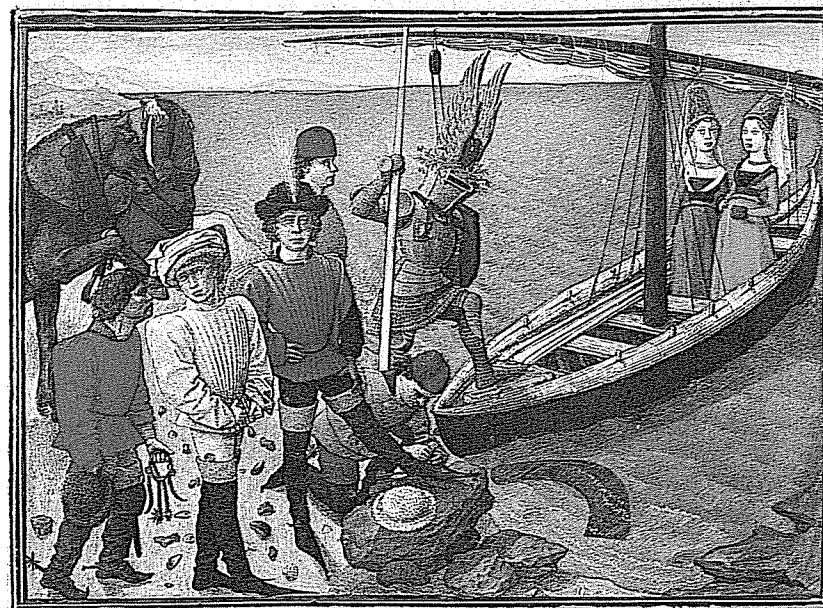
«No toméis a displacer
Ir al castillo de Placer,
Mi bella niña, con el Corazón,
Pues allí encontraréis a Honor,
A quien con Amor he dejado,
Y, puesto que de Honor estaréis siempre acompañados,
Allí muy bien podéis marchar.
Nadie podrá de ello mal hablar».

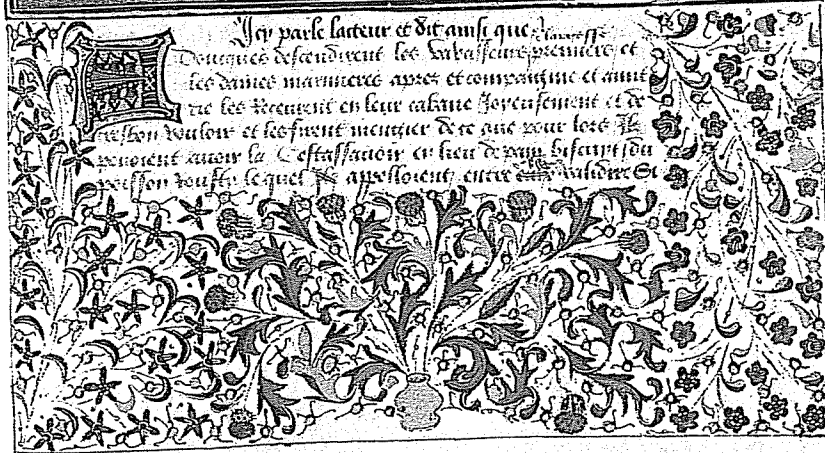
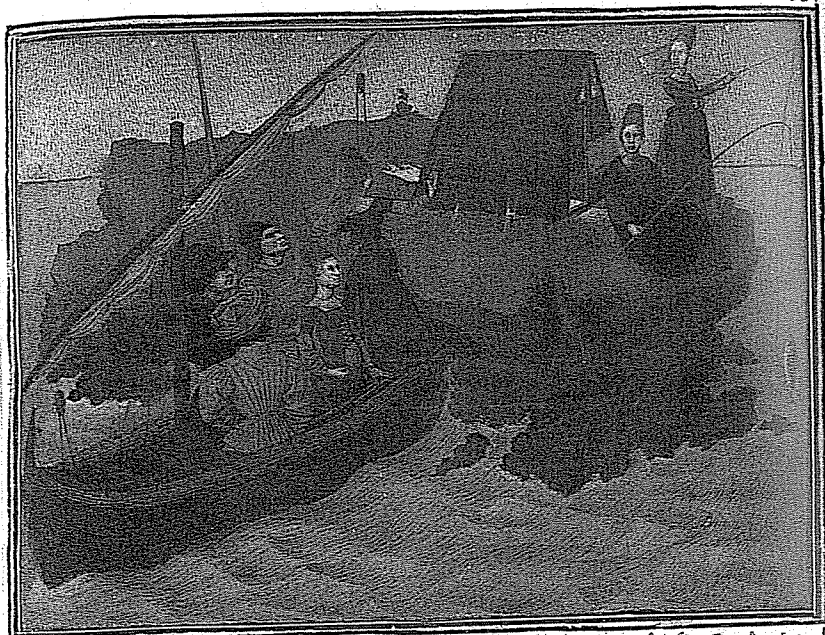
Aquí habla el autor y dice así

Entonces, tantas razones dióle la dama Piedad que al fin la dulce Gracia consintió en ir al bello castillo de Placer, mas no lo hizo sin reparos, pues siempre temía que se encontrasen a los murmuradores en el camino, como en verdad sucedería, y no había miembro de la muy dulce doncella que no temblase; entonces no se pudo tener y, temblando, dijo dos palabras de esta manera:

Cómo la dulce Gracia habla, quejándose, y dice así

«Ruego a Dios que nos proteja,
Y en mi amor alegría me conceda
En su primer empezamiento,
Mas, prevenido me ha sido que vea
Siempre, en camino o en senda,
A Malalengua el malediciente:
¡Maldito sea él y toda su gente!
Jamás podríales yo amar
Pues a menudo dicen mal





De quienes no lo han en su mente.
¡Que Dios les envíe mala muerte!

Aquí habla el autor y dice que

Entonces no esperó más el Corazón y tomóla de un brazo, y la dama Piedad tomóla del otro, y Deseo y Humilde Petición pusieronse delante, y los otros detrás, y de esta guisa pusieronse todos en camino hacia el bello castillo de Placer. Mas apenas hubieron caminado la distancia de un tiro de ballesta por detrás de la mansión de Rebelión cuando Orgullo, Rechazo y su gente y los cuarenta murmuradores, que emboscados estaban delante de la puerta, tal como el relato os ha explicado, cayeron sobre ellos bien armados, embastonados y presos de ira y mal talante, y comenzaron a asestar golpes sobre el Corazón y sus gentes con todas sus fuerzas. Y el Corazón y sus gentes, que así viéronse sorprendidos, pusieronse a la defensiva lo mejor que pudieron, mas su defensa de poco les valió, pues los otros eran seis por uno. Sin embargo, Deseo, que valiente y enardecido era, sacó la espada y púsose a defenderse con gran valor, hiriendo a dos del primer encuentro, mas en seguida dióse cuenta Orgullo de que hacía maravillas, y pensó para sí mismo que, si aquél duraba mucho tiempo, gran estrago podría hacer a sus gentes. Dirigióse entonces hacia él y, mientras éste afanábase en combatir a los otros, dióle un golpe tal en la cabeza con su bastón que hundióle éste hasta el cerebro, y Deseo cayó como muerto con este golpe. Entonces gritó Orgullo, «¡A los otros, pues éste ya está despachado!». Y tanto estrago hicieron Orgullo y los murmuradores que, en poco rato, hubieron herido de muerte a toda la gente del Corazón. Y el Corazón, que vio cómo sus gentes eran así malheridas y descalabradas, comenzó a repartir golpes a diestra y siniestra y a cortar brazos y piernas y a dar muerte a la gente de tal manera que, quien lo hubiese visto, bien habría de pensar en verdad que el Corazón es el más valiente que jamás hombre alguno viese. Entonces, cuando la sucia y vieja Celos vióle de tal modo descuartizar a sus gentes, comenzó a gritar en seguida, «¡A por éste ahora, pues si él dura por más tiempo nosotros no podremos resistir!» *. Y, al instante, Orgullo, Rechazo y todo el refuerzo de sus gentes viniéronsele encima, pues ya no tenían de quién ocuparse

* En el original, en vez de la palabra «resistir» usa de nuevo la palabra «durar» (N. del T.)

más que de él. Entonces el Corazón retrocedió hasta cubrirse la espalda contra un grueso árbol que había en el lugar, y comenzó a repartir golpes de tal manera que hombre ninguno hubiese que por bravo y esforzado no lo tuviese. Mas fue en vano, pues no pudo resistir contra toda la tropa de los murmuradores que se apiñaron todos sobre él, apremiando de tal manera a Orgullo y Rechazo, que iban delante, que les hicieron desplomarse sobre él, quisiesen o no. Mas no fue sin recibir golpe alguno, pues el Corazón asestó tal golpe a Orgullo sobre el viejo bacinete que llevaba, que lo desazonó todo por delante, y cuando Orgullo, que era un villano gordo y huesudo, vióse golpear de aquella manera, envió un golpe tal a la cabeza del Corazón que su cofia de hierro no pudo impedir que le hundiera una de las mandíbulas, y tan cruelmente le alcanzó que el cerebro le asomaba de la cabeza. Entonces cayó el Corazón medio muerto de este golpe, y los murmuradores comenzaron a cargar sobre él de forma tal que no hubo hijo de madre que no le diera su golpe. Luego se alejaron y dejáronle allí por muerto, a él y a sus compañeros, y fueron por la dulce Gracia a quien encontraron llorando, mas la dama Piedad no estaba allí, pues había huido, yendo a ocultarse tras un matorral, cuando vio la dureza de la batalla. Entonces tomó Orgullo a la Dulce Gracia de la mano y púsola de nuevo bajo la guardia de Temor y Vergüenza, los cuales volviéronla a llevar a la mansión de Rebelión y allí la guardaron y apresaron más estrechamente de cuanto nunca había estado. Y, cuando la dama Piedad, que lo veía todo desde el matorral donde se hallaba escondida, vio y se aseguró de que Orgullo y sus gentes hubiéronse marchado, en seguida salió y vino a ver si toda su gente estaba muerta. Mas encontró que todos se levantaban de nuevo y marchaban hacia el castillo de Placer, que no estaba más que a dos millas de allí, excepto solamente el Corazón, que tan fuertemente había sido herido que parecía estar muerto y no movía ni sus brazos ni sus piernas. Entonces sentóse la dama Piedad junto a él, mas primero arrastróle hasta la sombra de un matorral a fin de que los murmuradores no la pudiesen ver, y tanto permaneció allí a su lado que, al cabo de un rato, él comenzó a arrojar un suspiro y entonces, cuando la dama Piedad vio que no estaba muerto, no es menester preguntar lo contenta que se puso. Comenzó entonces a mojar sus manos en un poco de agua que había en un hoyo cerca de ellos, y dióle luego por alrededor de las sienes hasta que, finalmente, tanto se esforzó que el Corazón comenzó a abrir los ojos y a mirar a su alrededor, preguntando dónde estaba su dama, la muy dulce Gracia, y

también sus compañeros, y díjole la dama Piedad que era mejor que no pensase en su dama, pues ella seguía en manos de Orgullo, y, en cuanto a sus compañeros, se hallaban ya en Placer, en el albergue de Amor. Entonces dijo el Corazón a la dama Piedad que, puesto que su dama se hallaba de nuevo en las manos de Orgullo, lo llevase por Dios al hospital de Amor, pues allí deseaba pasar el resto de sus días en oraciones y plegarias. E hízolo la dama Piedad tal como el Corazón le rogara.

Entonces, de la angustia y el dolor
Que mi corazón había, abrí los ojos
Y sobresaltado me desperté
Y, en seguida, muy alto llamé
A mi chambelán que yacía
En un lecho donde dormía
Delante de mí aquella noche,
El cual a mis gritos despertóse
Preguntando «¿Habéis de algo menester?»
Yo le respondí «Oyeme bien»
Y dije así con un suspiro:
«Ah, muy dulce dios del paraíso,
Miedo tengo de que amor haya robado
Mi corazón y con él lo haya llevado,
Pues con la mano siento mi costado,
Mas de mi corazón, creo, estoy privado.
Ya no lo puedo sentir
En modo alguno latir.
Y, además, mucho me temo
Que, con su dardo, mi pecho
Amor haya atravesado para tomar mi corazón.
De la angustia bañado estoy en sudor.»
Entonces él se levantó,
Una candela portó
Y miró en seguida
Si en mi pecho había herida,
Y vió que ninguna había.
Entonces díjome sonriente
Que a dormir volviese tranquilamente,
Y que en ningún modo tenía
Por aquel mal que morir.

Luego por él me hice recubrir
 Y, por vergüenza, ni palabra yo decía,
 Por más que aún, todavía,
 Estaba asaz espantado
 Y en dormir tardé un buen rato.
 Por la mañana, cuando me levanté,
 Tomé papel y escribí en él
 Mi sueño lo mejor que he podido
 Rogando a todos que sea leído
 En alguna buena compañía
 Y se excuse mi locura,
 Pues el mal de Amor es tan severo
 Que no exime a joven ni a viejo,
 Y hace, en muchos momentos,
 Soñar dormido y también despierto,
 Y cuando bien a su capricho estamos,
 Alivio no tenemos de los estrechos lazos
 En que Amor tiene a muchos por reir.
 Y aquí me voy a callar sin más palabra decir,
 Salvo que hecho fué el libro presente
 En el año Mil cuatrocientos cincuenta y siete.

Mi muy querido y bienamado primo y sobrino, así pues como
 habréis podido ver por este escrito, podréis, semejantemente, com-
 prender mi lastimero caso y considerar mi pena hasta el presente, la
 cual me ha acaecido por en seguida creer y hacer seguir al dictado de
 mis ojos el placer de mi corazón antes que su propia salud; solicitán-
 doos que, cuando de tiempo dispongáis, tengáis a bien pensar en ello,
 pues bien sabréis hacerlo, para que luego me mandéis vuestro óptimo
 consejo sobre qué habré de hacer como remedio singular y régimen
 conveniente, de tal manera que no pueda ser a menudo tan fuerte-
 mente tentado ni de esta forma atormentado por este sutil espíritu del
 querer imposible llamado el dios de Amores, el cual abraza a los co-
 razones con un muy inoportuno deseo que hace a las gentes amar
 tanto que por él mueren o tan profundamente languidecen que no
 disfrutan de un solo día bueno. Y, porque yo sé ciertamente que pro-
 bado lo habéis, de esta manera os hablo rogándoos que, si cosa al-
 guna hubiese que por vos pudiera hacer, me la hagáis saber, y con
 ello me haréis muy soberano placer. Pues dispuesto estoy y estaré, en

tanto en mi poder esté, a realmente complacer en todo momento
 vuestro gusto y deseo, como aquél que en ello se siente comprome-
 tido y obligado. Rogando a Dios que os conceda cuanto vuestro co-
 razón desea, y tanto bien y gozo en amores como para mí mismo de-
 searía.

APENDICE (ver página 147)

Mas apenas hubieron caminado un buen tiro de flecha descendiendo el cerro hacia la mano derecha, cuando el Corazón levantó la mirada y divisó una alta empalizada que se extendía alrededor de un gran recinto, dentro del cual no había más que árboles como esparcidos en grupos, los cuales estaban repletos de hojas lozanas y verdes y el fruto y las hojas estaban mezclados en gran confusión. Y, cuando tal cosa hubo de esta manera percibido, todo sereno, detúvose y preguntó en voz muy baja a Deseo, a saber, al oído, «Hermano mío, amigo mío, ¿sabéis vos, por azar, de quién puede ser este bello lugar de árboles reverdecientes? Pues muy voluntario escucharía la verdad.» Entonces Deseo respondióle que no sabría decirle muy propiamente, pero que bien se acordaba de que, tiempo hacía, había oído decir que el dios de Amores tenía, cerca de su castillo, un parque, el más bello que ver fuese posible en este mundo, y que él bien creía que era aquél mismo. Entonces rogóle que le llevase hacia aquella parte y Deseo llamó a Humilde Petición, heraldo de Amor, y rogóle que a bien tuviese acompañar al Corazón y llevarle a ver qué podía ser aquello. Y Humilde Petición llamó a la dama Piedad, a Largueza, a Buena Acogida y a Promesa, y repitióles lo que el Corazón había dicho y rogado, y todos estuvieron de acuerdo, sin diferencia ninguna, en que llevarían al Corazón para que viese cuanto allí había. Entonces marcharon hacia allí y llegaron a la puerta, cuyo portal era todo de serpentina y unicornio a losanges de cuatro dedos de largo en todos los sentidos, los cuales estaban encorchetados en oro, y del portal partía

una alta empalizada toda hecha de cedro y de lináloes bellamente trabajado de marquetería por todas partes. Llamó Buena Acogida a la puerta y apenas tardaron, tal vez lo que dura un Ave María o menos, en venir a abrir el portillo dos damiselas, de las cuales, a lo que ellas dijeron, la una tenía por nombre Creencia y la otra Continuación; entonces preguntaron éstas a los susodichos valvasores qué era lo que deseaban de ellas. Y Buena Acogida respondió por los otros: «Tenemos aquí en nuestra compañía al Corazón de Amor Prendido, que recientemente ha devenido adepto del dios de Amores y se encamina a conquistar la Gracia amorosa, y el dios de Amores nos ha ordenado y encomendado que en modo ninguno le abandonemos y que siempre le tengamos en nuestra compañía. Y sucede que de lejos hemos visto y divisado este bello parque; causa por la cual, dado que casi se encuentra, o bien poco le falta para ello, en nuestro camino, a petición del susodicho Corazón, él y nosotros hemos venido hasta vuestra puerta para rogaros y expresamente solicitaros que tengáis a bien mostrarnos el susodicho parque por dentro, pues tan hermoso parece ser por fuera, y también decirnos cuál es su nombre». Entonces las dos damiselas respondieronle diciendo: «Puesto que sois gente del dios de Amores, de ningún modo os negaremos la entrada. Y sabed que, por toda la verdad deciros, el parque que aquí veis tiene por nombre parque Fac. Mas, si queréis saber la causa por la que así fue llamado, es porque, en tiempos de Merlín, que en la gran Bretaña estaba, el susodicho Merlín amó a la hermana del rey Arturo, que por nombre tenía Morgana, y ésta aprendió de Merlín todo el arte de la brujería que se da en llamar arte mágico, arte que el susodicho Merlín le había enseñado. Y fue ésta la misma que Lancelot robó a su padre y su madre y llevó en su cuna, de niña, al valle de Anjou, a un pequeño lugar que por nombre tiene *Lac*, donde había hecho construir un muy rico palacio, en el cual habitaba y crió a la niña hasta que se hizo bien grande. Después, desde allí marchó el susodicho Lancelot a la corte del rey Arturo para hacerse caballero y llevar allí sus armas. Y acaeció después que la susodicha dama vino hacia Venus, pasando por aquí, y, a petición de Venus, creó por encantamiento este parque tal como lo veis. Y dentro de él puso doncellas hermosas y bellas, que son salvajes y están cubiertas de un pelo que se asemeja a oro fino, y son inmortales sin padecer nunca ningún mal, y están siempre alegres, felices y divertidas, danzando siempre y corriendo de un extremo a otro y a la vez cantando sin jamás una inquietud. Preocupación por comer no tienen ninguna, pues jamás comen otra cosa que

los muy hermosos frutos que crecen en el parque, los cuales son tan dulces y saciantes que no hay vianda que de degustar se priven.» Entonces, las dos damiselas marcharon delante, y allí vieron los visitantes tantos tipos de frutas que enunciar yo no podría, a saber, manzanos, perales, granados, higueras, cerezos, avellanos, ciruelos, nogales, verdaderos nogales que daban nueces de India, naranjos, limoneros, palmeras, quennelliers *, jengibreros, perales, pequeños nogales, mirísticas y otras mil índoles de árboles extraños de los cuales no hay ninguno de este lado del mar salvo, tan solamente, dentro del susodicho parque. Y, entre la hierba, que verde, lozana, pequeña y derecha estaba, y adornada de hojitas, crecían fresas tan extraordinariamente gruesas y hermosas, y suficientemente maduras, en tales cantidades que verdaderamente era cosa de maravilla. Caminando un poco más allá, encontraron, casi en medio del parque, tres fuentes hechas de piedra de berilo, que es clara como el cristal, las cuales eran todas muy semejantes de forma, o casi iguales, y en torno a cada una de ellas había una gran pila de oro de un ancho de dos anas, medida de París, de las cuales, la primera, a mano derecha, tenía dos caños, y por uno de ellos arrojaba vino blanco, y por el otro vino tinto. De la segunda, que en medio de las de las otras dos ** estaba, manaba por el caño leche pura y blanca, muy dulce y sabrosa. Y de la tercera manaba agua dulce y clara, fresca, hermosa y limpia. Mas apenas tardaron las doncellas, que salvajes eran, en comenzar a venir de todas partes, pues la hora había llegado en que ellas tenían por costumbre beber allí. Entonces, cuando ellos aparecieron, las doncellas, que allí estaban, huyeron velozmente y a grandes saltos, como si volasen, de tal manera que, en un momento, todas habían desaparecido. Entonces preguntó el Corazón si era posible volverlas a ver, a lo que las damas respondieronle que sí, aunque solamente de una forma y jamás de ninguna otra, a saber, que una de las dos susodichas damiselas pusiérase a tocar el arpa; y entonces rogóles el Corazón que una de ellas tuviese a bien hacerla sonar, a lo cual ofrecióse una muy voluntaria y fue a su mansión a buscar un arpa de plata con doble cordada y la trajo, e hizo a los otros esconderse detrás de las fuentes; entonces, sentándose allí sola sobre la hierba, comenzó a tocarla. Apenas tardaron nada en venir de todas partes del bosque, por aquí y por allá, en

* Me pregunto si tendrá algo que ver con la «quina». «Quenelle» actualmente es «albóndiga» (N. del T.).

** El orig. dice «...que en medio de las tres estaba.» (N. del T.).

grandes tropeles, las doncellas que recubiertas estaban de pelo por todos los lugares de su cuerpo, salvo por los rostros y los pechos, que eran duros y redonditos, derechos y punzantes y bien separados el uno del otro. El rostro tenían claro y moreno y la mirada exquisita, jovial y despierta, sonriente, coqueta y gozosa, y la mayoría de ellas no tenían sobre sus muy rubias cabezas más que una hermosa guirnalda hecha de florecillas y de rosas entre blancas y rojas y, algo más arriba de las caderas, llevaban unos engarces hechos de racimos de lirios del valle y también de vincapervinca. Y en sus manos sostenían granadas y naranjas que arrojaban a lo alto en el aire por diversión y volvían a coger sin jamás en ello fallar, y a la vez se ponían a danzar según el tono que el arpa les decía, con tanta agilidad y perfección que nunca un solo paso erraban, y por tanto tiempo permanecían haciéndolo como el arpa sonaba. Entonces levantóse de golpe Deseo y corrió derecho a donde ellas estaban reunidas intentado atrapar a una de ellas, mas, visto y no visto, en menos de lo que habría tardado una cierva, huyeron todas de tal manera que, en un instante, ya no se pudo ver a ninguna de ellas, y entonces Deseo regresó lleno de vergüenza, a lo que las dos damiselas echáronse a reír diciéndole que no habría lebel en todo el reino de Francia, por bueno y veloz que pudiera ser, que las pudiera alcanzar ni a un buen tiro de piedra. Entonces preguntaron los compañeros a las damiselas si ya no sería posible volverlas a ver, a lo que ellas respondieron que no, pues mucho las había asustado Deseo. Y Buena Acogida dijo a Deseo que ya era hora de marcharse de allí, y lo mismo dijo a Piedad, Largueza, Promesa y Humilde Petición también. Y, oído esto, Deseo despidióse de las damas y así hicieron todos parejamente, agradeciendo a Creencia y Continuación, que guardianas del parque eran. Entonces salieron por la puerta, sin dejar de hablar de las muy grandes maravillas que allí dentro habían visto, y prosiguieron su camino. Y, puesto que del susodicho parque hasta la mansión de Rebelión, donde estaba la bella Gracia, no había más que una legua francesa, marcharon a paso lento todos excepto la dama Piedad y Buena Acogida, que adelantáronse y fueron los primeros, y acordaron que Buena Acogida regresaría a su encuentro para hacerles saber el estado de la dulce Gracia, por más que la dama Piedad había ya contado al Corazón y a Deseo la buena respuesta y el buen semblante que había encontrado en ella la otra vez que fuera a visitarla. No obstante, el Corazón púsose en camino junto a Buena Acogida y, tanta prisa se dieron, que en un muy poco rato llegaron a la mansión de Rebelión y allí encontraron

a Rechazo en la puerta, que ya estaba levantado, pues asaz celoso era en su guardia de la dulce Gracia. Y, cuando éste vio a la dama Piedad y a Buena Acogida, enrojeció de mal talante y no se pudo tener de decirles así.

NOTAS COMPLEMENTARIAS DEL TRADUCTOR (Heráldica)

¹ *Sable*. En Heráldica, el color negro.

² *Gules*. En Heráldica, el color rojo.

³ *Azur*. En Heráldica, el color azul.

⁴ *Cuartelado*. Dícese del escudo dividido en *cuarteles*, o particiones del escudo en que se colocan las diversas alianzas de casas ilustres de donde un caballero descende o de las que es titular.

⁵ *Bandado*. Dícese del escudo atravesado por una *banda*, o línea diagonal que atraviesa el escudo desde el ángulo superior derecho hasta el inferior izquierdo, (mientras que *barra* es la diagonal que lo atraviesa en sentido contrario).

⁶ *Lambel*. Pieza que tiene la figura de un filete con tres puntas o pendientes, semejante a cuñas de carpintería.

⁷ *Adestrado* o *adiestrado*. Escudo en el que aparece un palo en el lado diestro, y que ocupa no más que la quinta parte del campo. (Lo contrario es *senestrado* o *sinistrado*).

⁸ *Bordura*. Pieza que rodea el campo del escudo formando un ribete o borde.

⁹ *Danchada*. Dícese de aquella pieza que termina en puntas agudas y grandes en forma de dientes.

¹⁰ *Martelets*. Normalmente, aves imaginarias, u otros animales, sin pies, usados como motivo heráldico.

¹¹ *Componada*. Dícese de las piezas compuestas por cuadros alternativos de metal y color (*compones* o *escaques*), como una sola hilera de tablero de ajedrez.

¹² *Armado*. Dícese de los animales que tienen garras o uñas con distinto esmalte que el resto del cuerpo. *Lampasado*. Animal que saca la lengua, con un esmalte, ésta, distinto que el del resto del cuerpo.

¹³ *Sotuer*. Pieza que se forma con la *banda* y la *barra*, llamada también *aspa*, por la forma que tiene, o *flanquís* cuando es de un tercio del ancho del sotuer.

¹⁴ *Palo*. Pieza que se coloca en sentido vertical en el centro del escudo y ocupa la tercera parte del mismo.

¹⁵ *Losange*. Pieza de forma de rombo que puede ponerse en palo, banda, barra, cruz y faja.

Del mismo editor:

- *Rituales cátaros*, Michel Gardère.
- *Mujeres místicas. (Época medieval)*, Antología preparada por Thierry Gosset.
- *Las tres espirales. Meditación sobre la espiritualidad céltica*, Jean Markale.
- *Pequeño diccionario de mitología céltica*, Jean Markale.
- *Pequeño diccionario de mitología germánica*, Claude Lecouteux.
- *Diccionario del catarismo y las herejías meridionales*, René Nelli.
- *Cartas de Abelardo y Heloísa. Historia Calamitatum*.
- *Flor del tesoro de la belleza*.
- *La vida, la leyenda y la influencia de Leonor de Aquitania, dama de los trovadores y de los bardos bretones*, Jean Markale.
- *Tratado medieval de recetas y consejos para el acto del coito. Speculum al joder*.
- *Los nibelungos*.
- *El misterio celta. Relatos populares de Bretaña*. Vols. I y II, H. de la Villemarqué.
- *Calila y Dimna*.
- *Cuentos de hadas célticos*, J. Jacobs.
- *Teoría medieval de la belleza*, A. K. Coomaraswamy.
- *España bajo la media luna*, A. Macnab.
- *El Bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*. Vols. I y II, L. Charbonneau-Lassay.
- *El misterio del Grial*, Julius Evola.
- *Cuarenta y cinco cantigas del Códice Rico de Alfonso el Sabio. Textos pictóricos y verbales*. Edición de L. Beltrán.
- *Leyes Palatinas*, Jaime III.
- *Las horas de Hastings*.